

Nieve y neón
JESÚS FERRERO



Lectulandia

Berlín, otoño de 1989. El Telón de Acero cae, y mientras algunos jóvenes se encaraman en el Muro y festejan la próxima reunificación de Alemania, otros esquivan balas y otros nadan en una corriente subterránea que recorre íntegramente la ciudad como una densa tela de araña. Para unos, la noche se llena de esperanza y para otros, de avaricia: hay prisas por aprovechar a fondo la situación y hacer limpieza de personas y documentos. La ciudad es un hervidero de cohetes y proclamas. En medio de ese laberinto de fuego se mueve una muchacha que va siempre en bicicleta, dos hermanas noctámbulas y lascivas, una banda que aspira a enriquecerse hasta el límite de lo posible y un hombre perseguido por una bala que nunca encuentra su destino.

Lectulandia

Jesús Ferrero

Nieve y neón

Ágata Blanc - 3

ePub r1.0

Titivillus 30.06.16

Título original: *Nieve y neón*

Jesús Ferrero, 2015

Diseño de cubierta: *Berlín abierto* fotografía de Juan Pablo Ferrero

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Patxi Irigoyen
In memoriam*

«Los criminales de alto vuelo, los instigadores y los inspiradores de los sindicatos de delincuentes buscan la cercanía del poder legal y la han conseguido. Algunos citan con soltura a Goethe y conocen los caminos para conquistar el Estado de derecho. En los *cocktail-parties* y en los círculos de amigos seducen con su *charme*. No dejan que ninguna mancha caiga sobre su honra. Reaccionan como un volcán en erupción cuando alguien daña su reputación. Con ayuda de sus medios casi inagotables intentan introducirse en los círculos de la política y la economía. En casi todos los países europeos lo han logrado, también en Alemania».

JÜRGEN ROTH Y MARC FREY, *Die Verbrecher Holding*

«No te impongo ningún límite ni medida, y si es tu deseo gozar de todo un poco, cogiendo al vuelo cuanto te plazca, tendrás los tesoros que codicias, siempre que me sigas y no seas díscolo».

GOETHE, *Fausto*

«... mis ojos la buscaron entre nieve y neón».

PERE GIMFERRER, *La muerte en Beverly Hills*

UNO

Cuando alguien tiene que morir

Durante mucho tiempo, justo antes de dormirse, Yaquío veía un dedo que apretaba el gatillo de una pistola. Lo veía con una nitidez muy acusada. Le bastaba con cerrar los ojos.

El proyectil atravesaba el cañón como un cohete absorbido por un agujero negro y avanzaba en rotación velocísima hacia el círculo de luz que se abría al fondo del cañón, hasta alcanzar el aire e iniciar su largo viaje hacia la muerte.

La pistola, de acero niquelado, se prolongaba con un silenciador, circunstancia que la hacía parecer tan larga como una pistola del siglo XVI. Era un objeto hermoso: brillaba como plata nueva y exhibía una fina culata de nácar.

El disparo acababa de sonar, pero había sido efectuado hacía mucho tiempo, o ahora mismo, o quizá mañana. Daba igual, siempre buscaba el mismo destino: el silencio. Y además, ¿acaso no estaba ocurriendo todo a la vez?

Ahora mismo Yaquío está huyendo de sí mismo en Berlín, en una noche roja y amenazante que parece un largo callejón sin salida. Ahora mismo está cayendo el Muro de la vergüenza. Adiós al telón de acero, adiós a Lili Marleen.

Ahora mismo en una oficina de la Kurfürstendamm alguien negocia con la muerte. Ahora mismo dos hombres se persiguen en un bosque de abedules, ahora mismo un individuo de aire sombrío cae como un saco de arena al río Havel.

Ahora mismo otro hombre dispara, ahora mismo el proyectil va desplazando a su paso los átomos del aire, mientras allí arriba unas galaxias devoran a otras, y surgen al fondo del cielo luces de estrellas que murieron y que vuelven a revivir ante nosotros, a millones de años luz de su origen, su desarrollo y su fin.

Chica recorriendo Berlín en bicicleta

Como en sus mejores tiempos, el corazón de Berlín estaba ardiendo, especialmente las inmediaciones de la Puerta de Brandeburgo. Lo que hasta ese día parecía un milagro de pronto adquiriría la cercanía de lo palpable, y todo indicaba que el Muro estaba a punto de caer. La ciudad se había calentado a los dos lados del telón. La tensión iba en ascenso, pero no parecía flotar en el aire el aliento de la muerte. Como si las cosas hubiesen llegado a un momento de plena madurez, de pleno acuerdo, no parecía tan imposible evitar la sangre. Berlín debía recuperar su unidad perdida y su otra cara: la que aún conservaba bien claras las huellas de la guerra, la de las calles fantasmales desembocando en la Unter den Linden, el verdadero corazón del Berlín de entreguerras.

Y mientras el centro rugía, en una calle frondosa y sombría no lejos del lago Nicolás solo se veía a una chica en bicicleta. Se llamaba Ágata y no podía tener más de trece años. De pronto, un automóvil en el que iban varios borrachos atravesó la bocacalle con gran estruendo de cláxones y de gritos, y Ágata casi lo agradeció.

Volvía el silencio cuando Ágata bajó de su bicicleta, la dejó apoyada en el tronco de un tilo embadurnado con consignas a favor de la unificación alemana y llamó a una puerta verde y roja. Abrió su tía Vera y Ágata la miró con estupor. En la penumbra del vestíbulo se acentuaba su palidez fosforescente y tétrica. ¿Habría vuelto a las drogas? ¿Por qué me mira como si no quisiera conocerme?, se preguntó Ágata. Vera llevaba un jersey de lana gris y un pantalón negro de cuero bastante ajustado, pero a Ágata se le antojaba desnuda: la desnudaba su tristeza, pues la tristeza despoja tanto como la desesperación y nos torna tan dolorosamente transparentes como un perro que acaba de ser abandonado.

—¿Estás bien? —preguntó Ágata.

Vera la miró con sus ojos implacablemente seductores: eran verdes tirando a grises, y muy brillantes, pero de un brillo blanco y fantasmal que parecía surgir de detrás de la retina y que la iluminaba por debajo como un fuego interior. Si mirabas esos ojos una vez, no ibas a olvidarlos fácilmente.

Vera se sonó los mocos y tembló ligeramente, como si estuviese padeciendo el síndrome de abstinencia. Luego se enderezó, miró a su sobrina y murmuró:

—Si yo te contara, pequeña. No has llegado en el mejor momento. Cuando estoy en el infierno no quiero testigos.

—¿Ya no vas a dar más clases de Historia del Arte? Tus alumnos te echamos mucho de menos.

—De momento he pedido la baja por depresión. ¿Quién me ha sustituido?

—Julius.

—¿Ese infeliz?

—Pues a mí me cae bien. Explica como nadie la pintura del Renacimiento.

—Hablas como si te estuvieras enamorando de él.

—¿Estás loca?

—Puede que lo esté, y ya sabes que los locos no son la mejor compañía —dijo Vera mientras arrastraba a su sobrina hasta la calle y cerraba violentamente la puerta.

Ágata cogió su bicicleta y decidió acercarse al corazón de la ciudad en pos de aires más fraternales que el que se respiraba en casa de su tía Vera.

Media hora después, Ágata contemplaba las luces de uno de los clubes más caros de Berlín, que esa noche parecía una esmeralda duplicada por las aguas del canal: aguas negras brillando como tinta china bajo la atmósfera roja, plateada y gris, periódicamente invadida por ráfagas de nieve pulverizada.

Los coches rugían al otro lado de la calzada, y un rumor sin fondo lo envolvía todo, pero podía escuchar el leve choque de la nieve sobre el toldo combado que la protegía.

Mujeres de silueta reflectante entraban y salían del club en compañía de hombres más gordos que ellas y más severos. Podían ser sus maridos, o sus amantes, o tal vez sus guardaespaldas. Los periódicos que más le gustaba leer a Ágata, los que se nutrían sobre todo de sucesos, hablaban del auge de las mafias en Berlín. Viendo el panorama que se desplegaba a su derecha, bajo las luces de neón de la entrada del club, Ágata pensaba que podía ser el lugar perfecto para un mafioso, y se imaginó a sí misma como una reina del hampa, estrechando lazos con los rusos, los búlgaros, los alemanes; intimando con ellos en una noche larga y disoluta, rodeada de tres guardaespaldas rubios y serios que le acababan de pasar algunas fichas para jugar a la ruleta.

No, pensó Ágata, es mejor proyectarse en otra clase de futuros. Una puede dedicarse a tantas cosas... A la astronomía (los agujeros negros, las gigantes rojas, la antimateria), a la criminología, a la apicultura, al arte, a la filantropía...

Ágata dejó atrás el club y sus neones relucientes y se perdió por calles barridas por el viento y jalonadas por los remolinos de nieve que se formaban en las esquinas y que ascendían hacia los últimos pisos como pequeños tornados.

Giró con su bicicleta hacia el parque y más tarde se dirigió a su barrio, atravesando el suroeste de la ciudad. Tardó casi una hora en llegar. Miró hacia las ventanas de su casa, semiocultas tras las copas de los tilos, y vio que no estaban iluminadas y que su madre aún no había llegado, así que decidió bajar hasta el lago Nicolás para hacer tiempo.

Ya cerca del lago, se deslizó con su bicicleta entre las arboledas hasta toparse con aquel mundo en el que todo parecía amorosamente cristalizado a la luz de una luna pletórica. El viento había extinguido todo residuo de niebla y la atmósfera era de una transparencia absoluta. Podían percibirse los colores casi como a la luz del día: los troncos lácteos y pecosos de los abedules, los cipreses emergiendo de un espejo de plata.

Un mundo cristalizado y sin embargo vivo, porque bajo la fina capa de hielo seguían moviéndose los peces, las algas, tal vez los extraterrestres en naves

heliocéntricas condensadoras de energía, tal vez lo desconocido, lo terrible, lo imposible de imaginar, pensó Ágata, maravillada ante aquel esplendor brillante y helado.

Nunca le había fascinado tanto aquel lago, o más bien laguna, casi cuadrada y bastante prosaica, pero es que ahora la luz de la luna y la que llegaba desde la ciudad atravesando las desnudas arboledas creaba una atmósfera irreal, de tonos plateados, grises y negros.

El hielo resultaba más transparente que el día anterior y Ágata se acercó mucho a la orilla, dirigiendo el faro de la bicicleta hacia la laguna. Bajo el hielo podía ver trozos de ramas y piedras de diferentes formas y colores. Entonces recordó los relatos de Lovecraft y pensó que quizá aquellas piedras eran organismos venidos de otras dimensiones más primigenias que la nuestra y más misteriosas, y que secretamente estaban colonizando la tierra. Luego pensó que quizá bajo las piedras y las algas se hallaba una compuerta que daba a una escalera, que a su vez conducía a un pasadizo por el que se podía acceder a la ciudad sin nombre, donde residían los vigilantes del Tiempo, ya cerca de las montañas de la Locura.

Giró un poco la luz y siguió viendo trozos de ramas, piedras, raíces, algas y un pañuelo sedoso que la fue conduciendo hasta la cara destruida de una mujer, perfectamente visible bajo el hielo. Su cuerpo parecía flotar y respondía con un leve vaivén a la íntima movilidad del agua. Sus cabellos largos y negros oscilaban, o al menos eso le parecía a Ágata, y sus manos sin dedos rozaban el hielo.

El silencio de la mujer bajo el hielo le incitaba al recogimiento interior. Veía la imagen con la naturalidad con la que aceptamos hechos imposibles en los sueños porque en realidad no la estaba viendo, porque en realidad la estaba confundiendo con una alucinación.

Pero había aún otra fuerza superior en su mente que la empujaba a seguir manteniendo esa actitud ausente: prefería no pensar que se trataba de un cadáver.

Ágata no estaba segura de que los cadáveres no siguiesen vivos a su manera. Mientras conservaban la forma, latía una cierta vida, latía el recuerdo del muerto luchando contra la corrupción, como le había dicho alguna vez un forense de la morgue.

De pronto se dio cuenta de lo que estaba viendo, de lo que llevaba viendo desde hacía unos instantes y empezó a temblar.

Vibraba el manillar a la par que sus manos, y vibraba su pensamiento, giraba locamente.

Tenía que calmarse, pensó, pero ya no se atrevía a mirar hacia el agua, si bien le urgía confirmar, con una nueva observación, lo que creía haber visto.

Finalmente miró de nuevo: le zumbaron los oídos y la mujer desapareció en la oscuridad, como en un fundido cinematográfico.

Volvió a dirigir el faro de la bicicleta hacia el hielo: la muerta regresó a su horizonte visual y una vez más constató que le habían arrancado el rostro. También

vio que la mujer llevaba un vestido rojo, con tres flores que lo cruzaban en diagonal y que parecían tres tulipanes negros. Pensó que tenía que irse de allí, pero no podía. Le ocurría como en las pesadillas, cuando por más que pedaleaba no se movía, cuando ni podía retroceder ni podía avanzar, y todo se resolvía en una agitación interior que acababa conduciéndola a la vigilia.

Siguió luchando contra la inmovilidad, hasta que consiguió girar la bicicleta y corrió hacia la alameda dando un grito agudo, que no parecía suyo, y que atravesó las arboledas del lago Nicolás hasta chocar contra los muros de la calle Lohengrin.

Un reflector giró de modo brusco hacia el parque. Ya para entonces, Ágata había alcanzado la Lohengrin, y después la Waltharius, nido de cuervos, en dirección a la calle Tristán, en una de cuyas esquinas se hallaba un policía escuchando la radio en su garita. Ágata se acercó a él y dijo con voz urgente:

—Hay una mujer bajo el hielo del lago Nicolás. Tiene el cabello negro y le han arrancado la cara.

El policía llamó a uno de sus compañeros y pidió ser sustituido. Luego cogió su pistola, montó en una bicicleta negra y siguió a Ágata, que parecía haber enloquecido.

Ya en el lago, el policía apuntó con la linterna hacia un ángulo entre una roca y unos helechos y supo que la chica no mentía. Media hora después llegó la policía, y algo más tarde un vehículo parecido a una ambulancia, momento en el que Ágata declaró formalmente ante el agente y decidió irse a su casa.

Ágata vivía en un ángulo de la calle Nibelungen, en la que se iban sucediendo las casas unifamiliares medio ahogadas entre los árboles. Las había hermosas y las había precarias y descuidadas, como los jardines que las rodeaban. La casa de Ágata pertenecía al segundo grupo, y se hallaba en el flanco más urbano de la calle, frente a un anticuario que casi nadie visitaba y una funeraria que cada mes exponía un ataúd diferente en su escaparate, indicando que la muerte también tenía sus caprichos vinculados a la moda.

Ágata dejó la bicicleta a la entrada del jardín, subió los tres escalones del porche, abrió la puerta y penetró en la casa.

Su madre no había llegado todavía y a Ágata le asustó su soledad entre aquellas paredes tan conocidas. La mujer del lago seguía ocupando su cabeza, y ahora ocupaba también la casa, convirtiéndola en un espacio extraño, lleno de fantasmas o con un solo fantasma: la chica sin cara.

Como si padeciera una regresión a la infancia, anduvo examinando todos los cuartos de la casa pensando que podía estar tomada por algún intruso, y en el dormitorio de su madre miró bajo la cama y en el armario, donde descubrió un cartón de tabaco rubio. Con toda evidencia, su madre había vuelto a fumar. Permaneció un rato examinando una de las cajetillas. Por lo que ella sabía, en Berlín su madre era la

única que fumaba aquellos cigarrillos que le traía un amigo de París. El paquete era blanco y rojo, exhibía la marca Gold Leaf (Pan de Oro) con letras doradas, y en el centro destacaba el dibujo de un marinero pelirrojo y barbudo en cuya gorra azul podía leerse en letras mínimas la palabra «Hero». La cabeza del marinero estaba enmarcada por un salvavidas blanco con cuerdas en el que volvía a leerse el lema «Pan de Oro», impreso en letras rojas sobre el arco inferior del salvavidas, ya que en el arco superior imperaba la marca matriz, «Player's», también en letras rojas.

Cautivada por todas las sugerencias que le provocaba la cajetilla, Ágata decidió fumar un cigarrillo mientras examinaba una fotografía en la que aparecían su madre y su tía Vera, las dos con trajes masculinos. Se hallaban sentadas en la terraza de un café de la Kurfürstendamm. Las dos sonreían, pero sin mucha convicción. Vera no miraba a la cámara y parecía iluminada y a la vez ausente, con el rostro vuelto hacia la derecha y apretando levemente sus carnosos labios, como si en el instante mismo en que la rociaba el *flash* se estuviese arrepintiendo de algo.

Ágata abandonó el cuarto de su madre y se metió en la cocina. Sobre la mesa se hallaba su cena fría: jamón cocido con queso en lonchas muy finas, leche, mantequilla, mermelada de arándanos, una naranja... No tenía hambre. O quizá sí. Probó la mermelada roja como la sangre. La mujer del lago quería mermelada de arándanos. Se lo decía desde las sombras del pasillo.

Cada vez más nerviosa, se tomó el vaso de leche, acudió a su cuarto y se tendió en la cama tras apagar la lámpara de la mesilla. Le bastaba con la luz del alumbrado. No necesitaba más luz esa noche, ni más sombras. De pronto percibió el ruido de una llave entrando en la cerradura. Vicki Bauhaus acababa de llegar.

La oyó trajinar en la cocina y luego notó sus pasos perdiéndose en el pasillo. La presencia de su madre en la casa no la tranquilizó, y en algún momento sus pasos se le antojaron los del *hombre de arena* del cuento de Hoffmann, que venía en su busca por orden de la mujer del lago. Ni le dejaba dormir el recuerdo de la dama flotante, ni el recuerdo de su amigo Albert, el hijo del anticuario del otro lado de la calle. Albert se hallaba ingresado en una clínica, enfermo de leucemia desde hacía tiempo. Ágata solía ir a verlo con cierta frecuencia y cada vez le parecía más desangelado y menos expresivo. Era como si la muerte le estuviese borrando día a día la cara. ¿Estaría también la muerte borrando la cara de su tía Vera?, se preguntó recordando la visita de esa tarde.

Ágata pensó que su madre tenía que saberlo, así que se incorporó, avanzó hasta la puerta del dormitorio de Vicki, la abrió bruscamente y gritó:

—Tu hermana Vera me ha dicho que está en el infierno.

Vicki se agitó llena de terror, miró a Ágata y rugió:

—¿Me quieres matar a sustos? Déjame en paz, te lo ruego. Mañana me lo cuentas. Mi cabeza está a punto de estallar y necesito descansar un poco. ¿No me has oído?

Ágata cerró la puerta del cuarto con furia salvaje. El eco del estruendo todavía

resonaba en la casa cuando se arrojó a la cama sollozando. Pronto se cansó de llorar y encendió el pequeño televisor de su cuarto. Las imágenes llegaban de un canal local de Spandau que estaba transmitiendo la caída del Muro. Mucha gente se amontonaba en torno al lugar más simbólico de la ciudad. Un joven reportero entrevistaba a las personas que más llamaban su atención. Se acercó a una chica de cabellos teñidos de rubio y sonrisa amable y le preguntó qué significaba para ella lo que estaba pasando. La chica contestó:

—Verás, es la confirmación de un gran deseo. Siento que mi padre ya no esté vivo. Él sabía que esto iba a ocurrir, él conocía el destino de Alemania. Supongo que cuando regrese a Stuttgart depositaré en su tumba flores con los colores de la bandera alemana.

—¿Encontrará todos los colores?

—Sí, conozco una floristería en Spandau donde venden flores negras. Las traen de España.

—Caramba, qué interesante. La veo muy feliz.

—Lo estoy. Es una noche radiante para todos los alemanes. Hoy no puedo imaginar un asesinato, un rapto, un accidente. Hoy no. Hoy se respira un aliento de felicidad evidente.

Ágata apagó el televisor y se desplomó sobre la cama. No se esperaba conversaciones tan sentimentales y tan desconectadas de la realidad. La mujer del lago volvió a pasearse por su memoria inmediata antes de que se hundiera en el sueño.

Cuando todos los gatos son pardos

Ulrich acababa de llegar a su domicilio tras haber pasado tres meses ingresado en una clínica mental. La muerte de su madre le había desorientado por completo. Creyó que se enfrentaba a una noche sin salida, en cuya oscuridad todo se vaciaba de sentido. Pero la temporada que acababa de pasar en el purgatorio era ya un asunto del pasado, y decidió refundar su ser sobre las cenizas de su madre, que seguían en una urna de plata sobre la repisa de la chimenea.

Ulrich cogió la urna y descendió hasta el río.

No había nadie en la orilla a esa hora, y llegaba desde alguna casa música griega. Ulrich se detuvo muy cerca del agua y casi sintió deseos de bailar. La soledad, la música, el rumor del agua lo transportaban directamente al pasado y le dolió más que nunca la ausencia de su madre. A la derecha vio varias barcas sobre los guijarros. Arrastró una de ellas hasta el río, depositó la urna en la barca y cogió los remos.

Cuando creyó hallarse en el mismo lugar en el que años atrás habían arrojado las cenizas del patriarca de la familia, Ulrich abrió la urna y arrojó al agua las cenizas mientras en su magnetófono portátil sonaban los primeros acordes de *Leyenda* de Albéniz. Entonces se echó a llorar amargamente, y seguía llorando cuando regresó a la orilla y se tumbó en la hierba helada. Ulrich tenía la peculiaridad de vivir ajeno al dolor físico, y ni el frío ni el calor parecían causarle la más mínima molestia. Su verdadero dolor era siempre mental.

Pasó un rato acariciando el agua, rozando con sus dedos las crestas de las pequeñas olas que le iban empapando la camisa y el pantalón, y pensando en los secretos que se iba guardando el agua, meditando en las cenizas de sus padres, disueltas en el agua... Hasta que decidió regresar a su casa.

De nuevo en su cuarto, Ulrich se fijó en las luces de un barco que surcaba el Havel, recortándose contra la oscuridad como una serpentina incandescente que rasgase un espejo negro. Giró la cabeza hacia la derecha y contempló la propiedad de Amadeus Junker, que descendía por la falda de la colina hasta el río. A un lado se veía la casa, disparatada y *kitsch*, con sus evocaciones a la arquitectura popular alemana, y al otro lado se divisaba el pabellón de madera con su veleta dorada, que brillaba a intervalos iluminada por las luces de otro barco.

Ulrich salió al balcón de madera y miró hacia abajo. Su gato Maximilian, que había sobrevivido a su ausencia y que se hallaba en el jardín, le miró fugazmente y saltó a la terraza. Ulrich estuvo analizando un rato los movimientos del gato y luego se acercó al atril rojo que había heredado de su padre, y sobre el que permanecía *El libro negro*, abierto en la página 129, la que hablaba de una de las pruebas a las que tenía que someterse todo aspirante a los honores de la caballería negra.

La prueba consistía en lo siguiente: al novicio se le entregaba un cachorro de gato, que a partir de ese momento tendría que cuidar, ponerle nombre, mimarlo y encariñarse todo lo posible con él. Cuando el animal ya tenía unos cuatro meses y

llevaba más de dos de convivencia con el aspirante, éste debía estrangular al gato mirándole a los ojos.

Se trataba de un ritual encaminado a asentar la más dura de las pedagogías: aprender a colocarse por encima de la compasión y de todas sus emociones.

Ulrich Krausser había leído muchas veces la página 129 del *Libro negro*, y pensaba que tendría que ser Maximilian, el gato de su madre, la primera víctima que fundamentara su pertenencia a un nuevo orden, y que lo acercaría definitivamente a su padre, al recuerdo de su padre y a la muerte de su padre.

Ulrich tenía la piel blanca tirando a rosada y sus ojos eran de un gris plomizo y oscurecido, de naturaleza inquietante por lo mucho que destacaban en su cara. El hecho de que sus cejas fueran casi blancas le daba a sus ojos aún más autoridad y más capacidad de absorción. La nariz era recta y proporcionada, y la frente, despejada y parcialmente velada por su cabellera rubia y rizada. Dicho en otras palabras: Ulrich podía haber sido un hombre de apariencia amable y femenina, de no haber sido por su enorme estatura, sus manos grandes y de apariencia tosca, y cierta actitud bestial que nunca le abandonaba. A veces podía ser muy agradable, pero eso solo le ocurría cuando por alguna razón la tranquilidad poseía todo su ser y podía desplegar su capacidad de seducción siguiendo pautas casi musicales. Entonces creaba una profunda sensación de confianza en las personas que lo rodeaban. Hasta Maximilian había llegado a confiar en él, si bien no en este momento.

Maximilian, el níveo Maximilian, que parecía un tigre blanco de Siberia pero en pequeño, el mimado, envanecido, endiosado y pervertido Maximilian era la víctima ideal para entrar en materia y empezar a familiarizarse con la muerte, pensó Ulrich.

Nadie le iba a llevar a la cárcel por matar a un gato, y al mismo tiempo tendría la oportunidad de observar con sus propios ojos cómo alguien, Maximilian, pasaba la frontera más definitiva: ahora vivo, ahora muerto.

Pero Maximilian lo conocía, había vivido con él más de seis años. Por su memoria felina flotaba el recuerdo de todos los momentos en que Ulrich había ejecutado movimientos raros, que no parecían tener sentido desde el punto de vista de un gato o de cualquier otro animal con un poco de juicio. Esos movimientos bruscos, fríos, inesperados, le parecían a Maximilian una imagen de la muerte o de su posibilidad. Y como lo conocía, resulta que Maximilian había desaparecido.

Decidió tener paciencia y esperar mientras pensaba en su madre. Ella nunca hubiese querido dejar a su hijo a merced del mundo y sobre todo a merced de sí mismo, pero Margalida se había ido de repente, de un ataque al corazón, antes de que llegase la ambulancia.

Súbitamente, Ulrich se había quedado solo en aquella casa junto al Havel.

Por su mirada, turbia y a la vez inocente, su forma de expresarse y quizá también por su forma de pensar parecía un adolescente, y nunca olvidaba aquella maldita frase que su madre había pronunciado una tarde, a la hora del té y tras haber ingerido más whisky del conveniente:

—Nunca olvides, cariño, que hay un asesino dentro de ti.

¿Y dentro de los demás no?, se preguntaba Ulrich. Y además, ¿por qué su madre se atrevía a ir tan lejos en el diagnóstico de su persona? ¿Quizá se acordaba de aquella vez en que, siendo un niño, estuvo a punto de matar a un compañero de clase?

Ulrich volvió a pensar en Maximilian. ¿Se atrevería a estrangularlo mirándole a los ojos? Ulrich aspiraba a que sus actos tuvieran algo de artístico. Era una idea que había heredado de Margalida. «Todo en la vida ha de tener algo de artístico», decía a menudo su madre. «Un paquete de cigarrillos, un cenicero, una mesa, un armario, un jardín..., para mí no son nada si no tienen algo de artístico. Una mujer ha de tener algo de artístico, y un hombre, y un niño. Hasta los perros y los gatos han de tener algo de artístico», aseguraba una y otra vez Margalida. Había comprado a Maximilian en una tienda de animales de la Kurfürstendamm porque le parecía un gato que tenía algo de artístico, y de hecho a veces semejaba una estatua de porcelana de la dinastía Ming. Si se colocaba en el ámbito estricto de la estética, estrangular a una criatura tan delicada era de un mal gusto imperdonable.

De pronto oyó ruidos en la copa del tilo del jardín, elevó la mirada y vio a Maximilian detenido en una rama bastante alta. Una vez más parecía una figura de porcelana, pero él lo notaba respirar y hasta escuchaba su suave ronroneo. El animal había decidido adoptar una vida arbórea ante la rareza del ambiente, y allí estaba, bien lejos de las zarpas de Ulrich, y quizá ya dispuesto a saltar al tejado de la casa para resultar todavía más inaccesible.

Ulrich lo llamó cariñosamente, pero Maximilian ignoró su llamada con gran arrogancia, y quizá también con gran prudencia. Los gatos tienen un sexto sentido que han conservado desde las noches azuladas y conjeturales en que recorrían los templos egipcios, y notan en su pelo eléctrico las vibraciones de la noche, de la vida, de la muerte, de la amenaza, de la alegría, del dolor, de la traición, de la nostalgia... Y ahora Maximilian tenía muy claro que le convenía llevar una vida arbórea. Abajo latía el alma de un cazador que dejaba en el aire cierto olor a corrupción.

—Maximilian, bonito, vente con Ulrich, que quiere hacerte un regalo.

El regalo era un arenque. Un manjar succulento para Maximilian, pero que ahora le parecía una trampa perfecta para un gato que no tuviera el estómago lleno como lo tenía él, pues acababa de zamparse una paloma. Seguramente el gato se tomó con ironía los efluvios embriagadores del arenque. Ulrich empezó a desesperarse.

Tuvo que traer una gata en celo para atraparlo. La pobre bestia se hallaba agitándose sobre la gata cuando Ulrich consiguió apresarla entre sus manos.

No mucho después, intentó enfrentarse al misterio de la muerte. Se hallaba en el antiguo despacho de su padre, junto al libro abierto en la página 129 y una fotografía enmarcada de su madre. La luz que envolvía la estancia y que le daba cierto aire desequilibrante al espacio del ceremonial procedía de un candelabro con tres velas. Era el candelabro que su madre encendía en Navidad. Maximilian debió de captar que la Navidad aún no había llegado y que las velas encendidas solo podían ser signo

de mal agüero.

Notando las manos de Ulrich en torno a su cuello, Maximilian le lanzó una mirada acusadora mientras todo su ser cambiaba de dimensión y empezaba a desvanecerse. ¿Era aquella una forma artística de matar? Ulrich pensó que no y soltó al gato, que enseguida recobró la vida y se subió desesperadamente al árbol.

Fue entonces cuando Ulrich sacó del cajón del atril la Luger de su padre, salió al jardín, se tendió en el césped y apuntó al felino.

Disparó y cerró los ojos. Un instante después un gato cayó muerto sobre su cabeza pero, para su gran asombro, para su gran desesperación, no era Maximilian, era la gata que había traído para él. ¿Cómo he podido cometer semejante error?, se preguntó, y recordó aquel refrán español tan mentado por su madre acerca de la noche y los gatos.

El cadáver de la felina le puso triste. La muerte es algo inmensamente triste. La muerte de mamá, la de la gata, tan reciente. Supongo que mi propia muerte será también triste, pensó.

Cuando le invadía la tristeza, solo las fantasías eróticas le aliviaban, y extrajo del escritorio una carpeta con las fotos que le había hecho en el Tiergarten a una chica que le subyugaba porque le recordaba a la protagonista de su novela preferida. Ya la había seguido varias veces y sabía dónde vivía, también sabía que era la hija de Vicki Bauhaus, circunstancia que acentuaba el prestigio de la criatura, a la que quería raptar para poder disponer de ella solo en su casa, en la bendita casa donde fornicaron mamá y papá y él llegó al mundo.

A veces el recuerdo de la chica le provoca delirios en los que hallaba una cierta paz. Cerró los ojos y la vio deslizarse en su bici por un camino vecinal entre dos inmensos campos de centeno. Había colinas saturadas de tulipanes negros y la tarde se iba tornando cada vez más roja. También podía verla en el centro de un paisaje otoñal, de árboles de hojas pardas y brillantes, y donde volvían a verse alfombras de tulipanes negros perdiéndose en la distancia. Una carretera cruzaba el paraje haciendo eses entre los árboles centenarios, y por esa carretera circulaba la doncella con su bicicleta. El bosque saturado de ojos la acechaba a uno y otro lado: el bosque lleno de exhibicionistas y sátiros que observaban su paso entre las sombras... Cientos de hombres macilentos como zombis empezaban a surgir de las arboledas y perseguían a la chica de la bici por la carretera llena de meandros. Ulrich se veía obligado a hacerles frente. Los derribaba a todos con más facilidad que Orlando furioso a sus enemigos y se acercaba a ella manchado de sangre. La chica sonreía angélicamente mientras devoraba un helado de nata y chocolate. A su lado dormitaba un dinosaurio.

Tan acalorado como si saliese de una experiencia sexual muy intensa, Ulrich se frotó la frente, se miró al espejo y se planteó la posibilidad de vigilar de nuevo a la chica de la bicicleta.

Antes de hacerlo, se acercó al Muro para participar un poco de la fiesta. El joven reportero de Spandau se pegó a él y antes de acercarle el micro le preguntó:

—¿Es usted partidario de la unificación alemana?

Ulrich se sintió gratamente sorprendido por aquel inesperado protagonismo que le concedía la cámara que tenía delante y dijo:

—No soy partidario de ningún tipo de unificación, ni siquiera de la unificación de los átomos que forman nuestro organismo. No soy partidario de ninguna forma de vida ni de muerte. Yo de lo único que soy de verdad partidario es de la música de Albéniz. Estoy seguro de que late un poder muy extraño en esa música... Un poder dionisiaco, un poder que incita a proclamar el gran aquelarre universal. Ahora tendría que sonar su música y no la de Wagner, ahora tendría que oírse el *Merlín* de Albéniz y no *El oro del Rin*. Mi madre, cuyas cenizas acabo de arrojar al Havel, ya me lo decía: «Hay algo en el *Merlín* de Albéniz que está más allá de la vida y de la muerte. Es la música que le hubiese gustado hacer a Wagner».

El reportero se largó casi corriendo de allí y Ulrich volvió a perderse en la noche. Sus correrías nocturnas solían estar presididas por la ley de la incertidumbre. No iba buscando nada en concreto, pero sabía que el espacio estaba lleno de grietas por las que se podía deslizar lo peor, también el espacio mental. Miraba las caras como posibles máscaras de la muerte. Suponía que los que se cruzaban con él tenían padres, suponía que aún no habían experimentado el límite que te dice que tú también vas a morir. Imaginar a los demás tan ignorantes le conmovía. Sí, quizá veían la muerte lejos, infinitamente lejos, pero de pronto aparecía él en escena y, no se sabe por qué, la muerte resultaba de pronto algo mucho más cercano y familiar... Solo eran imaginaciones suyas: se veía a sí mismo como un heraldo de algo que no podía definir, pero que parecía relacionado con todas las potencias de la noche y la oscuridad. Su vida era un ámbito lleno de monstruos que no podía ver, pero que sentía en torno a él y dentro de él. En medio de la noche podían surgir voces que le hablaban como a un elegido. Su misma madre le hablaba así desde ultratumba y le llamaba Ulrich el Magnífico.

¿Magnífico en qué? En mi forma de mirar, se respondió a sí mismo. Atravieso los cuerpos y llego a las almas. Puedo meterme en los sueños de los otros y gobernarlos. Esos son mis poderes, gritó para sus adentros mientras miraba intensamente las caras que le salían al paso.

Muchas caras indeseables se cruzaban con él; nunca las caras que él quisiera tener delante: la cara de Ágata, pero también podía ser bien recibida la cara de su madre, la cara y el culo de La Nuit, la cara y el culo de la noche a este lado del telón de acero, o la cara y el culo de Vera, la hermana de Vicki. A las tres las había seguido en diferentes ocasiones, y una vez las vio a las tres juntas tomando café en el bar adosado a La Nuit. En una esquina en penumbra cuchicheaban y se reían. Sus bocas se movían con ironía blasfema. Desde el otro lado del cristal y bajo la nieve, Ulrich se había resistido a moverse de allí y había permanecido detenido, con las manos en los bolsillos de su abrigo azul marino y los ojos fijos en las bocas de las tres damas. Bocas rojas y reflectantes, como iluminadas por la luz de su deseo. Las imaginaba

vomitando obscenidades, en un lenguaje en clave que solo conocían ellas. Las dos mayores instruían a la pequeña, que las escuchaba maravillada. Ulrich no creía necesitar entrar en el bar para saber de qué hablaban. Él podía leer los movimientos de sus bocas, podía entrar en sus sueños y en sus bragas sin que se diesen cuenta. Tengo ese poder, pensó. Lo he tenido siempre.

A orillas del Lemán se sentó a llorar

Mientras tomaba un whisky con soda en una de las terrazas que daban al lago Lemán, Yaquío pensaba en la mujer que había conocido en Berlín tres meses atrás. Le parecía una persona que llevaba la verdad grabada hasta en su mismo nombre: Vera. Y esa verdad estaba impresa en sus ojos, de una naturaleza casi transparente. ¿Solo en sus ojos? También estaba en su voz, en su tendencia al susurro íntimo y estremecedor, y en su amable indolencia a menudo rota de la forma más inesperada, como cuando cambiaba de cara, arrojaba al aire su copa y se ponía a bailar con una gracia portentosa. Vera era especialista en desconcertar y sabía avivar el deseo hasta que quemara mucho por dentro. Y luego estaban su cuello largo y sublime como el de una *madonna*, sus pecas, sus labios carnosos, inmensos, su cuerpo algo desgarrado pero hermoso, sus curiosas formas de copular... También le impresionaba muy gratamente que Vera fuera profesora de Historia del Arte, y consideraba que era un oficio que se combinaba a la perfección con su sensibilidad y su estilo.

Yaquío quería entregarse a ella, dárselo todo a ella, compartir la vida con ella, atravesar la noche con ella, pero para eso tenía que abandonar la organización. ¿Cómo? En ciertos estamentos es bastante fácil entrar; lo difícil es salir, pensó.

Yaquío consultó su reloj, vio que ya se acercaba la hora de la cita con su amigo Giner y se dirigió al embarcadero cuando empezaba a llover, circunstancia que le obligó a refugiarse bajo la cornisa de una de las paradas. Allí se sentó sobre un banco de hierro, encendió la pipa y miró a su alrededor: a la derecha podía vislumbrar el surtidor, desfigurado por el viento y la niebla. Parecía un géiser reluciente emergiendo al final de un pantano de hidrógeno. Miró hacia la izquierda y le reconfortaron los lujosos y vetustos hoteles de la ribera, con sus banderas y sus luces y sus clientes bien abrigados entrando en coches relucientes. Se fijó sobre todo en el hotel Beau-Rivage, donde se había hospedado Sissi poco antes de morir. Vio una ventana iluminada tras la que se presentía una habitación cálida y evocadora. Se imaginó en ella con Vera. Imaginó que Vera y él se besaban junto al fuego de la chimenea mientras bebían ginebra con hielo. Vera tenía la cara más encendida que los tizones que crepitaban en el hogar, y la estancia se hallaba levemente iluminada por una luz opalina. «Dentro, el amor que abrasa,/ fuera, la noche fría...», como decía el poeta. Pero lo cierto era que Vera no estaba a su lado y él esperaba a un amigo poco puntual bajo la tarde fría.

Yaquío examinó el traje que acababa de estrenar: el tercero en lo que llevaba de mes. Un buen traje inglés. No podía decir lo mismo del abrigo. Cinco días después de haberlo comprado ya le parecía viejo. Su manía con la ropa le parecía una enfermedad de la que esperaba sanar algún día.

Yaquío estaba a punto de abismarse en el pasado cuando al girar la cabeza vio que su amigo se acercaba desde el fondo del embarcadero.

Ya ante él, Giner le golpeó amistosamente en el hombro y se sentó a su lado.

—Lo siento, Yaquio, perdí el tren de las cinco y ya pensaba que no te iba a encontrar.

—Sí, una hora de retraso es una prueba que solo pueden superar los más fuertes. Pero me ha sentado bien... Los tiempos muertos te ayudan a pensar...

—Me alegra tu carácter y me asombra que no se haya deteriorado demasiado...

Bajo el alero que les amparaba de la lluvia menuda y constante, hablaron de mejores tiempos mientras contemplaban las aguas cada vez más plomizas y embravecidas del lago Lemán.

—Comenzaste muy pronto, Yaquio —dijo Giner—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintisiete.

—No los aparentas. Pero no te preocupes: habrá noches en que envejecerás de repente.

—Ya he conocido esa clase de noches. En una de ellas empecé a fumar.

—Mejor las conozco yo. Una vez, en Estambul, me hicieron sudar sangre. No es tan infrecuente. El pánico puede producir milagros aún más sorprendentes. ¿Sabes que tengo cáncer?

Yaquio arrojó a la papelera las cenizas de su pipa y la volvió a cargar extrayendo tabaco de una caja redonda.

—¿Acaso me lo habías dicho?

—No. Me lo detectaron hace cuatro días. Incurable...

—Vaya, lo siento.

—No pensaba decírtelo.

—Entonces ¿por qué me lo dices?

—Porque me gusta traicionar mi pensamiento.

Yaquio se echó a reír.

—Eres admirable...

—No te he contado un chiste. Te he dicho la verdad. Hay personas a las que les gusta traicionar su pensamiento, en parte porque creen que hay pensamientos dignos de ser traicionados.

Yaquio volvió a reír. Giner le pidió un cigarrillo.

—¿De qué es el cáncer?

—Si lo adivinas, firmo ahora mismo un documento según el cual te regalo mi cadáver en cuanto mi espíritu lo haya abandonado —respondió Giner.

—En ese caso prefiero no adivinarlo.

—Lo comprendo. ¿Y el cigarrillo?

Yaquio solo fumaba en pipa pero siempre llevaba consigo cigarrillos por si alguien los necesitaba. Así que extrajo del bolsillo interior de su abrigo una pitillera de oro y plata, le pasó a su amigo un cigarrillo y se lo encendió con un Dupont de coleccionista que exhibía sobre la laca negra dos máscaras trágicas.

Giner dio una calada muy honda y comentó:

—Tampoco pensaba decirte que me ronda la idea de que es un cáncer provocado.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Igual que lo niego lo afirmo, depende del momento.

Yaquío se quedó mirando el agua y pensando que su amigo estaba desvariando. Giner advirtió su inquietud y añadió:

—En Estambul me tuvieron tres días encerrado en un almacén de productos químicos. El edificio apestaba, y sobre todo la zona de los calabozos. Sentí que me estaban destrozando los pulmones. Pero como también puedo echarle la culpa al tabaco, mi cabeza es todo confusión, amigo.

—¿Por qué te llevaron a Estambul?

—No me llevaron. Hice de rehén voluntario para asegurar el buen funcionamiento de un intercambio de heroína entre los turcos y nosotros. Tú andabas entonces de negociaciones en Medellín.

Tras permanecer un rato callados, dejaron atrás el embarcadero, pasaron a la otra orilla del lago y entraron en el hotel Beau-Rivage. Llegaron a la coctelería del hotel, que tenía fama de ser una de las mejores de la ciudad, se sentaron en un rincón junto a una chimenea y un biombo azul, y pidieron dos julepes bien cargados de bourbon.

La noche casi alpina les había mordido la cara y Giner agradeció el calor del establecimiento.

—Hace más frío que en Berlín... ¿Te han llamado?

—Sí, mañana salgo para allí.

—¿Has pensado alguna vez en dejarlos?

Antes de contestar, Yaquío posó su mano encima de la de Giner. Era una de sus estrategias fundamentales: tocar a la gente, acariciarla incluso, abrazarla y mostrar simpatía, que a menudo no era solo teatral, ya que formaba parte de su naturaleza defensiva. A través del tacto percibía las vibraciones del otro, su temperatura física y emocional, su hipocresía o su sinceridad. En esta ocasión, la mano de Giner le pareció fría y mortecina. Más que la mano de un traidor, se le antojó la mano de alguien que estaba diciendo la verdad porque sentía la muerte cada vez más cerca.

—Sí —respondió finalmente a la pregunta de Giner—. Me gustaría dejarlos para siempre.

—¿Te atreverías a delatarlos? Conmigo puedes hablar claro. Saben que voy a morir y me han despedido. Todo un gesto de delicadeza por su parte. Me dejan morirme a gusto junto a un lago. Casi me da vergüenza decirlo. No es una muerte demasiado heroica, y nosotros hemos sido auténticos samuráis, Yaquío.

—Puedo imaginarme a un samurái muriendo junto a un lago. Seguro que hay algún poema del periodo Edo que trata el asunto.

—Seguro. Qué gracia tienes, cabrón.

—Lo siento, solo quería consolarte como un buen amigo. La verdad es que estoy cambiando mucho, y no entiendo muy bien por qué he llegado tan lejos. Algún día me gustaría escribir un libro contando parte de lo que sé.

—Ten cuidado, me temo que estás subestimando al enemigo.

—¿A qué enemigo?

—En primer lugar al enemigo interior, que es el peor; en segundo lugar a los de Berlín, que en cualquier momento podrían tomarte por su enemigo exterior... No conviene olvidar que Amadeus quiere limpiar su imagen y entrar de legal en la política de Berlín. Ahora mismo gobierna a todas las familias de Berlín. Sabe que va a haber mucho trabajo cuando desaparezca la Unión Soviética y la mafia rusa se agrande de forma exponencial, y quiere gente muy fiel y muy entregada. En este momento la Unión Soviética ya es un agujero negro a punto de colapsar. Algo casi desconocido en el universo. Nos estamos acercando a un horizonte de sucesos que no esperábamos. El espacio y el tiempo se van a retorcer, algunos países se van a estirar como la materia en la boca de un agujero negro, otros se van a encoger... Y va a haber una limpieza general de dimensiones astronómicas, que sin embargo nadie va a notar.

—Te entiendo, pero sé en qué terreno me muevo, y conozco un poco a Amadeus.

—No seas ingenuo. Amadeus es peor que el diablo.

—Yo creo que es aún peor Grolman.

—Grolman es más tonto, aunque reconozco que nadie le gana en astucia, pero la astucia no es lo mismo que la inteligencia. Menudo zorro... He tenido pesadillas con él y siempre he creído que desea verme muerto. ¿Por qué empezaste a trabajar con nosotros?

—Me captó Amadeus en el café Lohengrin, cuando estaba a punto de acabar mis estudios.

—¿Por qué cursaste los estudios universitarios en Berlín?

—Por atavismo. Mi madre era alemana, y desde niño hablaba con ella el alemán. Murió junto a mi padre en un accidente de tráfico cuando yo ya llevaba dos años en Berlín.

Giner lo miró oblicuamente y dijo:

—Siempre tuviste mucha imaginación, por eso te querían todos menos Josef. Aún recuerdo cuando te inventaste dos informadores, un alemán y un griego, para hacerles creer a los de Dresde que los asesinatos de Kreuzberg habían sido llevados a cabo por la mafia turca. Se tragaron el anzuelo.

—Bueno, solo utilicé las tácticas de Garbo, el espía catalán que tan providencial fue para el desembarco de Normandía.

—Ya veo. ¿Sabes cómo te llamábamos al principio?

—No.

—Te veíamos tan atildado y presumido que te llamábamos Lord Belmonte. Nos burlábamos así de ti. De pronto Amadeus decía: «Hoy he estado con Lord Belmonte y me ha dicho que tal y tal...». Nos gustaba el mote a todos menos a Josef. Josef no quería relacionarte con un lord, ni siquiera en broma.

Salieron del hotel y se fueron en taxi hasta la estación. Los altavoces anunciaban la llegada del tren cuando alcanzaron el andén. Ya frente al vagón, Giner musitó:

—Como me dijo una vez Amadeus, llegará un tiempo en el que ya solo seremos asesinos de sombras.

—Sí, pero hay un problema en ese nuevo oficio del que estamos hablando. No solo son asesinos de almas los que matan a hombres y mujeres, también son asesinos de almas los que matan sombras, porque en esas sombras suele habitar el recuerdo de un muerto. Si no nos diese miedo la verdad, tendríamos que hablar de asesinos de la memoria.

—No lo niego, pero así son las cosas.

—¿Qué piensas de Amadeus? Seguro que estás mejor informado que yo de su pasado.

Sintiendo que ya no tenía nada que temer, si bien no por las razones que Yaquío creía, Giner empezó a decir:

—Algo sé de esa oscuridad, amigo. Amadeus nació en 1946, en Berlín Oeste. Dejó muy pronto la carrera de Letras, aunque era un buen estudiante y dicen que escribía artículos interesantes en revistas universitarias. Pero le tiraba el mundo, y se hizo detective de la Policía, además de estafador, vividor y mujeriego. Ya entonces empezó a hablar de un plan para Alemania fundamentado en la alianza de la Familia con la policía, el gobierno y la banca. En 1976 se unió a Grolman y comenzó su nueva vida. Me han dicho que esta noche vas a ir a la cena de Grolman.

—Así es.

—Ten cuidado con él.

—Lo tendré.

—Bueno, amigo, que tengas suerte en Berlín.

—Y tú en Lausana —dijo Yaquío, y se sintió patético, pero ¿qué palabras podían servir en un momento así?

Sorprendiendo a su amigo, Yaquío lo abrazó con fuerza, tratando de captar a través del abrazo sus verdaderas intenciones. Esa vez lo notó tenso, como si una fuerza interior de naturaleza incontrolable emitiese corrientes de rechazo. Cuando Giner subió al tren, Yaquío creyó que estaba despidiéndose de un fantasma que subía a un tren fantasma una tarde no menos fantasmal.

Ya había desaparecido el último vagón pero él siguió en el andén, en actitud pensativa. ¿Y si se había confiado demasiado a Giner? ¿Y si Giner había recurrido a mentiras infames para colocarle en una situación favorable a la confesión?

En otras corporaciones albergar esa clase de pensamientos hubiese sido sucumbir al delirio, pero en la cofradía que los asociaba no. Se conocían traiciones legendarias que helaban el corazón. Traiciones épicas, que demostraban una fe ciega en la muerte. Pero Giner no le parecía hecho de materia tan compacta y todo en su persona evidenciaba un derrumbe real de sus creencias y sus células.

En la parada de taxis de la estación se subió a un vehículo y pidió que le llevaran al próspero suburbio donde se hallaba la casa de Grolman.

La cena, en un salón ornado con antigüedades españolas y rusas, fue todo un

banquete, con muchos productos del Este combinados con manjares franceses. El caviar era supremo, tanto como el vodka. «Oro blanco y oro negro para tranquilizar la conciencia», había dicho un comensal. Ya de madrugada, llegaron diez chicas reclutadas en la mejor agencia de Ginebra. Parecían polacas. Mujeres de mirada caliente que llegaban del frío. Mujeres asqueadas. Se les veía en la cara, pero lo llevaban bien, con resignación cristiana, y sus sonrisas resultaban «excitantemente piadosas», como dijo otro comensal cuando ya el banquete parecía un concilio de enajenados. Había prisa por devorar, por fornicar, por embriagarse. Una de las chicas, que se hacía llamar Sylvia y que poseía un cuerpo muy hermoso, estuvo bailando encima de una mesa.

De súbito Yaquio se dio cuenta de que eran formas de pasar la noche que se estaban quedando atrás, al menos para él. Veía ese momento como un territorio que quería abandonar, como quien huye de un espejo que por alguna razón le devuelve la imagen más abominable de sí mismo. Bien es cierto que esa impresión de haber caído atrapado en los flancos más descompuestos del sistema era reciente, y reciente su deseo de huir de su pasado y convertirse en un escritor.

Ahora creía que la idea de que tenía que dejarlo todo le había sobrevenido cuando cenaba junto a Vera, la chica que había conocido en Berlín. Al ver sus ojos verdes, al acariciar sus manos, había sentido que tenía que cambiar de piel antes de que fuese demasiado tarde.

Muy de madrugada, cuando ya se iba de la casa, Grolman le miró con cierta reserva, arqueó sus cejas rubias, resopló, se mesó el bigote, apuró una última copa y dijo:

—¿Vas a seguir con nosotros?

Grolman era un hombre bastante cuadrado, de cara de madera y ojos claros y asesinos. A Yaquio le asombró su pregunta y por segunda vez lamentó haber sido tan sincero con Giner. Sabía que era mejor mentir y contestó:

—Por supuesto.

—Harás bien. Los tiempos de prosperidad que se avecinan para Alemania nos van a hacer aún más poderosos y mucho más legales. El Muro ya está cayendo... Desde que el maldito Honecker renunció al poder en Alemania Oriental la suerte está echada... Para nosotros va a ser una oportunidad histórica. No olvides, amigo, que cuando en Berlín está cayendo el Muro de la vergüenza es el momento de los que carecen de ella.

—Cierto.

—¿Cómo has encontrado a Giner?

—Mal. Dice que tiene los días contados.

Grolman asintió con la cabeza mientras miraba en silencio a Yaquio.

—¡Dame un abrazo!

Se abrazaron. Yaquio intensificó el contacto y le pareció que Grolman se estaba guardando más de una clave en su dura mollera. Afuera le esperaba un taxi.

Amanecía cuando el coche empezó a bordear el lago. Yaquío bajó del automóvil y se detuvo en el puente de Mont Blanc. Un ferri se dirigía hacia Port Noir. Antes de desaparecer tras el surtidor, su caparazón brilló bajo el sol de invierno que acababa de surgir entre dos batallones de nubes grises.

Pasó por su casa, estuvo durmiendo unas horas, y a media tarde empezó a preparar su equipaje mientras seguía pensando en Vera y en los momentos que había pasado con ella.

Brisa fría

Nadie la llamaba Ágata la Dulce (aunque con ciertos vestidos y cierto angelismo impostado podía parecer una adolescente delicadísima), más bien la llamaban Ágata la Diabólica, y hasta sus profesores le tenían miedo, aunque no todos.

En muchos aspectos se había criado sola. Más que hija de sus padres era una hija del mundo, con todas sus consecuencias. Sus padres se habían conocido en Berlín, en una comuna ultrarroja en la que iban todos con el pelo rapado. Ella era española y él francés. Ella no tenía oficio ni beneficio y él acababa de terminar sus estudios de Arquitectura. Cuando ella se quedó embarazada abandonaron la comuna y se fueron a París, donde él encontró trabajo. Solo los tres primeros años Ágata se sintió amparada por sus padres, y dicen que a esa temprana edad ya está configurada nuestra personalidad, de forma bastante definitiva. En eso tuvo suerte: la abandonaron, pero no antes de lo estrictamente necesario.

A los tres años y medio la llevaron a vivir con unos tíos que residían en Madrid, en una calle de La Latina. Ágata pasó dos años en Madrid, jugando mucho en la calle con otros niños y asilvestrándose bastante. De hecho, cuando volvió a ver a sus padres casi no la reconocieron. Parecía una fierecilla desaliñada y retraída, que no se fiaba de nadie.

Posteriormente la encerraron en un internado de París, que más bien parecía un manicomio y donde se daban todas las variantes de pedofilia, si bien ella salió ilesa de la prueba y nadie la sobó porque le veían cara de fiera y de tener mucha seguridad interior. Cuando abandonó el internado, sus padres se divorciaron. Él se quedó en París y ella se trasladó a Berlín para trabajar desnudándose intelectualmente y ganándose el afecto de los progres.

Ágata llevaba viviendo con ella tres años, periodo en el que se habían acentuado su maldad y su inteligencia, en parte porque estaba a menudo sola. Ágata no temía la soledad como les podía ocurrir a otros adolescentes porque estaba acostumbrada a ella desde edad muy temprana, pero la soledad disparaba su cabeza y la hacía entrar en obsesiones peligrosas.

A los trece años leía ya narraciones muy duras como *Primavera sombría* de Unica Zürn y novelas eróticas de Pierre Louÿs como *Las hijas de su madre*, y conocía a un librero que le vendía a buen precio libros de autores libertinos.

En muchas ocasiones se disfrazaba de chico, sobre todo cuando iba en bicicleta, pero en otras ocasiones más secretas se ponía ropa de su madre de naturaleza excitante y se hacía fotos a sí misma. Esa misma noche no había hecho otra cosa desde su llegada a casa. Vestida como una corista, primero estuvo haciéndose algunas polaroids y más tarde volvió a abrir las páginas de *Las hijas de su madre*.

Finalmente encendió el televisor para ver un reportaje sobre los nazis en el que salían chicos muy guapos en posturas marciales. En eso llegó su madre y la sorprendió vestida de aquella manera. Vicki montó en cólera, y su ira se acentuó

cuando vio las novelas que estaba leyendo su hija. Pura pornografía, dijeron lo que dijeron los esnobs, pensó al ojear el material.

Antes de irse a su cuarto, Vicki miró a Ágata con asco y escupió:

—Cada vez me parece más difícil controlarte, y es un dolor. Creo que te estás convirtiendo en una depravada.

—¡Te odio! —rugió Ágata.

—¡Y yo a ti! —dijo su madre.

Ágata continuaba en su cuarto cuando oyó el teléfono. Sin ser notada, Ágata descolgó el aparato del pasillo a la vez que su madre descolgaba el de su dormitorio y pudo oír clandestinamente la conversación entre Vicki y Vera.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien y mal. Tengo una hija irredimible.

—¿Más irredimible que nosotras?

—Más.

—Lo dudo.

—¿Por qué lo dudas? ¿Has vuelto a meterte en algún lío?

—Sí.

—¿No habrás caído otra vez en la manía de las pistolas? Sabes mejor que nadie que cuando tienes cerca armas de fuego te vuelves loca. Recuerda la noche que estuviste a punto de matar a...

—No temas, las tiré todas al Havel.

—¿Quieres que vaya a verte?

—No. Estoy en una situación crítica y no quiero tener por testigos ni a ti ni a tu hija.

—Me estás asustando.

—Ya lo sé, pero tengo que cortar, Vicki. No puedo decirte nada más.

Vera colgó dejando a su hermana desconcertada. Ágata posó muy despacio el teléfono sobre su soporte y se refugió en la cocina. No tardó en oír el ruido de la puerta. Su madre acababa de salir y Ágata decidió visitar a su amigo Albert. De modo que se vistió de chico, cogió su bicicleta y se dirigió a la clínica donde desfallecía el muchacho.

En esa ocasión encontró a Albert muy desanimado, viendo en la televisión un reportaje sobre la matanza de focas en algún lugar del Norte.

—Te veo muy bien —dijo Ágata con la intención de animarlo.

Albert sonrió con amargura.

—¿Te acuerdas cuando robamos aquella pistola de aire comprimido en una tienda de la Kurfürstendamm?

—¡Cómo no me voy a acordar!

—Cuando tocaba correr te ganaba siempre. Recuerdo que te saqué mucha distancia y hasta tuve que esperarte. Pues bien, ahora no me siento capaz de sostener un alfiler con las dos manos y ya no puedo dar un solo paso.

—Estás exagerando —musitó Ágata, desviando la mirada y cogiendo un libro sobre viajes al Polo que reposaba sobre la mesa.

Albert volvió a sonreír desde la tristeza inapelable del que sabe que va a morir. Ágata lo advirtió y decidió librarlo por un rato de la obsesión de la muerte. Cogió su mochila y extrajo de ella una pequeña carpeta de plástico.

—¿Te gustaría ver mis fotos? Son algo porno.

Ágata abrió la carpeta y le mostró una primera foto. Albert elevó los ojos al cielo y su cara cambió de color. Finalmente exclamó:

—¡Pareces Vicki Bauhaus a los trece años!

Ágata estuvo a punto de escupir un exabrupto de los que matan, pero se contuvo.

Una hora después regresó a su casa y se quedó profundamente dormida hasta que una voz rugió que eran las ocho de la mañana. Parecía ser cierto: lo proclamaba el reloj del anticuario que tenían frente a su casa, y lo voceaba su madre con su peculiar berrido y una frase que parecía salir de un lanzallamas directo a sus oídos:

—¡Ágata, deja el edredón!

Ágata lo dejó con mucho pesar. Tardaba en dormirse, y por la mañana se sentía tan íntimamente unida al edredón, tan envuelta en él, que prescindir de su contacto le resultaba tan doloroso como desprenderse de su propia piel. Cuando al fin conseguía hacerlo, avanzaba hasta el baño, se duchaba, se vestía como una sonámbula, se deslizaba hasta la cocina más muerta que viva, intentando recordar qué había hecho la noche pasada, y se sentaba a la mesa con los ojos semicerrados y la lengua semifuera.

En esos momentos de aterrizaje lento, cuando su mente aún gravitaba en las dimensiones del sueño, la cocina le parecía a Ágata un universo caótico y oscilante, poblado por bestezuelas de colores que habitaban las alacenas, la nevera, la mesa; y donde la bestia mayor era su madre, trajinando entre cazuelas y platos, y blandiendo a veces con aire amenazante un tenedor o un cuchillo.

—Pareces completamente idiotizada —dijo Vicki Bauhaus mientras le servía un vaso de zumo de naranja industrial que le descomponía el estómago. Pero convenía tomarlo, para que la fiera dejara de rugir. Y la fiera tenía esa mañana cara de haber pasado una noche de farra con algún golfo del barrio, aunque también podía haberse emborrachado y acostado con algún amigote del Paris Bar.

Vicki solía hacer un café muy cargado, y en cuanto Ágata concluía su taza notaba que su cuerpo y su alma se revolucionaban, sacándola del sopor y colocándola en la dimensión de la velocidad. Hacia las ocho y media salió corriendo de casa con su mochila, se subió a su bicicleta y aceleró como si mil asuntos urgentes reclamasen su intervención.

En su camino hacia el colegio se detuvo ante un almacén abandonado, donde cogió un poco de fibra de vidrio como la que usan los albañiles para aislar paredes, y que ya había visto el día anterior.

Luego siguió hacia delante, sintiendo que estaba viviendo el momento más

emocionante del día, en el que solía llevar a cabo las más ingeniosas vilezas.

Entró la primera en el aula y restregó la fibra de vidrio sobre la silla tapizada en la que solía asentar su culo Julius, el profesor de Historia del Arte que había sustituido a su tía Vera y su *sex symbol* en aquel entonces.

Ya estaban todos los alumnos en el aula cuando llegó Julius y se sentó en la silla. La fibra de vidrio, que todo lo penetra, atravesó la tela de su pantalón y de sus calzoncillos, y alcanzó su piel mostrando su verdadera naturaleza punzante y avasalladora mientras él hablaba de Fray Angélico.

De pronto, los testículos de Julius empezaron a adquirir vida propia. Qué picor más intenso debía de estar sintiendo el desdichado, pensaba Ágata sin que en su cara se apreciara la más mínima emoción.

Julius empezó a cambiar de humor y de color. No sabía lo que le estaba pasando y achacaba sus escozores al libro que había leído sobre el síndrome de Stendhal y los sofocos que a veces podían producir las obras maestras. ¿Cómo explicar si no el hecho de que ahora notase su sexo ardiendo mientras hablaba de la naturaleza angélica de Fray Angélico? ¿Por qué de pronto le sobrevinía aquella especie de orgasmo sostenido que le estaba sacando de quicio y que le impedía prestar atención a lo que estaba diciendo?

Julius tuvo que suspender la clase y salir casi corriendo del aula. Uno de los alumnos, hijo de padres protestantes, se incorporó del pupitre y proclamó con cierta solemnidad:

—Daba la impresión de que se estaba corriendo. Es un degenerado.

—Lo es —susurró una chica que se hallaba sentada tras él.

Era viernes, y las clases acababan a mediodía. Ágata abandonó el colegio y regresó a su casa bastante alegre. Ya frente a su portal, no pudo resistir la tentación de acercarse a la tienda de antigüedades del padre de su amigo Albert, cuyo escaparate exhibía una Luger, la pistola alemana de la Segunda Guerra Mundial. Le encantaba esa pistola, creía que un arma con tanta historia te podía dar cierta autoridad en las sombras. No lo pensaba exactamente así pero eso era lo que quería decir su pensamiento.

Charles, el anticuario, pesaba más de ciento veinte kilos y Ágata solía hacerle recados, como comprarle cigarrillos y comida rápida. En una de esas ocasiones, había aprovechado los frecuentes despistes de Charles para coger la llave de la puerta trasera del establecimiento y hacer una copia, que siempre llevaba con ella.

Finalmente se apartó del escaparate y, al darse la vuelta, vio al fondo de la calle a un individuo alto y tétrico que parecía mirarla fijamente y que desapareció enseguida tras un árbol. Fue como si la envolviera de pronto una brisa fría.

Esa noche se acercó al Muro y el joven reportero de Spandau, al que Ágata admiraba mucho, le hizo su eterna pregunta ante la cámara:

—¿Eres partidaria de la unificación?

—Bueno —dijo ella, encantada de salir en la televisión—, yo solo soy partidaria

de la novela erótica de alto nivel y de los cuentos de Lovecraft. Me interesan mucho los monstruos invisibles, los que no se pueden ver y están ahí. Para mí son una imagen del horror. Imagínate que ahora mismo, además de estar rodeados de personas, estuviésemos rodeados de monstruos invisibles, que no podemos ver porque se ocultan justamente en las personas...

—Corten —ordenó el director del programa, que se hallaba a la derecha del entrevistador. Después se dirigió a Ágata—: Oye, chica, ¿qué has querido decir?

Ágata le miró muy seria y antes de subirse a la bici contestó:

—Se acabó mi intervención.

Media hora después, se iba acercando a casa por calles mal iluminadas cuando le pareció que la seguía un coche. No era la primera vez que notaba que alguien la perseguía, y ocurría siempre de noche. Ágata imaginaba que era siempre el mismo hombre, pero no se atrevía a volver la cabeza. Todo el poder festivo de la ciudad se estaba concentrando junto al Muro y nadie se cruzaba con ella. Notaba su respiración agitada mientras circulaba bajo las copas desnudas de las acacias, que proyectaban sombras fantasmales en el asfalto mojado. La estaban siguiendo ¿sí o no? No estaba segura, nunca lo estaba del todo. Finalmente giró la cabeza y no vio a nadie en la larga y solitaria calle Nibelungen.

Tres en la noche

Mientras transcurría el vuelo, Yaquio se entregó a los recuerdos más intensos que le unían a Vera. La había conocido unos meses atrás, cuando se estaba celebrando la primera Love Parade, a la que solo asistieron unas doscientas personas. Yaquio se hallaba en el Tiergarten, junto a un quiosco donde una orquesta estaba interpretando a Mozart y conformando un feliz contrapunto a tanta música electrónica. Se trataba de una pieza festiva y refrescante para aliviar el calor. Yaquio la estaba escuchando plácidamente mientras ojeaba la novela *Berlin Alexanderplatz* cuando una mujer se acercó a él para pedirle un cigarrillo. Yaquio recordaba que en cuanto notó a la mujer cerca se sintió envuelto en una nube mágica. Ella miró un instante el libro que Yaquio tenía en sus manos y susurró:

—Una gran novela. Me llamo Vera, ¿y tú?

Yaquio pronunció su nombre con la mirada fija en sus ojos. Parecían dispuestos a entablar una conversación cuando se aproximó a ellos una amiga de Vera, que se llamaba Luzia, y los sacó de aquel primer embeleso. Yaquio pasó con ellas dos días en los que fueron como hermanos. Daba la impresión de que le habían cogido gusto al número tres, más desequilibrado que el dos y más problemático que el uno, y que cuando iban juntos sentían que la fuerza de cada uno se triplicaba. Se creían hechos de una materia diferente cuando pasaban a Berlín Este y recorrían la Unter den Linden, bajo la luna que calentaba muy despacio el corazón y que hacía que se sintiesen en el interior de una pintura metafísica, poblada de casas reducidas a mera fachada y puertas que daban a ninguna parte y que no se podían cruzar.

Había calles junto al metro aéreo que parecían cubiertas de óxido de hierro y cuyas siluetas se reflejaban melancólicamente sobre las charcas que llenaban las calzadas mal asfaltadas y adoquinadas. Otras calles parecían carbonizadas, como los edificios y arboledas que rodean una central térmica, o cubiertas con un polvo parecido al cemento.

Siempre que pasaban a la zona Este se sentían transfigurados, y aquellos parajes llenos de charcos y silencio les producían emociones desconocidas. La soledad que emanaba de la ciudad los unía, intensificaba su sistema afectivo, que se convertía de ese modo en sistema defensivo ante la desolación que reinaba en las más vastas explanadas y los más íntimos callejones de la zona oriental, cada vez más invadida por el nuevo comercio, los letreros luminosos y los edificios recién levantados que surgían por doquier de la noche a la mañana.

En la Isla de los Museos, permanecieron un buen rato con las miradas fijas en las aguas del Spree, riéndose de forma estridente, y siguieron con la risa hasta que entraron en el museo de Pérgamo y se detuvieron ante el altar de Zeus. Allí creyeron volar, si bien donde mejor se lo pasaron fue en Alexanderplatz, donde Vera y Yaquio estuvieron explorando lo que quedaba de la plaza que protagonizaba la novela de Döblin, y no encontraron nada, pues todo era nuevo y reluciente. La plaza parecía el

lugar preferido de los berlineses orientales, además del más extranjerizante. Primero estuvieron sentados en el banco circular más próximo al rótulo de *Neues Deutschland*, fijándose en el estilo ecléctico y anticuado de los habitantes de Berlín Este, en los padres con sus niños (normalmente solo con uno) y en un hombre que llevaba al hombro una viga de madera parecida a la de la cruz de Jesucristo. Más tarde merendaron en el Alex Grill, donde bebieron mucho y se rieron más.

En todo momento, las dos mujeres le parecieron a Yaquío amables y delicadas, hasta cuando estallaban en carcajadas, y se sintió arropado por las dos como nunca en su vida, arropado por sus palabras, por las fábulas que le contaban, y por la intimidad bendita que habían sabido crear con él, si bien le gustaba mucho más Vera que Luzia.

El último día de su danza compartida lo pasaron íntegramente en Berlín Oeste, bajo sus luces incandescentes y su aire artificial. Estuvieron cenando en el Diner, y la noche de despedida recalaron en el Paris Bar, tan mítico en los años más fríos de la Guerra Fría, donde les dio por comer ostras, muchas ostras, bien regadas con ginebra y limón granizado.

Dos horas antes de aquella cena, Yaquío había tenido un detalle con ellas. A Vera le había regalado un vestido de seda chino, y a Luzia una falda larga y roja con tres tulipanes negros que lo cruzaban en diagonal.

Esa noche Vera les dijo a Yaquío y Luzia que había empezado a escribir un poemario que se titulaba *Yo acuso*, y hasta se atrevió a recitar con voz burlona algunos de sus versos.

Se sentía medio enamorado de las dos, de esa forma vaga con la que a veces nos enamoramos de los amigos, y ya habían acabado de cenar cuando Vera, animada por la música de Ravel que sonaba en el café, apartó a un lado los cubiertos, retiró el mantel, se subió a la mesa y se puso a bailar.

Vera rasgaba el aire humeante de la sala, oscilando a veces hacia la derecha, a veces hacia la izquierda, rozando siempre el abismo, moviéndose una y otra vez sobre la mesa redonda con una soltura inaudita. Yaquío veía su cara emborronada por la cabellera rubia, veía sus bragas blancas brillando al fondo de su falda negra. Durante un buen rato, las mareantes evoluciones de Vera fueron el fondo de sus pensamientos y sus recuerdos. Vera parecía aquella noche habitada por la gracia. Tres horas después, se despidieron.

Yaquío ya se hallaba en su hotel cuando Vera le llamó por teléfono y le dijo que lo esperaba en su casa para charlar un rato, en compañía de una botella de aguardiente y una bandeja de uvas pasas, a la vez que le animaba a retrasar algunos días su viaje.

Yaquío no se arrepintió de hacer caso a Vera y pasó con ella una noche gloriosa llena de vino y de sexo.

El día que Yaquío subió al avión de Ginebra ella fue a despedirle al aeropuerto y le confesó su amor. Pensaban verse en noviembre de ese mismo año, cuando él regresase a Berlín como estaba regresando ahora.

El recuerdo de Vera le condujo, por esos retorcidos caminos que pueblan la mente, al recuerdo de Amadeus. Ahora se arrepentía de haber entrado en contacto con él, ahora se arrepentía de aquella tarde de invierno en la que empezó a torcerse su destino. Y lo más grave de todo fue que la senda de la oscuridad, esa senda que circula por todos los espacios sociales y que suele resultar tan manifiesta como oculta, no se hizo visible en él ni siquiera cuando estaba pactando con el diablo. Fue víctima de esa inconsciencia hacia el mal que suele caracterizar los mejores años de la juventud, cuando es tan fácil corromperse.

Una tarde, Yaquío se hallaba en el café Lohengrin, donde según narración familiar sus padres se habían conocido, cuando un hombre reparó en él y se quedó mirándole como quien mira una imagen añorada de sí mismo. Con cierta atención, el hombre se fijó en los ojos grises del joven, en sus cabellos rubios y lacios, en su nariz afilada, en sus labios poco carnosos pero seductores, en su mirada penetrante y vivaz, en su fibrosa delgadez, en sus manos largas y finas, y decidió que aquel hombre le interesaba tanto por su físico como por su indumentaria. Le gustaba el Borsalino gris con el que Yaquío cubría su cabellera del color de la cerveza, le gustaba su abrigo austriaco, sus pantalones de franela, sus zapatos finos de dos colores y la bufanda de seda azul celeste. Bastaba con observar su indumentaria para saber que el joven era un hombre alegre, pero de una alegría amansada y levemente femenina, y luego estaba ese aire de suficiencia discreta, que no chirriaba, y esa atmósfera latina, quizá italiana, tal vez española, que parecía envolverlo como una placenta invisible.

Los dos se hallaban frente a la barra, y el hombre le ofreció un cigarrillo, que Yaquío aceptó pese a que aún no fumaba. Dejó que se lo encendiera, sonrió abiertamente, y se dijeron los nombres mientras estrechaban cálidamente sus manos. Fue el comienzo de una intensa amistad en todos los sentidos de la palabra y en algunos más.

Aquel primer encuentro tuvo lugar en 1987. Yaquío tenía entonces veinticuatro años, acababa de licenciarse en Filología Alemana en la Universidad Libre de Berlín y era bastante petulante y embaucador. Amadeus le dejaba hablar, prestándole más atención que la que le habían prestado sus profesores, y ya la segunda vez que se vieron Yaquío le habló de su «ideología». A pesar de ser un pijo de Madrid, toda la vida socio del Club de Tenis y del Club de Tiro, donde aprendió a manejar armas de fuego, Yaquío creía en una especie de aristocracia roja: en un partido conductor que supiera combinar marxismo y capitalismo, como habían empezado a hacer tibiamente los chinos.

Amadeus sonrió levemente y musitó:

—Eso me suena a Jefferson y a la aristocracia del mérito.

—Cierto, pero también suena a Maquiavelo y a Trotsky, aunque resulte contradictorio. Nunca he ocultado a nadie mi trotskismo.

—¿De modo que te consideras un rojo?

—Sí, pero mi idea de la aristocracia roja se ha ido debilitando, por demasiado

utópica. Hay que ser muy cabal para organizar una élite de esas características. No puede haber corrupción, al menos no en el grado que la conocemos. Es necesario mantener una moral espartana en ciertos aspectos, aunque en otros aspectos puedas ser un libertino. Ahora que lo pienso, fue una locura intentar casar el marxismo con el liberalismo y el espíritu del Renacimiento.

—No, amigo, no, de locura nada, y estoy de acuerdo contigo en la mitad de tu planteamiento. Claro que hay que crear una aristocracia del mérito, una élite espartana que además sepa divertirse y darle al cuerpo lo que es del cuerpo. ¿Y dónde hay que crearla? Pues en el mundo real, muchacho, y el mundo real está lleno de materia oscura, ¡a ver si lo entendemos! Y en ese mundo tan real como la vida misma es exigible una especie de aristocracia. ¿Roja? Si nos atenemos al sentido más evidente de la palabra «roja», sí, una aristocracia roja porque de vez en cuando puede correr la sangre.

A partir de entonces Amadeus se convirtió en su mentor. No le enseñó a vestirse, pero sí modificó sensiblemente su estilo indumentario dándole un aire más inglés, de una elegancia más asentada y más impregnada por la sensación de poder, que comienza siendo una emoción mental basada en la conciencia de que uno puede hacer cosas que antes le estaban vedadas, y que acaba convirtiéndose en algo parecido a una estética. No le enseñó a beber, pero le inició en el culto a algunos whiskies y algunos vinos exquisitos, solo al alcance de bolsillos tan amplios como parecían ser los de Amadeus. No le enseñó a seducir, pero insufló en su espíritu el duende de la tranquilidad ante el vicio, que tanto acerca el alma del libertino a la del asceta. No le enseñó a hablar, pero introdujo en sus frases una melodía extraña, que parecía la puerta a promesas muy sugestivas y a señoríos muy oscuros y sin embargo perfectamente controlados. No le enseñó a divertirse, pero le llevó cuantas veces pudo a la Ópera, para que pudiera emborracharse con los amores prohibidos de los héroes de Wagner, con su gusto por la sangre, el veneno, las espadas y las pasiones desmedidas, y solía reunirse con él en los mejores cafés, los mejores restaurantes y los mejores prostíbulos.

Ya llevaban un año de amistad apasionada, si bien con ciertos descensos y ascensos de naturaleza inesperada, cuando una noche, hallándose en el Paris Bar, Amadeus le susurró:

—Ya he tenido que asesinar varias veces a mi propia sombra. ¿Entiendes lo que es eso? Se trata de una mutilación bastante terrible, pero que te va galvanizando. ¿Otra copa más de este whisky tan excelso que estamos tomando? ¿Cómo dices que se llama?

—Lágrimas de Byron.

—Dos Lágrimas de Byron más —musitó Amadeus mirando al camarero que pasaba ante ellos. Después se dirigió a Yaquío y preguntó—: ¿Crees que Byron lloró alguna vez, muchacho?

—Con lágrimas de cocodrilo, más de una vez; con lágrimas de verdad no sé.

Imaginemos que sí, que lloró de verdad en Grecia, no mucho antes de morir.

—Muy bueno. Vamos a brindar a la salud de todos los que murieron por Grecia, madre de Europa. Nosotros no vamos a morir, Yaquío, ni por Grecia ni por Alemania. Somos inmortales.

—¿En qué sentido?

—En el sentido más inmediato. Ahora mismo somos eternos, en este preciso momento lo somos. Alza el vaso y brindemos solemnemente como caballeros templarios que han encontrado el Santo Grial.

Brindaron. Esa misma noche, Amadeus le preguntó si quería entrar en su empresa. Yaquío contestó:

—Quiero.

—Supongo que te das cuenta de que esto es muy parecido a un pacto con las sombras, pero te juro que nadie se hace rico sin la alianza del diablo, te lo juro por mi nombre...

—No te calles, di todo lo que tienes que decir.

—Lo único que tengo que decirte en este momento es que exijo fidelidad. Una fidelidad sin pliegues de ninguna clase. Supongo que me entiendes.

Yaquío asintió ambigualmente. Amadeus añadió:

—A cambio de la transparencia en todos tus movimientos vinculados a mi organización vas a experimentar lo que es tener dinero... El futuro se abre como el cielo de la estepa. Cosas que antes no eran posibles empiezan a serlo. Es como entrar en otra dimensión. Si aceptas, a partir de ahora vas a tener un sueldo fijo de cinco mil marcos. Tus estudios universitarios y tu talento para la informática nos pueden ser de mucha utilidad. Hay que blanquear mucho dinero, chico. No te lo puedes ni imaginar.

A partir de ese momento Yaquío se convirtió en algo parecido al secretario de Amadeus, y puso a disposición de sus empresas todos sus conocimientos de informática para poder encriptar convenientemente toda clase de archivos, documentos y mensajes. No en vano había sido miembro de la organización berlinesa de Hackers Chaos Computer Club, y resultaba imprescindible para modernizar y afianzar las estrategias de la organización, así como para llevar a cabo operaciones de chantaje, sabotaje y vigilancia.

Mientras solo se trató de blanquear dinero para las diferentes corporaciones, obteniendo en el proceso sustanciosos beneficios, todo fue bien, pero el mundo se ensombreció para Yaquío con el problema que tuvieron con un traficante checo, socio de Amadeus, que se fugó a Róterdam con la intención de traicionarlo. Hasta entonces, Amadeus había hecho grandes negocios con él, pero temía su indiscreción y sus vicios. Más de una vez le habían sorprendido con chicos menores de edad, casi niños, y Amadeus no quería pervertidos en la Familia, según sus propias palabras. De modo que ordenó a Klaus, su sicario, que se encargase de él en Róterdam, donde acabó fulminándolo de un tiro en la cabeza.

Aunque Yaquío no intervino en el crimen, para él fue algo parecido a un bautismo

de sangre y empezó a tener problemas para conciliar el sueño. Por esa época se inició en el vicio del tabaco de pipa, y comenzó a beber más que Amadeus.

Su jefe le ayudó en ese trance, volvió a acercarse mucho a él y le animó a seguir con el ánimo muy alto.

—Lamento que te hayas enterado de la muerte de nuestro amigo en Róterdam. Son gajes del oficio, y piensa que acabas de pasar el Rubicón. A partir de ahora todo será más fácil.

Y tenía razón. Una vez se asentó la muerte del checo en su cabeza, entre vapores de alcohol y oscuridades de conciencia, se sintió como iniciado en el gran secreto del poder: la muerte.

Ahora se consideraba a sí mismo más alemán que nunca, quizá porque por primera vez en su vida intuía los perversos poderes de la culpa, y se entusiasmó mucho cuando Amadeus le habló por primera vez de su plan para conectar con los grandes cárteles de Colombia. La conversación tuvo lugar en el hotel Alma de Grünewald, por el que al parecer habían pasado Thomas Mann, Eva Braun y Marlene Dietrich, y Romy Schneider (en cierto modo Sissi), nada menos que tres veces.

En el bosque de abedules junto al hotel Alma estuvieron reescribiendo la historia del narcotráfico. El bosque parecía la catedral de Adán. Las columnas blancas, altas, resplandecientes, se alzaban hacia un cielo de cristal. Se sentían en el interior de una inmensa catedral gótica y enteramente vegetal. Un laberinto de árboles, cierto, pero en el que solo te podías perder si olvidabas la naturaleza limitada del lugar. Por eso lo más emocionante era colocarse en el centro mismo de la arboleda. Desde el centro no se percibían los límites por ninguna parte y era como ubicarse en el centro del universo. Solo podían orientarse por las huellas que habían ido dejando sus pasos en la nieve y por la luz de neón azulado de la coctelería del hotel, proyectándose levemente sobre un tronco lejano.

Desde ese centro, Amadeus fue desplegando el plan mientras fumaba un puro apoyado en el tronco de un abedul. Por aquel entonces, Amadeus daba por seguro que el futuro se iba a escribir en alemán. Pero los milagros económicos y financieros nunca caían del cielo y se llevaban a cabo en las sombras, con la participación de poderes diferentes.

Tan solo quince días después de la elaboración integral del plan Yaquío se trasladó a Medellín, en cuyo aeropuerto le esperaban dos hombres en un coche blindado. Esa misma mañana le condujeron hasta la villa de un patriarca de la coca que estaba muy interesado en blanquear su dinero en Alemania. Llegaron enseguida a un buen acuerdo con él, tras prometerle que ya tenía en Hamburgo el banco que haría realidad sus sueños de redención.

El mes siguiente, Yaquío se preparó para trasladarse a Ginebra y desde allí vigilar y organizar los trasvases de dinero desde Colombia a Hamburgo, y desde Hamburgo

a la banca helvética. *Auf welchen schwarzen Stühlen/woben die Parzen dich...* «Ah, con qué negros oficios/las Parcas tejieron tu vida», pensó recordando un poema que se sabía de memoria y en el que se veía retratado. Luego se acordó de una noche de borrachera en la que Amadeus le había dicho:

—Supongo que conoces esa vieja canción de cabaret que dice: «El negro de la bandera alemana/viene de los tulipanes negros/que Mefistófeles cultivaba/en los jardines del Infierno». Pues bien, nosotros somos los tulipanes negros de esa bandera. Hemos crecido en el infierno, somos amigos de la noche, y te diré algo más: todo aquel que prueba de modo suficiente nuestra forma de vida ya no quiere otra cosa. A tal punto es adictiva.

Vicki Bauhaus

El escenario representa una calle lúgubre y deteriorada, una calle de Berlín Este teñida de luces expresionistas y muy cerca del Muro. Vicki Bauhaus surge de la oscuridad y se coloca en el centro de la calle. Lleva un traje masculino y los cabellos rubios y cortos. Sus ojos verdes parecen fosforescentes cuando la luz de un reflector que gira sobre el Muro barre la calle.

Comienza la música a cargo de una orquesta de cuatro miembros ubicada en un ángulo del escenario que hasta entonces ha permanecido en la sombra. Aires jazzísticos de los años cincuenta, cuando el existencialismo estaba pasando uno de sus mejores momentos.

Vicki se quita la chaqueta siguiendo la luz de un fogonazo acentuado por la percusión, y se queda con una camisa de manga corta y transparente, que deja ver su sostén negro con dos rosas rojas.

Tiene poco pecho, y las mujeres sin pecho pueden tener un culo muy bonito. Vicki consigue que los espectadores piensen sobre todo en su culo. Sus seguidores dicen que es un culo «totalmente griego». Como insisten bastante en lo de «totalmente», más de uno se siente obligado a pensar que se trata de un culo jónico, dórico y corintio, según el ángulo de visión.

Antes de quitarse la camisa, se desprende de los pantalones. Desnudar primero la parte inferior del cuerpo es más obsceno que desnudar la parte superior.

Ya está sin pantalones, los espectadores pueden ver sus piernas. Las medias negras y el liguero no emborronan la caligrafía de sus muslos y sus glúteos, más bien la resaltan, aunque impidan apreciar hasta qué punto su cuerpo es de un clasicismo emocionante.

Sigue con la camisa y la corbata, y mientras baila unos instantes como una *flapper* sus bragas negras se desprenden de manera misteriosa de su cuerpo y Vicki ofrece al fin su culo a sus seguidores. Pueden verlo explícitamente, les deja que aprecien el tulipán negro que brilla entre sus dos glúteos, sobre los que empieza a proyectarse una luz gris, de película en blanco y negro.

La música se torna dura, sórdida y onírica, como si llegara desde alguna dimensión del sueño, y da la impresión de que Vicki está excitada. Entonces comienza una danza lenta y glacial, mientras sigue de espaldas. Movimientos que indican deseo y al mismo tiempo repulsión. Sin dejar de moverse consigue ponerse los pantalones. Ya los tiene puestos cuando se quita la camisa y el sostén. Sus pechos son pequeños pero evidentes, y sus pezones parecen hinchados y rojos.

Vicki enciende un cigarrillo, coge su camisa, su corbata y su chaqueta, y con pasos elegantes y algo perezosos va saliendo del escenario mientras se acelera la música y estallan los aplausos.

Oculta en uno de los palcos vacíos, Ágata ha estado viendo una vez más cómo el culo de su madre buscaba la mirada de la masa que respiraba en la oscuridad. Se ve

que le gusta mostrar el trasero, piensa Ágata. Se ve que es el momento culminante de su espectáculo, el de las plegarias atendidas y las promesas cumplidas. A Ágata le asombra que muchos intelectuales acudan al espectáculo y la consideren una especie de diosa de la noche que ha sabido recuperar lo mejor del cabaret de entreguerras.

Ágata abandona el teatro indignada y roja de vergüenza, y vuelve a hacerle una visita a su amigo Albert.

Ulrich permanecía en su coche, aparcado en la acera opuesta a la del hospital. Mientras escuchaba a Albéniz, fumaba cigarrillos de marihuana y cocaína, que tenían la virtud de agrandar sus delirios y multiplicar sus deseos.

Llevaba todo el día siguiendo a la chica de sus sueños. Sentirla cerca le producía una ventura exquisita que no podía comparar con nada. La había visto merodear la casa de Vera, la hermana de Vicki Bauhaus que Ulrich conocía de sobra y a la que había seguido más de una vez por los bares del barrio turco; y más tarde la había sorprendido contemplando devotamente a su madre desde un palco oscuro de La Nuit.

Mientras se llevaba a cabo la función, la mirada de Ulrich se deslizaba como un péndulo de una a otra, dejándose arrastrar por la fantasía de que las poseía a las dos en la misma cama, si bien era Ágata la que más le fascinaba: los ojos de Ágata, su culito alegre y alado, danzando continuamente sobre el sillín de la bicicleta, y esa velocidad con la que cogía las curvas peligrosas, y esas novelas que le compraba al depravado de la calle Budapest. Todo le indicaba que junto a ella iban a ser posibles experiencias que con otras ni siquiera se podían soñar.

Tales eran sus pensamientos cuando la vio salir del hospital. Parecía triste y al subir a su bicicleta reventó en sollozos.

A Ulrich no le gustaban las lágrimas: le daban ganas de agredir salvajemente a los llorones y decidió regresar a su casa, temeroso de que la fragilidad que estaba exhibiendo la muchacha provocase en él reacciones incontroladas que más tarde iba a lamentar.

De nuevo en su casa, empezó el infierno de siempre. Un vacío fundamental lo presidía todo. Miraba los cuadros, los retratos de sus familiares, los muebles..., y le parecían íntimamente vacíos y sin sentido.

Había llegado a un estado de cansancio existencial tan considerable que todo se había despojado de sentimientos, todo salvo el *Libro negro* y la pistola de su padre.

Harto de sí mismo, se dejó arrastrar por las luces de neón que brillaban a lo lejos, y entró en un establecimiento de atmósfera roja y paredes brillantes.

Una mujer de aspecto severo y ropa lujuriosa lo descubrió junto a la barra y dijo:

—Usted no puede entrar aquí.

—¿Por qué?

La mujer se acercó a él con paso decidido, lo empujó con violencia y gritó:

—Lo sabe de sobra. El año pasado tuvimos que llamar a la policía porque empezó a agredir a una chica. Lárguese o me verá obligada a llamar una vez más a los agentes del orden.

Con el ánimo sombrío, Ulrich abandonó el establecimiento y de nuevo empezó a obsesionarse con la chica de la bicicleta. O me pego un tiro en la cabeza, o acabaré haciendo una salvajada de las que dejan huella en la historia universal de la infamia, pensó.

Desde la ventanilla del avión parado, Yaquío miró hacia el exterior y vio un muro con alambres al fondo, iluminado a veces por una ráfaga de luz azul. Tras él se sucedían las casas grises, la lluvia, la niebla...

Salió del aeropuerto. Mientras esperaba un taxi, respiró hondo y creyó notar una vez más que había algo extraño en la atmósfera de Berlín, como si el acero que se había abatido sobre ella en otro tiempo aún siguiera gravitando en partículas mínimas y adheridas a las púas de hielo que saturaban el aire.

Bastó con que el taxi lo alejase un poco de la terminal para constatar que la ciudad estaba cambiando de aliento y de vibración. Había por todas partes un ambiente de fiesta y de revuelta. Se percibía más locura y más irresponsabilidad. La gente respetaba menos las señales de tráfico y hasta vio más de un coche deslizándose por la acera.

—¡Qué agitación! —exclamó, para ver qué comentaba el taxista.

—¿Lo ve? Ahora estamos danzando en la cuerda floja, y llevamos así un tiempo, no crea usted. Yo no había visto nada así desde la época anterior a la construcción del Muro, cuando era un chaval. El Muro está a punto de caer, joven, y la gente ya se ha empezado a encaramar en él. Se acabaron las alambradas.

El taxi lo dejó ante el hotel Esplanade y subió enseguida a su habitación. Ya en ella, abrió la ventana, contempló el canal y encendió el televisor: todos los canales emitían imágenes de los jóvenes berlineses subiéndose al Muro y golpeándolo enfáticamente con martillos y piolets. Los comentaristas clamaban por la caída del Muro, que parecía cada vez más inminente, y Yaquío no sabía qué pensar al respecto, si bien todo indicaba que nuevos vientos soplaban para Alemania.

Apagó el televisor y telefoneó a Vera. La estuvo llamando más de una hora, pero nadie contestaba y decidió coger un taxi hasta el barrio donde vivía, con la intención de dar un paseo por las orillas del lago Nicolás.

Yaquío sabía que a Vera le gustaba mucho pasear por allí. Si no la encontraba daba igual, llamaría a su puerta. A veces Vera no cogía el teléfono, según llegó a sospechar en más de una ocasión.

Una hora después, iba caminando junto al lago cuando creyó ver a Vera en la otra orilla. Pensó que no podía ser posible y avanzó con precaución, medio oculto entre los abedules, hasta que la tuvo a menos de cinco metros y pudo comprobar que era

ella.

Vera miró angustiada a su alrededor, como si se sintiese perdida, luego torció hacia la derecha y se acercó a una fuente que gorgoteaba en medio de la arboleda. Allí permaneció un instante detenida, mirando la fuente, hasta que se dirigió otra vez al lago y Yaquío tras ella.

Vera caminaba como si estuviese narcotizada y no se detuvo hasta que no se vio al borde mismo de una elevación que caía en picado sobre el agua. Entonces Yaquío se fijó mejor en ella, en sus largos cabellos, en su largo abrigo, en sus botines con cordones, en sus manos finas y temblorosas.

Mientras la miraba, su mente hizo miles de instantáneas de todos los lugares de su cuerpo, y aunque el abrigo disimulaba su anatomía, sabía que tras la lana negra se ocultaba un cuerpo luminoso y muy seductor. De pronto le alarmó ser tan elemental. ¿Y si Vera estaba pasando un mal momento? Todo apuntaba a esa posibilidad. Ahora acababa de meter las manos en los bolsillos y había inclinado ligeramente la cabeza, como si estuviese pensando en asuntos muy graves y desalentadores.

Yaquío se preguntó si debía acercarse a ella. Quizá Vera meditaba sobre su vida mientras observaba el agua helada, allá abajo. Todo un panorama para reflexionar en la pequeñez humana. Finalmente decidió actuar.

—Hola —dijo casi sin voz—. Si te tiras me voy contigo.

—¡Yaquío! —gritó Vera.

Él prosiguió:

—Me voy contigo ya mismo, de verdad, pero comiéndote los labios. Qué descenso más bestial, cariño.

—¿Puedo saber qué haces aquí?

—Te estaba buscando.

Los ojos de Vera empezaron a humedecerse. De repente acercó sus manos a las de Yaquío y dijo:

—Qué caliente estás con este frío que hace. Te he recordado mucho estos últimos días, y de pronto apareces aquí...

—¿En qué estabas pensando?

—En una amiga que acaba de morir.

Yaquío se quedó un instante en silencio, sin saber qué decir. No esperaba una revelación de esa naturaleza y tan solo balbució:

—Lo siento, lo siento de verdad. ¿Quieres que tomemos algo a resguardo de este frío que corta la respiración?

—Sí.

Se fueron a un café de la calle Alemannen que disponía de una chimenea inglesa en su amplio salón. Allí, al amparo del fuego y entre espejos y columnas recamadas, estuvieron tomando ginebra y rozándose las manos. El cuerpo de Vera transmitía una tensión eléctrica tan fría como letal, y Yaquío empezó a preocuparse de verdad.

—¿Hasta cuándo vas a quedarte en Berlín? —preguntó ella.

—Hasta que tú me eches. ¿Qué piensas de lo que está ocurriendo en la ciudad? La gente se agolpa junto al Muro. La ciudad parece llena de amor universal.

—Me tiene sin cuidado —dijo ella.

Yaquío se dejó invadir aún más por la inquietud. Pensándolo con un poco de objetividad, tenía ante él la cara de una mujer perdida en su propia oscuridad, y si bien la belleza de sus ojos y sus pómulos hacían de máscara eficaz, si ella quería se podía convertir en máscara impenetrable. Era una de las ventajas de la belleza: ocultaba la desdicha mejor que la fealdad, que ya era en sí misma una desdicha. Yaquío se empezó a angustiar. La Vera de ahora no se parecía demasiado a la que él había conocido y amado meses atrás, ni era la misma con la que había hablado por teléfono la semana anterior.

El sol de otoño llegaba hasta ellos convertido en sol estival gracias al cristal que los protegía del frío. Vera dijo:

—¡Qué bonita luz tenemos hoy! Ayuda a vivir.

—¿Necesitas que te ayuden a vivir? —preguntó Yaquío.

Ella volvió a sonreír y le miró desde sus ojos dulces, húmedos, y a medio camino entre el verde y el gris. Yaquío no había visto nunca una mirada que dijera tantas cosas y tan contradictorias a la vez. La mirada de Vera le estaba diciendo sí, y a la vez no, y a la vez no sé, y a la vez...

En tan solo unos minutos fueron entrando de nuevo en la ficción del amor, mientras se miraban a los ojos. De vez en cuando, Yaquío acariciaba la nuca de Vera. Con las mujeres era una de sus caricias preferidas, pues le había parecido siempre muy efectiva. Tenía la impresión de que se trataba de un punto muy sensible en ellas, que las predisponía a acercamientos más intensos.

—¿Qué estabas haciendo junto al lago cuando te encontré?

—Ya te lo dije, paseando y recordando a mi amiga muerta.

—¿No te estarás refiriendo a Luzia?

—A esa me refiero. Era un alma de Dios... La pobre permaneció hasta los catorce años en un orfanato. Carecía de figura materna y paterna. Solo me tenía a mí. Hacíamos planes para el futuro, nos reíamos de la vida, nos reíamos del abismo. Eso era todo lo que estaba recordando en el lago cuando me abordaste. Un mundo perdido —dijo, y se echó a llorar.

—¿De qué ha muerto?

—No te lo puedo decir.

—Haz un esfuerzo, por Dios.

—No puedo, de verdad... Quizá más tarde...

Nada en Vera le parecía ahora transparente, pero sabía que la oscuridad absorbe más que la claridad, y perderse en ella, en su mirada doliente, se le antojaba de pronto una experiencia deliciosa.

—Me da igual que estés en el infierno. Quizá yo también lo estoy.

—No lo parece —dijo.

—Si yo te contara...

Vera se echó a reír por primera vez en la tarde.

—Nada se puede comparar con lo mío, mi amor.

Qué bien sonaba en sus labios la invocación «mi amor». Era como si la escuchara por primera vez. Sus palabras le amansaban, pero a la vez le sublevaban ligeramente. ¿Nada se podía comparar con su infierno? ¿Se trataba de un reto? ¿Iban a jugar a ver quién era el más pérfido de los dos, o el más oscuro, o el más siniestro, o el más diabólico o el más devastador? Yaquío nunca había querido jugar a eso con una mujer.

—¿Quieres que nos vayamos a mi hotel?

—No —dijo ella—. Esta noche tengo que resolver un problema que me obsesiona desde hace días. Mañana estaré en mejor disposición, te lo juro, Yaquío. ¿Me perdonas?

—No.

—Está bien, permitámonos un pequeño desahogo para calentar los corazones —dijo, y empezó a morderle los labios. En ese trance estuvieron algunos minutos, hasta que Vera se incorporó con cara de lamentarlo. Luego se dijeron adiós con cierta brusquedad.

No mucho después, la vio perderse en la boca del metro y se acercó en taxi a la Kurfürstendamm, en uno de cuyos quioscos compró un ejemplar del *Berliner Morgenpost* con la intención de leerlo en el café Möhring mientras tomaba un whisky, pero el whisky se le atragantó cuando llegó a las páginas de sucesos y leyó aquella noticia que hablaba de una mujer a la que habían encontrado en el lago Nicolás.

La mujer, que oscilaba bajo el agua cuando una muchacha descubrió el cadáver, no tenía dedos y le habían arrancado el rostro, por lo que iba a ser muy difícil descubrir su identidad, según aseguraba el cronista. Una vez más, todo indicaba que se trataba de uno de los muchos crímenes de las mafias.

Yaquío ya había concluido la lectura cuando se atrevió a mirar la fotografía que ilustraba la noticia. Ciertamente, aquella mujer no tenía cara y casi tampoco dedos, pero llevaba una falda roja con tres tulipanes bordados, y sus caderas eran las de Luzia, la dulce Luzia que reía a carcajadas con él y con Vera cuando toda la ciudad les parecía transfigurada y convertida en una gloriosa alucinación.

Ágata negra

Sentada en un vagón de metro entre otros viajeros, Vera se perdía en sus recuerdos más lejanos y sus recuerdos más recientes, y todos, salvo sus encuentros con Yaquío, le parecían espantosos.

Ahora le avergonzaba la imagen que le había dado a Yaquío de su persona. Le había hecho creer que estaba interesada por el arte y que era poetisa. Le hacía gracia la palabra: poetisa, como sacerdotisa y pitonisa, pero sus temporadas en el infierno tenían poco que ver con la lírica. Siempre le habían gustado las pistolas: le atraían desde niña como objetos vinculados al poder: su poder. A los dieciséis años llegó a tener una colección de pistolas sorprendente, y disfrutaba mucho practicando la caza mayor, si bien lo había hecho pocas veces en su vida y siempre en compañía de tipejos impresentables, que no obstante tenían su sitio en el gobierno del Land.

Descendió en la parada de la plaza Viktoria-Luise y entró en una ferretería de la calle Eisenacher, donde compró una sierra, un martillo y un escoplo. La dependienta le preguntó:

—¿Es usted escultora?

—Sí —respondió Vera.

Más adelante, en otra tienda, compró desinfectante y en otra un perfume francés.

Mientras regresaba en metro a casa, la lluvia, que azotaba los vagones en los tramos aéreos del ferrocarril, le trajo a la memoria la noche en la que comenzó de verdad el proceso abismal en el que se fue hundiendo junto a Luzia y Yuri...

Tan solo dos meses atrás, Luzia y Vera estaban jugando al ajedrez una noche de tormenta. Las ráfagas de lluvia golpeaban sordamente las ventanas. Berlín era una sonata de viento y agua, que a ratos se convertía en sinfonía aterradora. Los ruidos de la tormenta se mezclaban con el gemido lejano de las sirenas de alguna ambulancia, o de los bomberos, o de la policía, y las dos agradecían el calor de la casa, las copas, el tablero de ajedrez... De pronto, en medio de la confusión sonora, oyeron un ruido extraño que parecía proceder del jardín. Abrieron la ventana y creyeron que se movía algo en la oscuridad. La cerraron de nuevo, temerosas de que alguien con malas intenciones estuviese al acecho. Pegaron las caras al cristal pero siguieron sin ver nada. Vera volvió a abrir la ventana y miró sin miedo. De la oscuridad casi líquida y envolvente empezó a surgir un hombre pálido y serio que llevaba una mochila, y a quien al principio no reconocieron. El hombre dio dos pasos hacia ellas y dijo:

—Soy Yuri, el yugoslavo. ¿Ya no os acordáis de mí?

—¿Yuri?

—Nos conocimos ayer en un bar del barrio turco y me disteis esta dirección.

—¿Te la dimos? —preguntó Vera, desconcertada.

—Sí, me la dio tu amiga.

—¿Se la diste tú? —rugió Vera dirigiéndose a Luzia.

—No me acuerdo.

Lo dejaron pasar y esa noche Luzia empezó con Yuri un sofocante maratón de cocaína, gracias a las existencias que el yugoslavo traía en su mochila. Y ahora le asombraba que en apenas dos meses su vida hubiese cambiado tan radicalmente. Le asombraba la inconsciencia, la ceguera, la sangre... Tales eran sus pensamientos cuando le vino a la cabeza un nuevo poema minimalista para su colección:

Yo acuso a la luna
que iluminaba la laguna
donde flotaba el cadáver.

Ágata llevaba un rato en la acera opuesta a la del inmueble en el que residía Julius, su adorado profesor de Historia del Arte. Sabía dónde vivía porque había registrado una vez su abrigo colgado en una de las perchas del aula y había descubierto su dirección en uno de sus documentos.

Todo le indicaba que Julius estaba en casa y que la ventana iluminada del noveno piso era la de su apartamento. Deseaba llamar a su timbre y decirle: «Soy Ágata».

Imaginaba que Julius la dejaba entrar al oír su nombre, la conducía hasta un salón, se arrodillaba ante ella y, sin preámbulo alguno, le daba un beso y le susurraba palabras de una dulzura escalofriante.

Dándose ánimos a sí misma, pulsó el timbre del noveno piso. Una voz que ella conocía bien susurró:

—¿Quién es?

—Soy... —respondió Ágata, pero no consiguió añadir su nombre al verbo, y la respuesta quedó a medias y sin demasiado sentido.

—¿Quién? —volvió a preguntar él.

—Soy... —volvió a contestar ella, como si solo quisiera proclamar su condición de existente.

Acto seguido le entró un ataque de pánico y huyó de allí, hasta perderse tras las arboledas del Tiergarten. No se perdonaba su cobardía y empezó a poseerla esa morbidez que tanto temía y que la incitaba a buscar el lado siniestro de la vida. Desolada y perdida, se acercó a un quiosco y ojeó algunos periódicos. En uno de ellos vio la fotografía de la mujer del lago y decidió acercarse a la morgue. Conocía al portero, que una vez le había enseñado el cadáver de un perro con dos cabezas, y que esa mañana la dejó pasar al interior del recinto para que viera a la muerta sin cara. Le produjo tal impresión que vomitó todo lo que había desayunado y salió enseguida a tomar el aire.

Yaquío alquiló un coche en la recepción del hotel y se trasladó al depósito mentado por el *Morgenpost*, junto a la estación de la calle Friedrich. Lo regentaba un individuo gordo y pequeño, de piernas que casi parecían las de un enano, dientes

resplandecientes y mirada simpática y a la vez algo mortecina. Le preguntó qué deseaba y Yaquío contestó que quería ver el cadáver de la chica sin cara.

—¿Con quién estoy hablando?

—Soy periodista. Estoy escribiendo un reportaje sobre los muertos sin nombre —respondió Yaquío improvisando una mentira.

—Está bien, acompáñeme —dijo el hombre, y lo fue guiando por pasillos cubiertos de azulejos grises, que podían deprimir tanto como los cadáveres y que parecían el tránsito más idóneo para abordar la frialdad de la muerte.

Yaquío vio al fin el cadáver sobre la mesa de cinc y a punto estuvo de desvanecerse. Los mismos pies que Luzia, las mismas uñas que Vera le había pintado de rojo una tarde, las mismas rodillas redondas y magníficas, el mismo vientre, los mismos senos, y por supuesto el mismo vestido que él le había regalado.

—¿La conoce? —le preguntó el hombre.

—No —contestó Yaquío con dolor.

—Le robaron la cara pero debió de ser muy hermosa.

Yaquío asintió mientras aguantaba el deseo de vomitar. Salió de allí mareado y se encontró en la puerta con una muchacha de unos trece años, delgada y hermosa, medio sentada en una bicicleta. Iba vestida de chico y su sonrisa resultaba cálida.

—Está usted muy pálido. ¿Ha visto a la mujer sin cara? —preguntó la chica.

—Sí.

—¿Es usted periodista?

Yaquío asintió.

—Yo fui quien la descubrió —confesó ufana.

—¿En serio? Te invito a tomar algo en ese café —le dijo señalando el establecimiento de insignias iluminadas que se hallaba a la derecha, en medio de una calle viva y ennegrecida, llena de gente motorizada y con muchos tatuajes.

En la pequeña galería acristalada donde se sentaron y desde la que podían ver el trájín de la calle, la muchacha le dijo que se llamaba Ágata y que conocía Berlín palmo a palmo. A Yaquío le encantó su verborrea. Era una excelente narradora de su propia vida. Con voz urgente y melodiosa le estuvo contando buena parte de todo lo que le había pasado dos días atrás, concluyendo su relación con el momento en que dio con el cadáver en el lago.

Tras el relato, Ágata se quedó bastante satisfecha y apuró la taza de té que acababan de servirle. A Yaquío le gustaban sus ojos grises y penetrantes. Parecía muy lista y a la vez muy sola. Ágata movió nerviosamente la cabeza, miró a Yaquío de frente, sonrió con una levedad extrema y murmuró:

—Juraría que conoce a la mujer del vestido de los tulipanes negros.

—No, de verdad.

—Juraría que le ha impresionado mucho.

—¿Y a ti no? ¿A qué te dedicas?

—Voy al instituto. No me cuesta aprobar. Y paso mucho tiempo recorriendo en

bicicleta la ciudad.

—¿Por qué?

—Es una obsesión que tengo. Dicen que a mi padre también le gustaban mucho las bicicletas.

—¿Murió?

—No, pero vive en París desde que se separó de mi madre y lo veo poco. Soy la hija de Vicki Bauhaus.

Yaquío abrió mucho los ojos. Ágata lo miró filosóficamente, pensando que Yaquío podía ser la clase de hombre que admiraba a su madre por «la distancia intelectual» que imprimía a su espectáculo. Según creía Ágata, los admiradores de Vicki Bauhaus ignoraban que su madre era siempre distante y a la vez disoluta. No se trataba de una postura intelectual, se trataba de su ser. Había nacido así.

—¿Sabía usted que Vicki Bauhaus es española?

—No, no lo sabía —dijo Yaquío cada vez más atraído por la personalidad de la muchacha.

—Mi madre nació en Madrid y Vicki Bauhaus es solo su nombre artístico. Cuando mi madre tenía cuatro años, sus padres se trasladaron con ella y con mi tía a Berlín para trabajar como funcionarios en la embajada española, de modo que mi madre se ha criado aquí. Como estudiante siempre fue una nulidad y a los dieciocho años empezó a trabajar en un grupo de teatro independiente haciendo de Salomé. De ahí pasó a los espectáculos eróticos hasta que entró en una comuna donde conoció a mi padre, con el que acabó casándose. Se separaron hace tres años, y ella y yo nos vinimos a Berlín. ¿Tengo que pensar que es usted un admirador de mi madre?

—Sí, lo soy. Vicki Bauhaus es como...

—Oh, sí, como una melodía en negro... Me sé de memoria la publicidad.

—Pero, chica, ¿quién te ha enseñado a hablar así?

—La vida, señor, la vida.

—No parece que aprecies demasiado a tu madre.

—Se equivoca —dijo esbozando una sonrisa irónica—. La aprecio tanto que a menudo deseo librarla de todo mal.

—¿También del mal de la vida?

Ágata se echó a reír y dijo:

—No sea usted morboso. —Luego miró su reloj y exclamó—: Me tengo que ir. He de comer con mi madre.

—Espera, puedo llevarte a tu casa.

—¿Y mi bicicleta?

—Veo que es plegable. La llevaremos sin problema.

Ágata aceptó la invitación. Metieron la bicicleta en el portaequipajes y media hora después ya se hallaban en aquella esquina en la que destacaba una casa deteriorada y cercada por un jardín descuidado.

—Ten esta tarjeta con el teléfono del hotel donde me hospedo. Me gustaría seguir

hablando contigo —dijo Yaquío tras detenerse junto a la casa.

Entonces Ágata sacó del bolsillo interior de su chaqueta una tarjeta en la que destacaba un cabuchón facetado de ágata negra y en la que decía:

ÁGATA BLANC
Espeleóloga de los Mundos
Apartado de Correos 626
BERLÍN

Ágata aguardó a que Yaquío conociera el contenido de la tarjeta para musitar:

—No tome lo que dice demasiado en serio, y al mismo tiempo considérelo la verdad. Ha sido un placer conocerle.

—Lo mismo digo. Que te vaya bien —susurró Yaquío antes de verla desaparecer tras la puerta de la casa.

Un abrazo demasiado intenso

En cuanto Yaquío se quedó solo regresó a él el temblor. Desde una cabina que se hallaba al fondo de la calle, telefoneó a Vera y nadie respondió. Se sintió paralizado y casi le daban ganas de ponerse a gritar. Le costaba orientarse como pocas veces en su vida, pero no pensaba identificar el cadáver ni hablar con la policía, al menos no de momento. Antes tenía que saber más cosas y hablar con Vera, así que pensó en acercarse a su casa, pero sus vahídos se acentuaron y las más horrendas y disparatadas ideas empezaron a emerger en su cabeza. Intentó serenarse y se apoyó en el volante. Ahora tenía la impresión de que si ponía en marcha el motor del coche otros muchos motores del cuerpo y del alma se iban a poner en marcha al mismo tiempo. ¿Qué podía esperarle en casa de Vera, si es que tenía la suerte de encontrarla allí? Quien avisa no es traidor, y Vera le había insinuado más de una vez que estaba en el infierno. Yaquío no lo ponía en duda, y por eso se resistía a irse de allí. No iba a ser un viaje a las moradas más apacibles del otro, y aún estaba a tiempo de echarse atrás. La sola posibilidad de hacerlo le produjo repulsión. Fue entonces cuando arrancó, para enseguida pisar bien fuerte el acelerador. Llegó a casa de Vera y una vez más aporreó la puerta sin obtener respuesta.

Volvió a su coche y anduvo un buen rato dando vueltas por Berlín. No quería ver a Vera relacionada con el cadáver del lago, pero le resultaba imposible no hacerlo. Por alguna razón, sus mejores recuerdos con ella empezaron a desfilar por su cabeza: Vera bailando sobre la mesa del Paris Bar, moviéndose como un pez en una pecera fosforescente, con aquel vestido que parecía una columna de mercurio cimbreado y ágil, y que se pegaba a su piel como escamas al culo de una sirena; Vera leyéndole un poema en medio de la noche, ante una copa de ginebra y un cenicero lleno de colillas; Vera hablándole de sus fantasías sexuales más constantes: follar con Drácula, con un ángel, con un gánster. Amar a seres que no han renunciado a la condición salvaje y que a la vez tienen, o pueden tener, algo de exquisito, de profundamente refinado y sensual...

Yaquío se dio cuenta de que era la hora de su cita con Amadeus y se dirigió de nuevo a la Kurfürstendamm, que una vez más se le antojó una evocación parcial del Berlín de antes de la guerra, donde podían apreciarse bastantes edificios rescatados y reconstruidos, con las mismas fachadas que habían tenido en los años treinta.

Yaquío aparcó frente al café Lohengrin, dejó atrás dos manzanas, se detuvo ante un portal junto a la iglesia del káiser y elevó la mirada. El inmueble, de diez pisos, le recordaba un rascacielos de Times Square, pero en miniatura. El color negro presidía los bajos, con el portal de mármol negro por fuera y por dentro, y cada piso poseía dos galerías acristaladas que sobresalían de la fachada, soportadas por cornisas en forma de concha y sostenidas a su vez por ondinas de mármol blanco que elevaban sus brazos como atlantes, y así hasta el último piso. Parecía tan nuevo como el primer día, pero había sido reconstruido varias veces y era la joya de la esquina.

Cruzó el portal, saludó al portero, que iba vestido como los conserjes de los grandes edificios de la Quinta Avenida, y se metió en el ascensor.

Nada más entrar en el despacho de Amadeus, ubicado en el décimo piso, Yaquío se fijó en sus ojos. Querían ser amables, y casi lo conseguían. Los ojos de Amadeus conformaban el área más temible de su rostro. Eran azules, de un azul blanquecino que llegaba muy adentro, de un azul boreal, helado. Parecían transparentes, pero de una transparencia tramposa y algo mezquina.

En otro tiempo, Amadeus había sido un hombre muy delgado y de apariencia nerviosa, pero los años habían amansado su cuerpo y lo habían fortalecido, dándole una consistencia mucho más compacta y poderosa. Aunque no se privaba ni de los vinos excelentes ni de las cenas gloriosas, iba todos los días al gimnasio y se mantenía en forma. Amadeus se movía con viveza acompasada, como si no le pesara ni el alma ni el cuerpo, y sabía escuchar con una atención que amedrentaba, fijando clínicamente la mirada en la persona que tenía delante. A Amadeus no le gustaba perder palabras y era tan escueto con su verbo como con sus movimientos. Cuando se entrevistaba con alguien, solía ocupar toda la mirada de su oponente con su sola figura, absorbente y totalitaria, que procuraba atenuar con sus gestos suaves y sus sonrisas parcas y tremendamente efectivas, pues parecían estar fundadas en una amabilidad antigua, honesta y sosegada.

No sin esfuerzo, Yaquío consiguió librarse del poder de absorción de los ojos de su jefe y fue abriendo el objetivo de su mirada, hasta apreciar también su leve calvicie, sus orejas, su boca a un tiempo sensual y malvada, su tenso cuello de toro, su corbata mal anudada, su traje príncipe de Gales, sus manos. En la derecha brillaba un rubí hexagonal.

Tras él se apreciaba un lienzo representando un paisaje alemán de finales del siglo XIX, en una pared alta y forrada de madera, con una puerta de cristal esmerilado a la derecha.

El despacho olía a cera, a tabaco y a loción de afeitar.

—¿Qué te apetece tomar?

—Un whisky.

Amadeus llamó a su secretaria y le pidió dos escoceses con hielo. Ya los estaban bebiendo cuando Amadeus le ofreció un puro Romeo y Julieta edición especial mientras murmuraba:

—¿Te acuerdas de la noche aquella que hablamos por primera vez en el Lohengrin? Convendrías que no te ha ido nada mal conmigo.

—Desde luego que no.

—Pero te podría ir mucho mejor a partir de ahora. ¿Te has enterado de la gran noticia?

—¿Te refieres a que acaban de abrir los puestos fronterizos de Berlín?

—Sí. Miles de coches se dirigen a los puestos fronterizos de un lado y de otro. Renace Berlín, amigo. Ya estamos en otra ciudad, y los negocios se multiplican. Para

nosotros llegan las vacas gordas, no lo olvides.

—Lo sé, Amadeus, lo sé y me alegro.

Amadeus lo miró en silencio para enseguida susurrar:

—Dime una cosa, Yaquío, ¿te sientes quemado?

A Yaquío le asustó la pregunta y empezó a pensar lo peor.

—En modo alguno —contestó—, ¿por qué lo dices?

—Olvídalo.

Amadeus dio una calada a su puro y le miró con sus ojos fríos y adiestrados en ocultar las emociones. Luego sonrió apaciblemente y dijo:

—¡No sabes cómo te quiero, hermano...!

Nunca antes Amadeus le había llamado «hermano». Más que calmarse, Yaquío se puso más nervioso.

Amadeus preguntó:

—¿Vas a quedarte algunos días en Berlín?

—No —mintió—. Conviene que regrese enseguida a Ginebra. Hay mucho que hacer allí, Amadeus. Lo sabes mejor que yo.

—Quédate al menos hasta el sábado. ¿No te gustaría cenar mañana conmigo en el Eden Club? Han llegado unas rusas celestiales.

—Bueno, de acuerdo. Allí estaré a las once.

—Te esperamos —dijo Amadeus, y le entregó el sobre con el dinero para de inmediato añadir—: De momento solo puedo pasarte doscientos mil marcos...

—¿Y eso?

—Esta tarde he movido mucho dinero y ahora me falta liquidez. Mañana mi hermano Josef te pasa el resto. ¡Dame un abrazo!

Yaquío extendió los brazos y recibió a Amadeus, que le estrechó a su vez con una intensidad desconcertante. No parecía el abrazo de alguien que está pensando lo contrario de lo que dice, pero al mismo tiempo sí. Yaquío intentó simular tranquilidad. Un instante después abandonó el despacho y regresó al hotel con la sensación de estar flotando en un mundo irreal. No le gustaba esa sensación, la relacionaba con la calma que precede a la tempestad.

Lágrimas de Byron

Amadeus se quedó solo en su despacho, tratando de llevar a cabo una compleja operación mental consistente en hacer más llevadera la decisión que iba a tomar, que había tomado ya.

Con cierta melancolía, evocó la tarde ya lejana en la que vio por primera vez al español y se le encogió el ánimo. Luego recordó lo que le había dicho a Yaquío la víspera de su traslado a Ginebra en un reservado del Paris Bar:

—Ha llegado el momento, amigo, de desvelarte algo fundamental porque atañe al fundamento mismo del sistema que te está enriqueciendo, ha llegado el momento de hablarte de la Familia. La Familia, lo que a partir de ahora vamos a llamar la Familia, la Familia con mayúscula, surgió de los escombros de la Segunda Guerra Mundial.

Según Amadeus, para algunos alemanes especialmente despiertos y muy resistentes a la derrota, a su misma noción, todo empezó el día mismo del armisticio. Ya no se trataba de formar un Estado, un partido, un pueblo... Todas esas grandezas quedaban atrás. Ahora se trataba de formar una simple familia. Una familia muy unida, haciendo frente al vacío y a la desesperación. Toda familia es en realidad una sociedad secreta, y una sociedad secreta fue desde el principio la Familia.

—Mi padre asistió en Berlín a la fundación de la Familia, mientras los rusos se emborrachaban y violaban a las berlinesas. Durante el primer año y el segundo la Familia formó una especie de gobierno secreto de Berlín, del que luego surgieron varios gobernantes manifiestos del Land. La Familia era en aquel tiempo una organización proteccionista. Nos protegíamos unos a otros, creando continuos hilos entre el gobierno y el mercado negro. En Berlín se trataba de un mercado negro secretamente fiscalizado, un mercado negro al que se le cobraba una comisión. Así empezó a levantarse Berlín. Digamos que al principio la hermandad propiamente dicha la formaban los políticos y los «soldados» de la Familia, que a su vez controlaban a la policía y a las diferentes bandas de otras nacionalidades. Pero había muchos desajustes entre la policía y la Familia, y los bancos aún no se decidían a seguir el ejemplo de la banca suiza y convertirse en grandes lavanderías de dinero sucio. También era necesario controlar América de alguna manera.

Según Amadeus, ya nadie recordaba que Roosevelt y los aliados tuvieron la idea de ruralizar Alemania tras la guerra, para que no levantase cabeza nunca. Pero de pronto llegó Truman y Estados Unidos empezó a apoyar económicamente a Alemania y Japón, traicionando clamorosamente a sus aliados. A la URSS la traicionó exagerando sus maldades y cerrando sus fronteras a ella y sus satélites, y a Inglaterra y Francia las traicionó mermando las ayudas prometidas.

—Ahí empezó el milagro alemán, a la par que el milagro japonés. Pero ¿quién consiguió convencer a Truman para que fortaleciera Alemania, convirtiéndola en el parapeto ante el comunismo? A Truman lo convencieron tres hombres de la Familia que vivían en Nueva York. Algo parecido ocurrió cuando hubo que rescatar el oro de

las SS a través de Evita Perón. ¿Quiénes pactaron con ella y su marido? Los hombres de la Familia, naturalmente. Pero todo lo que te cuento pertenece al pasado, ya que a mediados de esta década empezó a correr un sordo rumor: Alemania no estaba lejos de la unificación (el único y verdadero proyecto de la Familia) y se exigía, para rematar la faena del milagro alemán, la absoluta complicidad durante un par de años de la Familia, las familias, la banca, el gobierno, la policía, la justicia y las agencias de calificación, como ha venido ocurriendo hasta ahora pero de forma más intensa. Unos obtienen dinero sucio, otros lo limpian, otros lo dejan pasar, otros lo recalifican, como en una cadena bien engrasada que en sí misma llevara a la unificación de Alemania y a una especie de nuevo comienzo, con la cara limpia y renovada. Todo el dinero que se va a necesitar es poco. Se ha levantado la veda para muchas formas de caza mayor y menor, y vamos a desplegar nuestras alas todo lo que podamos.

Amadeus apuró de nuevo su vaso y le confesó a Yaquío que desde Nueva York, donde residía el jefe supremo de la Familia, llegaron órdenes de trasladar todos los negocios al ámbito de la legalidad; operación que tendría que hacerse efectiva en dos años, si bien hasta entonces todos los miembros de la Familia debían intentar ganar todo el dinero posible de todas las formas posibles. Amadeus concluyó su relato diciendo:

—Ese ha sido el pacto hasta que empezó a caer el Muro, y ese el momento histórico que hemos estado viviendo. Como habrás advertido, mi empresa es una pequeña filial de la Familia, y al pertenecer a ella estás cooperando para consumir con broche de platino y diamantes el plan para Alemania. Te he hablado con una claridad meridiana, como han de hacer siempre los caballeros. Pero si le cuentas a alguien lo que acabas de oír eres hombre muerto.

¿Se había olvidado Yaquío de aquella conversación? Si lo había hecho, peor para él, pues ahora sus pasos estaban contados. Además, Yaquío ya no era su delfín y no lo iba a necesitar cuando las dos zonas de Berlín comenzasen a copular despojadas de sus bragas de acero y sus corsés de hormigón.

De pronto, Amadeus se sorprendió a sí mismo llorando, pero bien sabía que eran lágrimas de Byron, como habían llamado una noche a las lágrimas de cocodrilo.

Avergonzado por su debilidad, se secó las lágrimas con un pañuelo y pulsó el timbre de la mesa. Un hombre de traje negro que llevaba en la mano un gorro de marta cibelina apareció tras la puerta de cristal esmerilado. Se trataba de Oskar, su guardaespaldas y en buena medida también su confidente.

Oskar era un hombre tan compacto como Amadeus, pero de ojos y cabellos negros, que se movía con la tosquedad de un dinosaurio aunque no carecía de reflejos. Parecía un hombre desengañado que no esperara nada de la vida, pero que tenía bien talladas en su conciencia las leyes de la corporación a la que pertenecía. Su fidelidad hacia Amadeus era enteramente canina, y en ese sentido y en otros tenía las ventajas y los inconvenientes de ser un hombre de una sola pieza. No lo podías desmontar, no había elasticidad en su alma ni elementos diferenciales que pudieras

alterar según tu conveniencia. Era el guardaespaldas ideal.

Amadeus retorció el puro contra el cenicero, miró con seriedad a Oskar y murmuró:

—Giner me ha telefoneado para comunicarme que Yaquio Belmonte quiere traicionarnos. Todo un contratiempo. ¡Con lo que yo quería a ese muchacho! Dile a mi hermano Josef que quiero hablar con él.

No mucho después apareció Josef. Los dos hermanos ya se hallaban sentados el uno frente al otro cuando Amadeus dijo:

—Hay que fulminar al español.

Cuando había que acabar con alguien, Amadeus nunca empleaba expresiones como «darle matarile» y otras vulgaridades propias de la jerga de la delincuencia y la policía. Utilizaba siempre el verbo «fulminar»; le parecía mucho más expeditivo y violento.

—Me alegra oír eso —musitó Josef—. ¿Ha estado aquí?

—Sí.

—Podías haber acabado con él ya.

—¿Aquí mismo? Más de la mitad de la gente que trabaja en esta oficina no sabe en realidad quiénes somos. ¿Los quieres como testigos de una ejecución? No quiero ajustes de cuentas en mi sede, eso nunca. ¡Joder, creía que pensabas un poco!

—Lo siento, Amadeus, me dejé guiar por la ansiedad.

Josef era un hombre delgado y fibroso, con cara de pájaro. Sus ojos sobresalían de su rostro como dos coágulos desesperados que quisieran abandonar sus cuencas, y su nariz aguileña, que casi parecía un pico, sugería un olfato muy fino y la crueldad taxativa de las aves de rapiña que saben economizar sus fuerzas y conocen el arte del ataque fulminante y mortífero. Todo indicaba que era un hombre mucho más nervioso que su hermano. Hablaba menos que Amadeus y casi nunca sonreía, en parte porque carecía del don de la elocuencia y el duende de la alegría, y padecía el complejo de hermano segundón que nunca va a superar a su hermano mayor por mucho que lo intente. Tenía la misma altura que Amadeus pero parecía más bajo, quizá por su aire aterido y melancólico, y hasta cuando miraba a su hermano semejava un conspirador.

Josef encendió nerviosamente un cigarrillo mientras musitaba:

—Yaquio Belmonte nunca me pareció un hombre de fiar.

—Fue de fiar, pero en algunos esa virtud se desgasta. Quiero que te encargues del asunto junto con dos hombres de confianza.

Josef asintió, mirando a su hermano con simpatía.

—Dile a Oskar que esta misma tarde llame a Klaus —ordenó Amadeus, poniéndose de pie para controlar mejor sus nervios—. Es el momento ideal para hacerlo. Todos en Berlín están de fiesta.

Klaus se dedicaba a esculpir figuras de los grandes hombres de Alemania:

Durero, Gutenberg, Goethe, Beethoven, Federico I, Federico II, el káiser Guillermo... Todos tallados con sus manos en maderas especiales para trabajos finos: tilo, sicómoro, manzano, peral, ciruelo... Luego los pintaba con la exactitud y el cuidado de quien antes se ha dedicado a la relojería y se ha habituado a estar al tanto de todos los elementos de un conjunto, por muy insignificantes que parezcan. Pero ya nadie llevaba a arreglar su reloj y Klaus se había visto obligado a cambiar de oficio, y ahora elaboraba pequeñas figuras de madera que luego vendía a algunas tiendas de Spandau y de Berlín.

Siempre había trabajado en casa, salvo cuando se trataba de llevar a cabo operaciones muy especiales, y siempre se había dejado ver lo menos posible, pero en el barrio lo conocían y lo consideraban un hombre excelente, amante de la vida hogareña y devoto de su mujer y de su hijo. De religión católica, iba a misa todos los domingos con su familia, si bien en su intimidad se sentía comunista como su difunto padre y no le importaba hacer trabajos sucios cuando el fin justificaba los medios, y para él el fin era el bienestar de su familia. Cuando iba a misa solía salir del templo muy reconfortado, porque sabía que Dios lo perdonaba todo, y mientras digería apaciblemente el cuerpo de Cristo pensaba en lo que iba a cocinar ese día para su pequeño y su grandullona.

A Klaus le gustaban las cacerolas y se sabía mejor cocinero que Anna. Ah, qué bien le quedaban las chuletas de buey. Tenían tierra, aire, agua, fuego (y madera, que para los chinos era el quinto elemento: Klaus lo había leído en su *Enciclopedia de la amenidad*).

El día que lo volvieron a llamar, Klaus había cocinado pescado a la brasa y lo había hecho acompañar con una guarnición de pimientos asados y berenjenas. Tras la comida, David se había ido a la cama. Ya se hallaba acostado cuando Klaus entró en su cuarto.

—Hola, cariño.

—Hola —dijo él, mientras acariciaba el gato persa que su padre le había regalado días antes.

Klaus había encontrado al animal a la orilla misma del Havel, muy cerca de la casa de Amadeus Junker. Lo había llamado con un bisbiseo y el gato había acudido a él, como si buscara amor. Y ahora aquel felino cuya blanca silueta se recortaba contra las aguas plomizas y turbulentas descansaba plácidamente en la cama de David.

De un tiempo a esta parte Klaus notaba a su hijo más distante. El adolescente se iba apuntando en David y en cada uno de los signos que manifestaban esa aparición Klaus veía una señal más de distanciamiento.

Se sentó al borde de la cama, acarició levemente los cabellos rubios de su hijo y dijo:

—¿Recuerdas cuando te contaba cuentos?

—Sí.

—Había una vez un país llamado Barlandia, donde vivía un gigante bueno

llamado Makitos... ¿Lo recuerdas?

David asintió pacientemente con la cabeza.

Klaus continuó:

—A aquel gigante no le gustaban las casas y vivía en una cueva en medio del bosque, con su mujer y su hijo. Los tres eran gigantes. Makitos cazaba en el bosque, y también tenía una huerta junto a la cueva. Comían la carne de las alimañas que Makitos cazaba y las lechugas y los rábanos que daba la huerta. A veces el rey llamaba a Makitos para alguna misión de primer orden, y entonces Makitos se veía obligado a abandonar su cueva. Las misiones solían consistir generalmente en matar dragones. Los dragones solían aparecer en los confines de Barlandia, y a veces había que hacer un largo viaje hasta ellos. Pero luego Makitos volvía a su cueva, con su giganta y su gigantito, y celebraban su llegada con un gran banquete a base de conejos silvestres, muchos conejos silvestres, y mucha lechuga verde. Y mientras cenaban miraban la noche estrellada. ¿Lo recuerdas?

—Sí, sí, lo recuerdo —murmuró él.

—Pareces enfadado.

David sonrió y le miró con ojos ausentes.

—Papá, no seas patético. Ya no tengo cuatro años y he aprendido a aceptar que no somos gigantes.

—Pero hijo, ¿qué dices?

—Tengo sueño —murmuró David, y cerró los ojos.

Lo volvió a mirar. David ya estaba dormido, o simulaba estarlo. Klaus se despidió de él con un beso en la frente y acudió al salón. En la televisión estaban poniendo un reportaje sobre los agujeros negros.

Klaus miró el retrato de su padre, que se hallaba junto al televisor, y se quedó pensativo. Desde que el viejo muriera, Klaus no había dejado de mitificarlo, hasta conformar una imagen de su padre tan pródiga en detalles nobles que en realidad resultaba monstruosa. Ahora pensaba que su padre, empleado de Correos, había sido un filósofo. Y quizá no se equivocaba: los «postillones», como los taxistas, conformaban un gremio proclive a la filosofía. Klaus no sabía por qué razón. Quizá era porque conocían a mucha gente, y eso les hacía pensar.

Klaus abandonó el salón y acudió al dormitorio, donde Anna se hallaba ordenando el ropero. Deslizó la mano bajo sus faldas. En cuanto rozó sus bragas, su excitación se disparó y siguió adelante.

—Sé que lo necesitas —dijo con voz grumosa.

Klaus había escuchado la frase en una película y desde entonces no podía desprenderse de ella. Anna le miró con desdén pero lo dejó seguir.

—Eres un pesado, ¿lo sabías? ¿Y si aparece David?

—No va a aparecer. Duerme la siesta. Esta mañana ha tenido partido de baloncesto y está cansado.

Pero David apareció y los sorprendió en plena faena. Anna dio un gemido y Klaus

dejó escapar un exabrupto.

Ya no pudieron seguir y Klaus lamentó ambas cosas: que tuvieran que dejarlo y que David les hubiese sorprendido en una postura muy poco estética. Klaus no sabía cómo definir aquel amor profundo, del que nunca se llegaba a percibir el fondo, que lo vinculaba a su hijo. En muchos aspectos, Klaus pensaba que su alma se había quedado detenida en la infancia, cuando, harto de sus suspensos, su padre lo metió en un colegio muy severo. La intemperie, los abusos, el miedo, le hicieron retroceder y detenerse en el momento anterior a aquella súbita devastación de su ser. Una enorme porción de su cabeza tenía la misma edad que David desde hacía treinta años. Su hijo lo sabía, aunque prefería ignorarlo.

Klaus regresó a su taller para darle las últimas pinceladas a una figurita del káiser cuando recibió una llamada de Oskar. Con una voz mucho más imperativa que otras veces, el guardaespaldas de Amadeus le dijo:

—Esta noche tienes un encargo en Berlín.

—¿En serio?

—¿Acaso bromeo alguna vez?

—No pensaba que fuereis a encargarme trabajos en Berlín.

—En esta ocasión no puede ser de otro modo, pero no te va a resultar difícil. Tienes que acudir al jardín de la casa junto al Havel donde estuvimos cenando la semana pasada. Convendría que estuvieses allí a las diez. Te encargarás del hombre que salga del coche con Josef. Prepárate para afrontarlo: vas a matar al español.

—¿Por qué?

—Porque ha roto el pacto. ¿Te sientes en forma?

—Digamos que sí, pero me gustaría dejarlo este año.

—¿Estás cansado?

—Un poco.

—Es normal, pero no debes preocuparte. Ahora cumple con lo que te he dicho y todo se arreglará —dijo Oskar antes de despedirse—. Que tengas suerte.

—Gracias —dijo Klaus, ya pensando en qué pistola iba a utilizar.

La amenaza de Andrómeda

Ulrich estuvo fumando en el pequeño jardín de su casa, presa de una excitación que lo desquiciaba, que convertía el jardín en una selva llena de oscuridades en las que podía ocultarse cualquier alimaña menos Maximilian, que había desaparecido. También en su mente podían ocultarse alimañas de naturaleza desconocida, como las que le venían a visitar en el sueño y en la duermevela y le susurraban con voz de puta dulce en busca de clientela: «No hay ninguna frontera que no puedas cruzar». Involuntariamente, empezaron a llegarle imágenes de Vasilí, el emigrante croata que vendía cuadros de bazar a domicilio ejecutados por él mismo con suma torpeza, con una torpeza que hería a cualquiera que tuviese un poco de educación estética. Sí, tenía que haberlo matado, pues ocurría que el croata nunca había escuchado a Albéniz, como pudo comprobar cuando lo invitó a comer y lo emborrachó dándole whisky a discreción.

Ulrich se detuvo en el comedor y se fijó en el lugar en el que había estado a punto de decapitar al pintor. El croata acababa de apurar la séptima copa de whisky (Ulrich las había contado) y había empezado a cantar una canción de su tierra con una voz tan aguda como hiriente. Ulrich le obligó a callarse y le preguntó:

—¿Le gusta a usted Albéniz?

Lleno de inquietud, el croata murmuró:

—¿Y ese quién es? ¿Un filósofo?

Ulrich sintió frío y calor a un tiempo. Era como si toda su sangre estuviese de pronto emponzoñada y a punto de arder como propano.

—¿Un filósofo? —murmuró Ulrich, con una voz grumosa e irreconocible—. De modo que está usted confundiendo a Leibniz con Albéniz, ¿no es eso? Contésteme sin más preámbulos, que empiezo a desesperarme. ¿Está usted confundiendo a Leibniz con Albéniz? ¿Sí o no? —rugió salvajemente.

—Juraría que sí —contestó el hombre, atemorizado.

—Yo también lo juraría, y a la vez juraría que es usted un malnacido, una sabandija infame de las muchas que pueblan la tierra, que ha querido hundirme en la miseria con una sola frase, y que en parte lo ha conseguido.

Ulrich se notaba muy alterado. ¡Cómo un ser humano podía llegar tan lejos en su camino hacia el error, cómo un ser racional podía confundir a Leibniz con el músico preferido de su madre!, pensaba mirando el cogote de su huésped. Ulrich extrajo con sigilo una catana de la alacena y se dispuso a segarle la cabeza.

Manteniendo la hoja en alto, Ulrich se dejó invadir por imágenes fulminantes. La cabeza del croata se separaba de su cuerpo, la sangre avanzaba por el mantel hasta llegar al otro lado de la mesa y caía en gotas bellísimas sobre el suelo de mármol blanco y negro... Aún seguía con la espada en alto cuando el croata se percató de la situación y lo miró con piedad. A Ulrich le costaba matar a alguien que le miraba así, y a la vez que posaba la espada en la mesa gritó:

—¡Salga de aquí o no respondo de mis actos!

El croata echó a correr. Ulrich lo recordaba atravesando el jardín y alcanzando la calle como un zorro que huyese de su propio rabo ardiendo.

Ulrich abandonó el comedor, que procuraba mantener siempre reluciente, subió por la escalera central de la casa hasta su cuarto y anduvo revisando sus papeles como quien busca objetos raros en el basural de su pasado. En una de las carpetas encontró una foto en la que aparecía junto a su padre y se le heló el corazón, porque recordaba que la foto había sido tomada el día en que su progenitor empezó a empeorar.

Ulrich acercó la foto a la estufa y vio cómo el papel satinado se convertía en llama azulada y finalmente en ceniza.

De una fantástica manera, Ulrich creyó que con aquel papel se extinguían también las tardes de Rodas: no las pasadas con su madre en aquella playa de guijarros junto al hotel Los Olivos; más bien las tardes que había pasado con su padre cazando en los cotos de la isla, por el día y por la noche. En secreto consideraban aquellas cacerías como orgías de sangre exclusivamente masculinas, y disparaban contra toda clase de animales: ratas, conejos, águilas, gavilanes, gaviotas, corzos, murciélagos, escorpiones, culebras, y una vez dispararon también a una cabra porque creían que los miraba de forma demasiado insolente. Dispararon casi a bocajarro sobre la testuz del animal, y compensaron al dueño de la cabra pagándole el doble de lo que costaba.

Esa noche, su padre le dijo por primera vez que se encontraba muy mal, con la sensación de tener todo el cuerpo envenenado, y empezó a pasar las tardes en la cama. *¿Qué camino lleva al cielo?/ Eso quisiera yo saber.* El hombre que le enseñaba a nadar, a pescar, a hacerse el héroe, se estaba diluyendo en las sombras. *¿Qué camino lleva al cielo? Wo geht der Weg zum Himmel? Wo geht der Weg zum Himmel?* Era difícil responder, pero sí que creía conocer qué camino llevaba al infierno.

Su personalidad empezó a descomponerse en compartimentos estancos en menos de una semana. Le seguían gustando las robustas suecas que solía vigilar en la playa de Ialiso, pero las miraba de forma más cínica y violenta. La ciudad, sus personajes, los edificios que le rodeaban perdieron entidad, y Rodas se despojó del lirismo oriental. Ya no le emocionaban las cúpulas y las murallas vistas desde el ferri al comienzo del verano, y hasta esa región evanescente de la ciudad empezó a adquirir el cromatismo mental de una urbe kafkiana desplegándose mortecinamente ante un mar plomizo y lleno de peces muertos.

Cuando regresaron a Berlín, su padre siguió empeorando. Fue un deterioro bastante rápido, que su madre achacó al abuso del alcohol y el tabaco, y los médicos también.

Tras la muerte de su padre, Ulrich se sintió otra persona. Como si el alma de su progenitor, dura y pétrea, estuviese pasando a él. Miraba a todo el mundo por encima del hombro, se sentía extrañamente superior a los demás, y de alguna manera creía que la sangre de su padre lo galvanizaba y le daba más fuerza interior para enfrentarse a la más dura de las disciplinas: librarse de la compasión, esa atadura

sentimental más oscura de lo que parece, y llevar a cabo un viaje casi científico por el universo de la muerte. Aunque no quisiera reconocerlo, su madre ya le había dicho más de una vez: «Hay un asesino dentro de ti y me parece normal. Pensemos, como hipótesis de trabajo, que todos podemos matar en un determinado momento. Cierto, pero algunos especialmente... ¿Qué haces? ¿Por qué te vas? ¿No quieres acabar el chocolate que te ha preparado mamá y que tanto te eleva el ánimo? ¡Ven aquí, maldito!».

Cuando Margalida se expresaba así, fuera porque lo creía conveniente, fuera porque había bebido más de lo recomendable, Ulrich huía de su lado, se refugiaba en su cuarto y se encogía en la cama. En esos momentos sentía que le iban creciendo púas por todo el cuerpo y antes de ceder al sueño se imaginaba a sí mismo convertido en un erizo.

Abandonó el jardín, se detuvo ante el atril, miró por la ventana y volvió a obsesionarse con la chica de la bicicleta. Pensó que había llegado el momento de raptarla; consideró que ya estaba maduro para la experiencia y empezó a preparar un plan destinado a poder vivir con ella una novela de terror y de misterio.

Esa noche se acercó finalmente a su casa y la estuvo observando desde el jardín indigno al que daba su ventana. Ágata se hallaba tendida en la cama con unas braguitas rojas de su madre mientras fumaba un cigarrillo y leía un libro muy grande con ilustraciones. Daba la impresión de que se trataba de *La divina comedia* ilustrada por Doré. A Ulrich le impresionó la imagen: una chiquilla en bragas leyendo a Dante... Le pareció una imagen sagrada, un cristal finísimo y evanescente que aún no podía romper, y se fue de allí en parte por temor a sí mismo y en parte porque un policía cruzaba en ese momento la calle.

Yaquío llevaba más de quince horas en el hotel poseído por la euforia, en buena medida debido al whisky que había consumido y que hervía en su estómago y en su cerebro. Le extrañaba y le alegraba que todo hubiese sido tan sencillo con Amadeus.

Su euforia derivó pronto en paranoia. De repente, Amadeus empezó a parecerle un ser diabólico y se le dispararon todas las alarmas. Las neuronas que señalan peligro mortal brillaban como cometas y estallaban en mitad de su cerebro. Ahora toda su vida le parecía una equivocación y empezó a creer que la muerte le seguía los pasos muy de cerca, tan cerca que casi podía notar su aliento llegando a su nuca e impregnando su cuello de humedad pútrida.

Encendió el televisor. En el Canal 24 emitían ahora un reportaje sobre las galaxias caníbales. A fin de evadirse un poco de la angustia, prestó atención a la voz que decía:

—«Los astrónomos creen que nos esperan tiempos turbulentos. (Y los astrólogos también, en eso están sospechosamente de acuerdo). La galaxia de Andrómeda, que está situada a dos millones y medio de años luz de la Vía Láctea, se acerca a nosotros

a más de trescientos mil kilómetros por hora...».

No quiso escuchar más e integró en su delirio lo que acababa de oír. También a él le esperaban tiempos muy turbulentos, no solo al universo en general. Algo le estaba abrasando la cabeza, y una galaxia caníbal se iba aproximando a él a más de trescientos mil kilómetros por hora. Podría alcanzarle en menos de cinco minutos. Pensó que aquello era una señal, que extrañas fuerzas amigas de su ser le estaban indicando a través de la televisión que se pusiera en fuga. Andrómeda se acercaba dispuesta a todo. Había que esfumarse ya.

Pero no. En cuanto apagó el televisor cesó el delirio, de modo que se duchó, se puso un traje sin estrenar, un abrigo austriaco, el sombrero Borsalino que había comprado en Ginebra y una bufanda de lana color lila. Media hora después ya se hallaba frente al Eden Club, protegiéndose de la nieve bajo el toldo de una joyería. Allí volvió a acosarle el miedo, pero se armó de valor y, tras saludar al portero uniformado, entró en el establecimiento. Las luces de todas las formas y colores le deslumbraron tanto como las penumbras llenas de brasas de cigarrillos. Aquello parecía el hotel Paradis de Las Vegas. Todo el fulgor del *kitsch* elevado a la enésima potencia estallaba ante sus ojos amedrentados. Fuentes de agua y neón; columnas que parecían de cristal líquido y que emitían reverberaciones rosadas y azules; vidrieras, vitrales, cúpulas y la multitud de chicas con minifaldas mínimas, deslizándose como aves exóticas por los pasillos, los reservados, las salas, los salones, las escaleras. Yaquío se detuvo un instante junto a una de las barras americanas y enseguida supo que Amadeus le estaba mirando con sus ojos firmes y decididos. Se hallaba junto a su hermano Josef y ambos parecían rodeados de guardaespaldas. Uno de ellos se dirigía a Amadeus como si fuera su mayordomo. Yaquío pensó que debía de ser Oskar, al que creía haber visto alguna vez en el despacho de la Kurfürstendamm. Volvió a tener malos presentimientos y notó la mirada de Amadeus como una caricia fría en la espalda. Amadeus le hizo un gesto con la mano. Yaquío se acercó a ellos y se sentó a su mesa.

—¡Qué bien te sienta el sombrero! —dijo Amadeus a modo de saludo.

Josef le dio la mano con firmeza y Amadeus le abrazó y le sonrió con hospitalidad. Todo indicaba que Amadeus se sentía cómodo en la noche de Berlín, especialmente cuando tomaba dos copas y se deslizaba por un mundo donde no tenía que molestarse en seducir a nadie, pues todo parecía al alcance de su mano.

Cenaron con varias chicas a las que Yaquío no hizo el más mínimo caso, en cambio fue muy afectuoso con Josef: lo halagaba con palabras que no se merecía, le ponía continuamente la mano en el hombro, apretaba su brazo, y toda vez que lo hacía percibía en el hermano de Amadeus una tensión extraña que no presagiaba nada bueno. Hacia la medianoche, Josef lo arrastró a la calle y lo fue guiando por la acera hasta su coche.

—¿Adónde me llevas?

—A mi casa. Amadeus me ha dicho que te debemos más de medio millón de

marcos.

—Estupendo.

—Una cifra irrisoria para lo que puedes ganar a partir de ahora, hermano.

A Yaquio volvió a alarmarle la palabreja que ya había empleado Amadeus en el despacho de la Kurfürstendamm y que rara vez le había sonado bien. Pero no quería levantar sospechas e intentó simular alegría por lo que acababa de decirle Josef.

—¿Estás nervioso? —preguntó taimadamente el hermano del jefe.

—En modo alguno, Josef, ¿cómo puedes pensar eso? —le dijo Yaquio, posando las manos sobre su hombro y adoptando un aire muy cordial.

Una vez más, el tacto le sirvió a Yaquio de referencia fundamental. Josef estaba muy tenso y todo indicaba que sus nervios se hallaban en plena combustión.

Subieron al automóvil y Josef arrancó enseguida. A pesar de la borrachera, Yaquio acertó a comprender que no tenía que haber subido a aquel coche, y su mente empezó a funcionar a una velocidad desmedida, como cuando se sentía en peligro de verdad. Imágenes fúnebres de sí mismo se mezclaban en su cabeza con fogonazos bruscos e intuitivos, surgidos de las oscuridades del alma. Eran señales eléctricas que le indicaban que le estaban llevando al matadero.

Iban por una carretera junto al canal, ya cerca de la casa de Josef, cuando Yaquio pensó que quizá su buen amigo llevaba una pistola en la guantera, como solía hacer en otro tiempo, y decidió jugarse la vida a un solo movimiento. Josef acababa de hablarle de una rubia a la que había conocido en el club y estaban tomando la curva del jardín de su casa cuando Yaquio abrió bruscamente la guantera, empuñó una pistola plateada y apuntó a la sien del conductor.

—¡Para el coche! —gritó.

Lo paró. Yaquio pegó el cañón de la pistola a la sien de Josef y elevó el percutor.

—No me mates, por Dios.

—No voy a matarte, Josef. ¿Me crees capaz de semejante infamia? Simplemente quiero hacerte unos regalos.

Sin dejar de apuntarle, Yaquio le pasó su propio abrigo, que había dejado en el asiento de atrás, y le dijo:

—Póntelo.

—¿Qué pretendes?

—Póntelo —escupió—, y deja de hacer preguntas.

Se lo puso como pudo, elevando su trasero del asiento. Acto seguido, Yaquio le ajustó su Borsalino a la cabeza y le colocó su bufanda alrededor del cuello.

—Ahora sigue adelante...

—¿Por qué me has puesto tu ropa?

—Sigue adelante y detente ante el garaje —ordenó Yaquio.

Temblando de pánico, Josef le hizo caso y detuvo el coche frente a la puerta del garaje.

—Ahora sal —escupió.

—No puedo.

—Sal del coche. No te queda otra posibilidad. Como no salgas ahora mismo te vuelo la cabeza —dijo Yaquío, volviendo a pegar el cañón a su sien.

Josef ya no era un hombre, era un guiñapo que olía a sudor y a muerte. Finalmente abrió la puerta y Yaquío lo empujó hacia fuera.

—¡No soy el espa...! —gritó llevándose la mano al sombrero.

Demasiado tarde: antes de que acabara la frase cayó al suelo acribillado. Entonces Yaquío se apoderó del volante, torció hacia la izquierda, y se alejó de allí ardiendo por dentro y por fuera. Tenía que llegar cuanto antes al hotel Esplanade para coger su dinero y abandonar Berlín de inmediato.

Mientras él huía, Klaus se acercó al hombre contra el que había disparado y comprobó que se trataba de Josef Junker. Estaba tan agujereado que le pareció inútil llamar a una ambulancia. Fuera de sí y pensando solamente en cómo salir del atolladero, cargó con el cuerpo y lo depositó en el maletero de su coche, notando que ya no respiraba.

Luego entró en su coche, arrancó y siguió la misma dirección que el fugitivo. Logró divisarlo cuando pasaba junto a una parada de metro y lo fue siguiendo a cierta distancia.

Desde Charlottenburg se fueron sucediendo las paradas de metro, islas de luz que emergían de la noche negra: Jakob-Kaiser Platz, Raussendorff Platz, Sophie-Vera Platz... Las miraba desde el coche como si fuesen estaciones del más allá, y eso le asustaba. Klaus procuraba no perder de vista el coche de Yaquío y a la vez escuchaba la radio para no pensar.

Desde una emisora local, Roth y Frey, dos reporteros que le tenían muy inquieto, consideraban Berlín como la nueva capital del crimen organizado, donde se empezaba a observar el «nacimiento de una sociedad paralela». Otro comentarista de la misma cadena vaticinaba que Berlín acabaría siendo el cuartel general de todas las mafias, oficiales y paralelas, del Este y el Oeste, si es que no lo era ya.

Klaus desconectó la radio y a punto estuvo de perder de vista al coche, que finalmente se detuvo en una esquina, no lejos del hotel Esplanade.

Las dimensiones de la noche

Yaquío permaneció demasiado rato en el hotel, seleccionando lo poco que se iba a llevar y dudando entre si salir o quedarse en su habitación, donde creía estar seguro. Pero había propiciado la fulminación de Josef, y Amadeus no se iba a andar esta vez con metáforas, así que decidió abordar las calles de Berlín. Se puso una gabardina más bien ligera por si le tocaba correr, un sombrero sin estrenar y una bufanda gris, y abandonó el hotel. De nuevo en la intemperie, con el bolso en bandolera y el miedo en el pecho, caminó hasta el coche, pero lo había aparcado en un lugar prohibido y dos policías lo estaban examinando, seguramente para llamar a la grúa, así que no le quedó otro remedio que atravesar un jardín y deslizarse por las calles en penumbra hasta un establecimiento que se llamaba Caligari.

El ambiente recordaba el de ciertos cafés del Berlín de entreguerras. Algunos hombres iban travestidos, y la mayoría de las mujeres que se sentaban en la sala y el reservado, al que se accedía por unas escaleras de cristal, tenían cierto aire viril.

Le asombró ver a tres japonesas. Una de ellas llevaba una minifalda negra que en realidad era un corsé. Yaquío pidió una copa de coñac. Por primera vez en mucho tiempo creía estar perdiendo el control, pero no podía evitar beber.

Involuntariamente, vio su reflejo en un espejo ovalado que se hallaba tras la barra. El efecto visual le estremecía. Su cara parecía la de un animal asustado, lejos de su madriguera y temiendo ser atacado en cualquier momento.

Mientras apuraba la copa caliente, pensó que se hallaba en un local inseguro y se refugió en una esquina. Uno de los travestidos se puso a bailar junto a la *jukebox*. Sus movimientos eran muy exagerados; ninguna mujer se hubiese atrevido a tanto. Él danzaba y de la *jukebox* surgía una canción que Yaquío ya conocía. Se titulaba *Frenzy in Berlin* y empezaba así:

Los ojos de la mujer
que mira tras el cristal
de su vaso y pide whisky
parecen ojos surgidos
de un sueño de Amital
y son del mismo color
que los tulipanes grises...

Dos muchachas, que parecían amantes, se pusieron a bailar junto al travesti. El ambiente era de fiesta real, y se notaba en el aire algo parecido al amor, pero Yaquío no podía disfrutar de aquella euforia tan plenaria que envolvía la ciudad. Tenía otros problemas en estrecha relación con su pellejo y Berlín se había convertido para él en una noche llena de pistolas amenazantes.

Salió del bar y torció por una calleja a la derecha, al fondo de la cual divisó una cabina telefónica. Iba avanzando hacia ella cuando notó como si le rozase el hombro una púa candente. Simultáneamente, algo chocó contra el muro, del que brotó un súbito polvo gris.

Yaquío cayó en la cuenta de que se trataba de un disparo surgido de una pistola con silenciador. Miró hacia atrás y vio a Klaus, el sicario de la organización con el que solo había hablado un par de veces. Sintió que su mente se bloqueaba, pero no su cuerpo ni la zona más automática del cerebro. Entró primero en un aparcamiento subterráneo, cuya puerta se abría ante sus ojos como la boca de un monstruo pero también como un refugio ante lo peor. En la cabina del guarda no había nadie, pero el televisor estaba encendido y pudo ver las imágenes del Muro de Berlín. Corrió entre los coches del primer piso mientras oía los pasos de su perseguidor amplificadas por el eco. Pensó en ocultarse entre los coches, pero descendió precipitadamente por una escalera. Klaus lo vio y volvió a disparar. Yaquío desembocó en el piso inferior del aparcamiento, lleno de coches y de silencio, que hacía más angustiosa su indecisión. Vio la puerta de un ascensor y entró en él justo cuando Klaus disparaba de nuevo. La bala se estrelló contra la puerta metálica del ascensor, que enseguida se puso en marcha. Subió tres pisos, abrió otra puerta y echó a correr hasta desembocar en uno de esos patios de manzana, amplios y ajardinados, que tanto abundan en Berlín. A la derecha había varios invernaderos y a la izquierda un estrecho y largo pasillo entre paredes de cristal. Continuó por el pasillo hasta dar con una puerta tras la que se hallaba la calle. ¿Qué calle? No tenía tiempo para averiguarlo. La cruzó sorteando los coches y se metió en otro portal, que a su vez le condujo a un nuevo patio en el que se veía una galería comercial abandonada, llena de tiendas oscuras y donde volvió a oír los pasos de Klaus.

La galería daba paso a una plaza adoquinada y resbaladiza en la que estuvo a punto de caerse. Corrió por ella y no tardó en verse en otra galería de tiendas en penumbra y donde se topó con un escaparate en el que había un autómatas de tamaño humano que movía la boca grotescamente. Allí se detuvo un instante, jadeante y tembloroso. Tenía la impresión de que había conseguido zafarse de Klaus y se apoyó en el escaparate mientras el autómatas movía la boca tras él. Respiraba con dificultad, como si se hallara en el interior de una cámara de gas, y le dolían el cuerpo y el alma. En esa situación estaba cuando una sombra se abalanzó sobre él. La sombra pesaba como una mole y solo podía ser Klaus. Los dos forcejearon como bestias resoplantes y Yaquío consiguió apartar de su cabeza la mano y la pistola con silenciador. Sacando las fuerzas desde el fondo de su ser y desde las profundidades de su desesperación, consiguió morder la mano izquierda de Klaus y forzar los movimientos de su mano derecha, que empuñaba el arma.

Sonó un nuevo disparo y se oyó un grito. Klaus se apartó a un lado y Yaquío echó a correr de nuevo. Por un instante creyó que el disparo había dejado inutilizado a su perseguidor, pero volvió a escuchar los pasos tras él, si bien más torpes que antes.

Dejó atrás una puerta más y al fin se vio en un lugar que reconoció de inmediato: la Kurfürstendamm. Enfrente se hallaba la boca del metro y se arrojó a ella sin mirar atrás.

Tras cruzar corriendo un largo pasillo empapelado con anuncios, en el que se sucedía, como en una pesadilla serial, el rostro severo del mismo actor calvo y barbudo, protagonista al parecer de una película de terror, Yaquío se topó con una escalera metálica larga, interminable, que parecía descender al centro de la tierra. Era la única escalera e iba cargada de gente, que en perfecta inmovilidad se dejaba transportar por el artilugio mecánico. No tuvo más remedio que empezar a empujar a los viajeros: al principio educadamente, después como un vándalo. Se fue abriendo camino hasta que al llegar al término del descenso empujó sin querer a un hombre y a una mujer, que cayeron sobre los últimos escalones.

Los cabellos de la mujer quedaron enredados y dio un grito feroz, creyendo que toda ella iba a ser devorada por la máquina de hierro. Pero Yaquío ni siquiera se enteró y echó a correr por otro pasillo en el que volvía a sucederse la misma fotografía del actor calvo y barbudo.

Concluido el pasillo, apareció el andén. Yaquío consiguió saltar a un vagón cuando el tren estaba a punto de ponerse en marcha.

Las puertas del vagón acababan de cerrarse cuando vio el rostro desencajado de Klaus al otro lado del cristal. El tren ya se estaba moviendo cuando Yaquío empezó a gemir de alegría mientras le hacía un rabioso corte de mangas a su perseguidor.

Luego miró hacia el interior del vagón y le pareció que se estaba moviendo a velocidades cósmicas y que el tren era una nave espacial taladrando la noche llena de luces líquidas que se alejaban como siguiendo el dictado del efecto Doppler.

En la estación del Parque Zoológico se apeó. Allí se perdió varias veces por los pasillos llenos de rostros barbudos y allí creyó ver de nuevo a Klaus entre la gente que descendía por una escalera mecánica.

Yaquío se subió a otro tren que lo llevó hasta un andén de la estación de Grunewald, donde en otro tiempo habían deportado a muchos judíos camino de la aniquilación. Estaba seguro de que su visión de Klaus en la estación del zoo había sido una alucinación y de que se había librado de él, e intentó tranquilizarse. Se sentó en un banco del andén, se secó el sudor, se limpió un poco los zapatos con un pañuelo de papel y se anudó mejor la corbata. En esos quehaceres se hallaba cuando se detuvo un tren. De uno de los vagones salió Klaus.

Yaquío se incorporó de inmediato y cruzó corriendo el pasillo que conducía a la calle, hasta que al fin se vio fuera de una estación recoleta y de aire campestre, con su enorme reloj plateado y azul y sus tejados rojos. Sorteó algunos coches y estaba a punto de adentrarse en una calle de aspecto residencial cuando creyó ver a Klaus. La angustia volvió a él, torció hacia la izquierda y se adentró en un bosque de abedules que creía conocer. Fue como meterse en un espacio mágico, lleno de espejos sorprendentes y continuamente limitado por la muerte.

El bosque se extendía a lo largo de una superficie ligeramente abombada, que le daba una profundidad agobiante pues lo hacía parecer un bosque sin límites, y los árboles crecían rectos sobre un suelo uniforme y negro, alternado por charcos helados en los que los árboles se reflejaban como en lunas de plata sucia y algo resquebrajada. Un laberinto que podía confundirte y confundir, y más en esas latitudes de la noche en las que ya en Berlín todos los gatos llevaban horas siendo pardos.

Klaus corrió tras él entre los árboles. Yaquío escuchaba sus pasos en el suelo encharcado y helado, o los creía oír, mientras se deslizaba en zigzag como si quisiera burlar su propia sombra. Tardó en darse cuenta de que estaba dando vueltas en torno a los mismos árboles, hasta que halló uno de los límites de la arboleda, conformado por el paso de una vía férrea. Yaquío siguió corriendo paralelamente a los raíles hasta que llegó a una caseta ferroviaria. Abrió la puerta de una patada y se ocultó en ella cuando ya Klaus le estaba pisando los talones. En el interior vio una mesa destartada, una silla, mucha basura y una tubería de plomo de la que se apoderó de inmediato.

Klaus empujó la puerta, y con desesperación e imprudencia dio un paso hacia delante, momento que Yaquío aprovechó para estrellarle la tubería en la cabeza. Klaus se desplomó y Yaquío volvió a golpearle con brutalidad y ensañamiento, hasta que lo creyó muerto. Iba a rematarlo cuando oyó ruidos en las inmediaciones. Miró por la ventana de la caseta y vio un guardagujas que se acercaba por un sendero paralelo a la vía. Entonces abandonó la caseta, volvió tras sus pasos, se perdió por varias calles residenciales y acabó desembocando en una rotonda en medio de la cual se veía un bar circular, parecido a una pagoda de un solo piso y coronado por un letrero luminoso que decía: «Prince Albert».

Necesitaba lavarse pero decidió no entrar en aquel establecimiento y buscar otro más discreto. Lo halló en una esquina de la rotonda siguiente y se deslizó hacia el lavabo, donde se estuvo aseando y donde sintió un profundo alivio. Era como encontrar de pronto un refugio en el bosque de la vida, en el bosque de la noche, en el bosque de la muerte. Ya más relajado, llamó a Vera desde la cabina que se hallaba junto al café.

—Perdona que telefonee a estas horas... Tienes que venir a buscarme. Estoy en peligro...

—¿Qué me dices? ¿Dónde te encuentras?

—Junto a un bar de Grunewald. Se llama café Trieste. ¿Lo conoces?

—Sí. Voy para allí.

A Yaquío le extrañó la naturalidad y hasta el alivio con el que Vera había recibido la llamada. ¿Estará metida en asuntos más graves que yo?, se preguntó con inquietud mientras tomaba una cerveza con aguardiente y miraba al camarero, un alemán gordo y reluciente, de carnes rojas y apretadas, pechos de mujer y cabellera rubia, que fumaba tranquilamente un puro y bromeaba con los últimos bebedores de la noche.

El televisor del establecimiento emitía imágenes de la gente que se había subido al Muro y de los jóvenes que con piquetas intentaban derribarlo. El señor del puro y sus clientes hablaban de ello. Unos se alegraban de lo que estaba ocurriendo, otros lo lamentaban.

—Yo prefiero la gran Alemania. Esta última ronda corre a cargo de la casa. También va para usted, caballero —dijo el hombre, mirándole amablemente.

Yaquío agradeció la invitación sonriendo y asintiendo con la cabeza.

A medianoche el bar cerró y Yaquío tuvo que esperar en la rotonda, aguantando el viento helado.

Klaus abrió los ojos, y en medio del aturdimiento y el dolor empezó a recordar los golpes del español en la espalda y la cabeza. No sin esfuerzo, consiguió incorporarse. Siguiendo la vía del tren llegó al bosque, lo atravesó y se detuvo ante la imagen de una Virgen, cobijada en una hornacina de madera entre dos hayas corpulentas.

Klaus se arrodilló ante el altar y pensó en Rosamunde, la chica de la coctelería Prince Albert, a la que solía contarle sus penas, sin entrar en demasiados detalles. Rosamunde le escuchaba siempre, y luego se iba con ella a la trastienda y allí tomaban un último trago de aguardiente y hacían felizmente el amor entre cajas y botellas. Dios, qué nalgas tenía Rosamunde. ¿Y los pelitos rubios del sexo? Oro del Rin, seguro. Ahora podía ir a verla... Descansar en las tetas de Rosamunde, descansar en sus ojos castaños y profundos. Decirle: «Me quedan pocos días Rosamunde, a no ser que me ampare Dios». Pero no había tiempo para el amor, no de momento, y le pidió a la Virgen que le ayudase a encontrar al español. «O él o yo, María, o él y yo. Pero él es un corrompido y yo no. Él no tiene familia y yo sí. Tienes que hacer un milagro, María, por Dios, tienes que hacerlo. ¡Tienes que hacer un gran milagro y sacarme de esta situación!».

El dolor y la angustia ayudaban a consumir la alucinación, y Klaus vio cómo María le sonreía con una dulzura angélica, como si quisiera indicarle que era su intención atender su súplica. Pero de pronto le pareció que aquello solo podía ser obra del Diablo, así que se puso en camino, dejó atrás la rotonda y siguió por la avenida. Fue entonces cuando creyó ver al español a la puerta de un cafetín y avanzó hacia él oculto entre los árboles.

Convidado de hielo

Yaquío empezaba a desesperarse cuando llegó Vera en un Volkswagen escarabajo. Enseguida salió del coche, lo abrazó intensamente y mordió sus labios.

—Tienes cara de resucitado. Pero no me digas nada, mejor hablamos en mi casa junto al fuego. No me importa en qué lío estés metido. Huyamos.

Entraron en el coche, donde volvieron a besarse. Hacia las dos de la mañana llegaron a aquella casa de una sola planta, discreta y prosaica, con un pequeño jardín en el que crecía un tilo.

Dejaron el coche en el garaje y entraron en la sala con chimenea, donde ardían dos troncos de abedul.

Vera se acercó al mueble bar, cogió una botella y dijo:

—¿Un coñac? Dicen que es la bebida de la verdad.

Yaquío la miró con agradecimiento.

—De acuerdo —contestó antes de sentarse junto al fuego.

Con cierto temblor en la voz, y mientras acariciaba a Vera, Yaquío fue relatando parte de su vida con Amadeus y sus hombres. Confesó que se había manchado, pero nunca como esa noche. Luego estuvo hablando de un amigo de Ginebra, con el que había conversado antes de volver a Berlín y ante el que se había confesado. Ahora pensaba que el amigo de Ginebra le había traicionado. Había caído en una trampa difícil de esquivar. Su amigo le había dicho que se estaba muriendo. Podía confesarse ante él, ante alguien que ya estaba casi muerto... Pero todo había sido un sucio ardid. Lamentaba no haberlo descubierto antes.

Yaquío pasó a desvelar asuntos muy sucios en los que había intervenido, y luego habló del asesinato que había propiciado para salvar su vida, de los disparos a la salida del Caligari y de la persecución a la que había sido sometido.

—No entiendo cómo sigo vivo —acabó diciendo—. No puedo dejarme ver por Berlín. Salir a la calle es jugarme la vida. Creo haber dejado muerto a mi perseguidor en una caseta ferroviaria, pero quién sabe. Las ratas como él tienen más vidas que un gato.

Concluido su relato, le asombró que Vera le mirase con tranquilidad. La situación empezó a parecerle más real cuando ella musitó:

—Lo mío es peor, cariño, y te lo voy a demostrar. No soy la dulce Vera que tú tienes en la cabeza. No lo era cuando me conociste, ni lo soy ahora. Nos aguarda una noche tremenda, ¿estás preparado?

—Creo que sí —contestó él, y sacó del bolsillo de su abrigo el ejemplar del periódico donde salía la noticia de la mujer del lago—. ¿Te refieres a esto?

Vera miró a Yaquío, cogió sus manos y lo guio hasta el garaje, donde había una nevera roja en forma de cofre, parecida a las que usan en las tiendas de helados. Vera elevó una de las tapas del frigorífico, señaló hacia su interior y dijo:

—A Luzia la mató este hombre y luego la arrojamos juntos al lago.

Dentro de la nevera podía verse un cadáver blanco como la pureza y como las flores de los Alpes, con el pelo rasurado y un gorro de lana negro cubriéndole parte de la cabeza. Vera empezó a lloriquear mientras decía:

—No puedo olvidarme del momento en que arrojamos a Luzia al lago. El hielo se resquebrajó, y quizá también su cuerpo antes de hundirse en el agua. Era noche de luna creciente, y a mí me asombraba el silencio de la luna. Nos miraba sin decir nada, y a mí me parecía un silencio lleno de vileza y más allá de la culpa...

—¡Estás delirando! ¿Cuánto tiempo lleva aquí este fiambre?

—Ha estado congelándose más de una semana, pero la nevera se ha estropeado. Dentro de nada apestará y no habrá quien pare en esta casa —dijo Vera—. Este asunto está destruyendo mi vida. He dejado las clases de Historia del Arte, me he sumido en una depresión casi suicida, y solo deseo fugarme de Berlín, a ser posible contigo. Ayer intenté desprenderme yo sola del cadáver para que tú no lo vieras, para ahorrarte todo este sofoco deleznable, pero no he sido capaz...

Mientras hablaba, Vera parecía mirar el fiambre con objetividad y distancia, pero daba la impresión de que se trataba de la objetividad y la distancia de la locura, de naturaleza siempre monstruosa. ¿Era consciente Vera de lo que significaba tener allí un cadáver? Seguramente sí, y por eso había tardado tanto tiempo en mostrarlo a la persona que más quería en ese momento, y que más le podía ayudar, razonó Yaquío antes de mirarla con severidad y preguntar:

—Pero ¿qué hace aquí?

Vera movió confusamente la cabeza mientras dejaba caer la tapa.

—Ahora te lo cuento. Sé que te debo una explicación.

—Claro que lo sabes, hasta tanto no llega tu aturdimiento —murmuró Yaquío, que no salía de su asombro. Hacía tan solo unos momentos, Yaquío se había sentido como una galaxia caníbal, acercándose a la pobre Vera para que le salvase la vida y le redimiera, pero ahora era ella la que se le antojaba una galaxia más grande que Andrómeda, acercándose a él con extrañas intenciones.

Vera lo fue guiando de nuevo hacia el salón mientras musitaba:

—Hace unos dos meses, Luzia llevaba una vida muy loca, llena de drogas y nocturnidad. Vivía por la noche, se arrojaba a la noche. Una madrugada decidí acompañarla por ahí y conocimos a Yuri Petrovic, el muerto, en un tugurio del barrio turco. Luzia, que estaba bastante más borracha que yo, le dio la dirección de nuestra casa, y he aquí que una noche Yuri apareció. A Yuri le ocurría lo que a ti —musitó mirando a Yaquío—. No quería dejarse ver, quizá porque llevaba con él un buen cargamento de heroína y cocaína. Para Luzia y Yuri fueron días de disipación integral. La mezcla de las dos drogas les producía una intensidad sexual desgarradora, y Luzia se volvió medio loca por Yuri. Te juro que parecía la ninfómana absoluta, no se saciaba nunca y en una ocasión Yuri no midió las dosis que le administraba. Se le quedó muerta en la cama.

Vera se echó a llorar. Cuando ya pudo contener el llanto continuó:

—Yuri empezó a decir que no podíamos cargar con un cadáver, que él no podía dejarse ver, ni por sus antiguos amigos ni por la policía, y que aquello había que resolverlo de la mejor manera posible. Así que él mismo le cortó los dedos a la chica con la que horas antes hacía el amor frenéticamente, él mismo le arrancó la cara, y luego me obligó a que le ayudara a meterla en el coche y a arrojarla al lago Nicolás. Cuando ya nos hallábamos de nuevo en casa empecé a enloquecer. No podía soportar la imagen de Luzia hundiéndose en las aguas del lago, no podía soportar a Yuri, y más cuando intentó atontarme con drogas. En un momento todo se oscureció y corrí hasta el baño, donde sabía que guardaba su pistola. Él empezó a golpear la puerta y yo disparé. Cuando abrí la puerta, Yuri yacía en el suelo con dos tiros en la cabeza.

—Santo Dios, pero ¿cómo has conseguido caer tan bajo? —preguntó Yaquío.

—¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Ahora resulta que la vida te parece una ascensión?

—Lo diré mejor. ¿Cómo has conseguido llegar tan lejos en tan poco tiempo?

—Volando como un pájaro bobo.

—¿Los pájaros bobos vuelan?

—Algunos sí, pero lo pagan a la hora de aterrizar. Hay escaleras que no debemos bajar y que de pronto las bajamos. ¿Por qué? No es fácil saberlo. ¿Acaso tú estás limpio?

—Me pregunto cómo lograste meterlo en la nevera —murmuró Yaquío.

—Cuando se quedó rígido no fue tan difícil, si bien tuve que partirle un brazo para que entrara. Fue angustiante de verdad, pero mientras lo hacía me repetía a mí misma que Yuri había dejado a mi amiga sin vida y sin cara. ¿Me entiendes ahora?

Vera se echó a reír histéricamente y Yaquío la miró con amor y ternura. Fue entonces cuando sintió que empezaba a entrar en la verdadera dimensión de Vera, en una dimensión en la que se iluminaba de otra manera la noche. De pronto aceptaba que estaba dispuesto a ayudarla en lo que fuera y a mancharse de nuevo. Así, de repente, sin tener verdadera seguridad sobre la naturaleza de sus palabras, estaba dispuesto a pringarse más que nunca en su vida y un calor casi sobrenatural lo envolvía y niquelaba su persona, apartándolo de toda forma de debilidad moral. Sumergirse en las profundidades menos agradables del otro también formaba parte del arte de amar y hasta de la doctrina de un verdadero sensualista: si quieres alcanzar la más alta delicia, atrévete antes a nadar en el agua de la desdicha, que está llena de gases tóxicos con humaredas que no permiten disfrutar del horizonte.

No tenían sueño. Gravitaban por encima de las necesidades del cuerpo. La mente con sus alucinaciones y sus temores se había apoderado por completo de ellos. La mente lo ocupaba todo, pero era una mente bloqueada. Fueron dos horas de angustia plena. Se miraban no sabiendo qué hacer. Felizmente el fuego crepitaba, dándole al salón un aire de intimidad burguesa, invernal, sosegada y segura.

Afuera podía llover o nevar, afuera podían matar a la gente, afuera había cables de alta tensión, y lagos profundos, y calles inseguras, y balas perdidas... En cambio

allí dentro todo era paz y silencio, podría haber pensado un observador que los viera a cierta distancia, callados y sentados, mientras el fuego entonaba su chisporroteante melodía, tan querida en Alemania.

Los dos pensaban junto al fuego. «Yo pienso luego existo. Yo mato luego existo. Yo me angustio luego existo. Yo huyo luego existo. Yo tiemblo luego existo». Ciertamente, aunque uno podía dejar de pensar, y de matar, y de angustiarse, y de huir y de temblar si de pronto le pegaban un tiro en la cabeza, se decía Yaquío a sí mismo. Y esa noche la ciudad podía estar llena de esplendor nevado y de fragancias, pero para Yaquío estaba sobre todo llena de pistolas, y Vera parecía entenderlo. Para redondear el problema y convertirlo en una pesadilla densa como un cuásar, estaba también el asunto del cadáver en la nevera.

Ágata llegó a casa hacia las seis de la tarde y desde entonces no ha dejado de leer, de escribir pensamientos delirantes, de pensar, de fumar los cigarrillos de su madre, a los que les está cogiendo cada vez más apego, de fantasear... No puede evitar las fantasías sexuales de diferente naturaleza. Algunas son dolorosas, otras no. A veces tiene miedo de un hombre que en realidad es solo una sombra. Algo en sí mismo humano y a la vez despojado de humanidad.

Aún no son las diez de la noche y decide acercarse a casa de su tía Vera. Sabe que su madre tardará en llegar y se aproxima la hora en que más le gusta pasear por la ciudad con su bicicleta. En esas ocasiones va siempre disfrazada de muchacho y oculta los cabellos bajo una capucha negra. Nunca como entonces siente la electricidad de la noche: una onda de alta tensión que transfigura las personas y las cosas.

Antes de acercarse a casa de su tía, Ágata recorre un barrio lleno de tugurios donde el vicio se puede oler. Son momentos de una intensidad emocional que busca y que a la vez aborrece. Como va disfrazada de chico, intenta colocarse en la mente de un muchacho de su edad y entonces el espectáculo le parece más interesante.

Tuerce hacia la derecha y se acerca a su librería preferida, que permanece abierta hasta las doce de la noche. Está a punto de cerrar y es la mejor hora para deslizarse dentro del establecimiento y abordar al señor Bauman. Nada más verla llegar, el señor Bauman cambia de cara. Ágata le pide dos libros: *Los sodomitas de Mont Noir* y *Las orgías de Xanadú*. El señor Bauman la mira fijamente. Mientras ojea *Las orgías de Xanadú*, Ágata advierte la mirada del librero y dice:

—Lo siento, señor Bauman, mi culo es para el príncipe Azul, que me exige la virginidad anal para poder casarme con él en su castillo de Dinamarca. ¿Cuánto le debo?

Ágata paga y sale del establecimiento riéndose. El señor Bauman corre tras ella, con su nariz aguileña precediéndole como el mascarón de proa de un navío, y la ve perderse entre las sombras.

Más allá de los deseos que le acechan a menudo y que le agotan, Bauman siente piedad al ver a la muchacha disolverse en la oscuridad. Piensa que es una mente condenada a una soledad tan penosa como la suya, una soledad llena de trampas y caminos enlodados. Y a la vez la diviniza: la ve como una criatura salvaje y nacida para ser libre, para ser inmensamente libre, a través del día y de la noche, en pos de un horizonte cada vez más abierto.

Antes de cerrar la librería, Bauman vacía la petaca de ginebra que lleva consigo y piensa en la posibilidad de acudir al espectáculo de Vicki Bauhaus.

Arte

Durante dos horas de silencio y cavilación, Yaquio fue pasando por todos los estadios por los que puede pasar una conciencia. Ahora pensaba que los que mataban no eran esencialmente diferentes por el hecho de hacerlo y que eso no los despojaba de humanidad. Creer que el asesinato, ya fuese como agente, ya como paciente, era algo que les ocurría siempre a los demás le parecía de pronto un error fundamental.

Como hubiese sido un error dejarse arrastrar por las emociones más inmediatas, vinculadas al amor que le unía a Vera. Había que prescindir de las diferencias imaginarias y de las semejanzas igualmente imaginarias. Los dos podían ser ahora víctimas, sobre todo víctimas de sus errores, pero antes habían sido, queriendo o sin querer, verdugos bastante eficaces. Estaba más que demostrado.

Aunque lo más grave de la situación en la que se hallaban no era su misma complejidad emocional. Compleja o no, la situación en sí tenía su evidente parte objetiva, que se podía calibrar en términos fríos y de forma aplastante: el cadáver del garaje y las pistolas que lo amenazaban.

¿Había una salida? Yaquio creía que sí. Una voz interior, que tenía mucho que ver con su pasado, le decía que siempre había una salida. Y esa voz interior le susurraba que la solución al problema estaba como quien dice encima de la mesa, que venía a ser lo mismo que decir que la clave para deshacer un nudo estaba siempre en el nudo mismo, y en una zona bastante visible.

—Dime una cosa, amigo —dijo Vera mirando a Yaquio—. ¿Crees que te va a ser fácil conservar la piel con todos tus viejos compinches buscándote?

Yaquio meneó tristemente la cabeza.

—No, y lamento haberte metido en esto.

—Yo no lo lamento, pero no le veo salida a nuestro túnel.

—Yo sí. Tendré que suplantar al cadáver —dijo Yaquio—. Tendré que adquirir una apariencia semejante a la de Yuri. También tendré que alborotarme las cejas...

—A ver, a ver, que me pierdo... —dijo Vera—. ¿Vas a suplantar a Yuri?

—Sí, pero habrá que desfigurar un poco al muerto y vestirlo con mi ropa, para que crean que el muerto soy yo. ¿Cuánto mide Yuri?

—Más o menos como tú —contestó Vera.

—Entonces le quedará muy bien mi traje —dijo Yaquio.

—Permite que concluya el relato del plan que tienes en la cabeza —murmuró Vera—. Cogemos al muerto vestido como tú, con la cara destrozada y sin dedos, lo metemos en el coche y lo arrojamos al lago Nicolás. ¿Me querías decir eso?

—Sí, no tenemos otra alternativa —dijo Yaquio, para enseguida añadir—: Ahora nos espera el trabajo con el muerto, que correrá de mi cuenta. Tendré que prepararme mentalmente. Ilumíname.

Vera guardó un rato silencio antes de murmurar:

—Piensa que eres un carnicero sin más, que estás haciendo tu trabajo en la

trastienda de la carnicería. O mejor, piensa que eres un artista moderno... —dijo Vera, y se calló.

—Continúa —suplicó Yaquio—, creo que vas por el buen camino...

Vera le susurró casi al oído:

—Piensa que te han encargado para la bienal de Venecia una instalación sobre la muerte. Tú coges un cadáver que te han regalado los chinos, lo plastificas, lo troceas, lo colocas por una habitación llena de cuadros pintados por niños de tres años con sangre. Cuando se trata de un asunto tan bajo lo mejor es elevarlo, darle cierta entidad estética, y todo parece más limpio. ¡Dios, qué loca me estoy volviendo! Tómalo como una ocurrencia desesperada de una profesora de Historia del Arte.

—No es locura, Vera —dijo él—, es el único camino.

Vera lo miró con cara de enamorada. En el salón la atmósfera era de un espesor casi palpable, y todo era calor en sus cabezas. En esa situación, la mente acentuaba todas sus potencias y se convertía en puro instinto de supervivencia.

—¿Lo vas a hacer?

—Sí —contestó Yaquio, dirigiéndose al garaje.

Iba despacio, como si creyera que tras la puerta roja le esperaba un vivo en lugar de un muerto. Empujó la puerta con cuidado, pero no pudo evitar un chirrido fúnebre que antes le había pasado desapercibido. Ya en el garaje, miró hacia la nevera con demasiada trascendencia, circunstancia que no iba a favorecer la manipulación del difunto.

Giró la cabeza hacia la izquierda lleno de tensión y de pesadez. Dos sensaciones que juntas le colocaban al borde de la parálisis. Empezó a dudar. De nada servían los buenos propósitos y los consejos de Vera, tan abstractos como idealistas. En cuanto tocó la materia fría se resquebrajó toda su intimidad y la náusea mental, que le parecía mucho peor que la física, le impidió seguir adelante.

Aquello no era hacer de carnicero o de artista moderno, aquello era sumergirse en un lodazal de emociones que iban a dejar una huella imborrable en su mente. Aquello era sumergirse en una zona inhabitable del alma en la que la figura humana ya no conmovía, ya no producía emociones, ni buenas ni malas.

Y cuando empezó a ponerle al cadáver sus calcetines, sus calzoncillos, su camisa, su traje y su sombrero, cayó en la fantasía de que se había muerto y de que su propio fantasma le estaba amortajando. Era mejor no pensarlo, porque cuando lo real en estado puro se mezclaba con el pensamiento solo producía monstruos híbridos y enloquecidos, exigiendo desde el fondo del cerebro más violencia, más realidad; por eso convenía mirar la materia todavía sin modificar como Miguel Ángel miraba un buen pedazo de mármol, en cuyos interiores opacos ya estaba viendo a David. David dormía allí, en el corazón de la piedra, y solo era necesario despojarlo de impurezas para que su regia figura emergiera como Lázaro del sepulcro. Mi labor va a ser muy parecida, pensó Yaquio al coger el escoplo y el martillo que había dejado sobre la mesa, si bien en su caso iba a semejarse más al de los escultores chinos que tallan el

hielo, o lo destallan, como iba a hacer él. Porque aquí se trataba de destruir una cara como quien destruye de un martillazo *La piedad*, para que de esa no-cara surgiera su propia cara, la de Yaquío. Una cara entera es solo una cara, pero una cara destrozada puede ser muchas caras, infinitas, razonó. Le asombraba lo contradictorio del asunto y el teorema que de ello se derivaba. ¿Cómo era posible llegar al infinito sustrayéndole al objeto sus elementos más significativos? ¿Al infinito se llegaba antes por sustracción que por acumulación? ¡Toda una paradoja cuántica!, gritó para sus adentros.

Finalmente hundió el escoplo en mitad de la nariz. Qué ruido más espantoso. Fue entonces cuando se olvidó del arte y destrozó la cara como un salvaje, para acto seguido cortarle los dedos. Ya con el trabajo hecho, arrojó los dedos y los trozos de cara al váter y tiró de la cadena. El estruendo del agua le pareció el de las cascadas subterráneas del infierno, pero aun así tiró cinco veces más, hasta no dejar huella alguna en las aguas inmaculadas del inodoro.

Concluida la operación, avanzó casi arrastrándose hasta el lavabo para darse una buena ducha. Luego regresó al saloncito cubriéndose con una toalla y le preguntó a Vera:

—¿Cómo me puedo rasurar el pelo?

—Buena pregunta. Primero te lo corto con tijeras y luego te lo afeito con una *gillette*.

Acto seguido, Vera cogió unas tijeras y empezó la operación. Ya con el pelo rasurado, Yaquío se miró al espejo y se quedó bastante horrorizado.

—¡Qué raro me siento! —exclamó, y se puso inmediatamente el gorro de lana de Yuri para no ver su cráneo desnudo.

—Más rara me siento yo —dijo Vera, y le pasó las ropas del muerto. Mientras se vestía, Vera le estuvo informando, con paciencia y con rabia, sobre el personaje que ahora tenía que interpretar.

—Yuri era de una naturaleza bastante tosca, pero muy astuto. No solo los inteligentes perciben enseguida las zonas débiles del otro, también las perciben los astutos por ese don natural que tienen para herir donde duele de verdad, y casi sin pensarlo. ¿Me vas entendiendo?

—Continúa.

—He recordado lo que me contó de su vida y ya he confeccionado un poco el papel que tienes que interpretar. Tienes que creerte que vienes huyendo de Hamburgo, donde dejaste sin mercancía a un socio que confiaba en ti. En Berlín pensabas hacer buenos negocios, pero te apartaron de ese encomiable propósito dos mujeres que conociste en un bar del barrio turco. Me imagino que ya habrás puesto cara a las dos mujeres.

—Desde luego.

Yaquío oyó el rugido de un coche, que parecía proceder del fondo de la calle, y abandonó el salón.

—¿Adónde vas? —le preguntó Vera.

Yaquío no contestó y salió al jardín, lo atravesó, se encaramó en la hiedra y miró hacia la calle. Inmediatamente regresó al salón para escupir:

—¡Klaus nos ha descubierto!

—¿Y quién es ese? —preguntó Vera.

—El sicario de la organización para la que he trabajado, el que estuvo a punto de matarme junto al Caligari. Lo he visto apoyado en la capota de un coche y fumando un cigarrillo, a unos treinta metros de la casa. ¿Qué vamos a hacer?

—Lo convenido —dijo ella con tranquilidad—. Ahora cogemos al muerto vestido como Yaquío, lo metemos en el coche entre los dos y lo colocamos detrás. Klaus pensará que es Yaquío. De esa manera saldremos de casa.

—Es muy posible que Klaus decida seguirnos...

—Con eso cuento.

Mientras hablaban, la televisión continuaba con las noticias sobre el Muro y las imágenes de los jóvenes subiéndose a él. Algunos intentaban derribarlo con picos. Parecían artistas modernos partiéndole el rictus al viejo Berlín y haciendo bajorrelieves abstractos en su hermosa cara de hormigón armado. Pero las imágenes televisivas no conseguían que ninguno de los dos dejase de pensar en el infierno, en su infierno. Dentro del horror, quizá había empezado a surgir una luz, que si bien no les parecía de naturaleza sobrenatural sí que tenía algo de milagrosa. A veces las piezas más inesperadas encajaban en la oscuridad de la noche, en su corazón mineral.

No mucho después, acomodaron al difunto en el asiento trasero del coche. Acto seguido, Vera agarró el volante mientras Yaquío abría la puerta del jardín para que el coche pudiera salir. Luego se sentó junto a Vera y enfilaron la calle en dirección al lago.

Yaquío iba en el coche tan paralizado como el muerto, temiendo por igual la amenaza que se deslizaba tras ellos y lo que les podía aguardar más adelante. Le resultaba inevitable pensar que el sicario bien podía estar apuntándole en ese momento: un pensamiento que ocupaba a intervalos toda su cabeza, conduciéndolo a un espesor mental parecido al de la locura y a su mismo chisporroteo cegador y anestésico.

—Cuéntame algo —dijo Vera mientras atendía al volante—. Lo mejor en estos casos es hablar.

—¿Te he contado que el día en que estuve visitando la morgue conocí a una chiquilla que me dejó estupefacto? Iba en una bicicleta y era la hija de Vicki Bauhaus.

—¡Pero si Vicki Bauhaus es mi hermana, y la chica que dices es mi sobrina!

—¿En serio? Nunca me has hablado de Vicki Bauhaus.

—No me apetecía. ¿Y qué hacía mi sobrina en la morgue?

—Husmear. Resulta que fue ella la que descubrió el cadáver del lago.

—¿Ella? ¿Tengo que pensar que me está vigilando?

—Podría ser que sí.

—Ya veo. ¿Nos sigue tu amigo?

—No solo él.

—¿Qué quieres decir?

—Mira por el retrovisor. Tu sobrina ha aparecido por la derecha y se ha colocado entre Klaus y nosotros justo cuando nos tenía a tiro.

—¡Dios mío, es verdad!

—¿Qué vamos a hacer?

—Seguir con el plan.

DOS

Plegarias atendidas

Aquella madrugada todo habían sido sorpresas para Klaus, si bien él tendía a considerarlas más bien milagros. Había vuelto a localizar al español junto al café Trieste, y lo había visto meterse en un automóvil conducido por una mujer.

Klaus había dejado su coche junto al Caligari y no le quedó otro remedio que sustraer una bicicleta del aparcamiento de la rotonda, con la que los fue siguiendo por senderos y atajos que conocía bien, hasta verlos entrar en una casa de una calle sombría entre tilos y cables de alta tensión.

Sabiendo ya dónde encontrar al español, se desplazó en taxi a la Kurfürstendamm para recuperar su coche, sin el que se sentía mortalmente inseguro, y más sabiendo que Josef reposaba en el maletero. Luego regresó a toda velocidad hasta aquella calle junto al lago. Llevaba allí más de dos horas cuando vio surgir de la casa que le interesaba un automóvil donde, según todos los indicios, iban dos hombres y una mujer. ¿Uno de ellos no era el español? Estaba a punto de disparar contra uno de los hombres que iban atrás cuando una muchacha en bicicleta surgió de una bocacalle y se colocó entre él y el otro coche, que enfiló las arboledas del lago Nicolás. Fue entonces cuando la chica se detuvo. Él torció hacia la izquierda, se bajó del coche con una linterna en la mano y siguió al automóvil, ocultándose entre los abedules. Lo perdió de vista unos instantes pero enseguida lo vio emerger entre los sauces más próximos al agua.

Klaus observó cómo uno de los hombres y la mujer se apeaban y entre los dos sacaban del coche al otro hombre, que parecía un cadáver, y lo arrojaban al lago. Luego volvían al coche y se alejaban de allí a toda velocidad.

Klaus descendió hasta la orilla y dirigió la luz de la linterna hacia el lugar donde habían arrojado al hombre. Se resistía a creerlo pero aquel cuerpo era el del español. Tenía claro que iba vestido como Yaquio cuando salía del Caligari, y más cuando vio su sombrero flotando sobre un pedazo de hielo. Pero entonces, ¿otros habían hecho el trabajo por él? Klaus se sentía tan desconcertado como aquel zapatero prodigioso que al despertar observaba que los duendes de la noche habían arreglado todos los zapatos que él no había podido reparar.

Intentó recapacitar mientras iluminaba de nuevo el cadáver flotante. Le habían arrancado la cara pero su cráneo era el de Yaquio, si bien ahora aparecía rapado. Quizá Yaquio había pertenecido a mafias paralelas. Quizá otras corporaciones ajenas a la de Amadeus habían decidido acabar con él. Era una posibilidad. Otra: que la mujer y el hombre lo habían matado para apropiarse del bolso con el dinero. ¿Más milagros de la Virgen?, se preguntó lleno de júbilo.

Colocándose al límite de la orilla, se agachó, acercó hasta él el cadáver flotante y le registró los bolsillos. No encontró dinero ni objeto alguno, pero estaba más que seguro de que el difunto era Yaquio. De pronto pensó en los fugitivos. ¿Por qué maldita razón no los había seguido? Lo más probable es que hubieran regresado a la

misma casa de la que habían surgido, de modo que se dirigió de nuevo hacia allí.

Lleno de ansiedad, forzó la puerta del jardín utilizando una palanca, lo atravesó corriendo, derribó la puerta de la casa y no vio a nadie. En el garaje encontró algunas herramientas que parecían haber sido lavadas con esmero, y reinaba un gran desorden en toda la casa. Las camas estaban deshechas, había bolsas de basura en el pasillo y varias botellas vacías rodaban por el suelo cuando se cruzaban con sus zapatos lustrosos y negros.

De pronto se le ocurrió la brillante idea de dejar allí el cadáver de Josef. Abrió desde dentro la puerta del jardín, introdujo el coche y dejó el cadáver en el garaje. Luego abandonó la casa y decidió llamar a Oskar desde una cabina.

—Asunto concluido —dijo con falso entusiasmo en cuanto notó a Oskar al otro lado de la línea—. Ya reposa como un bendito en el lago Nicolás.

—¿Y el dinero?

—No lo llevaba encima cuando lo acribillé.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—¡Vaya contrariedad! A Amadeus no le va a gustar nada. De todas formas gracias, Klaus. Lo más importante era acabar con él. Te llamaré mañana.

Tras la llamada, Klaus apuró la tercera petaca de whisky y volvió a sentirse acosado por las dudas.

Ágata había estado primero en la puerta del Moby Dick, viendo entrar y salir a los adictos al pop; algunos parecían militares. También había estado en la puerta del Chez Nous, viendo a los nuevos travestis del espectáculo entrar en el cabaret con sus galas; parecían franceses. Más tarde había pasado ante la Troika, el Riverboat, el Clochard, el Caligari, el San Francisco y el Goldfinger. En todos entraba gente de aspecto pudiente, como la que frecuentaba el Eden Club. Pero ninguna de aquellas comarcas de la noche desprendía verdadero *glamour*, según le parecía a Ágata. En todo caso desprendían el olor a perfumes caros de los mafiosos, de los hombres de negocios, de los tramposos profesionales, y a veces su aspecto resultaba repulsivo, pero era tan divertido verlos evolucionar con sus disfraces y sus dientes postizos entre las luces de neón y los remolinos de nieve...

Acababa de dejar atrás la puerta del Lady Cat, entre prostitutas de baja estofa que le decían «*Komm, Süsser*» creyéndola un chico, cuando se sorprendió positivamente al ver pasar ante ella un coche de bomberos exhibiendo el número 9. Retumbaba como un tanque, si bien a más velocidad, y proclamaba su paso con aullidos de sirenas de diferentes tonos que acababan conformando una melodía repetitiva y mareante. Ágata decidió seguir a aquel heraldo del Apocalipsis hasta las proximidades de Europa Center, donde un edificio de tres pisos era pasto de las llamas.

Ágata intentaba no perderse ni un solo incendio. Algunos los cazaba al vuelo y otros persiguiendo a los bomberos, como estaba haciendo ahora. Seguir al coche de bomberos le producía emociones muy intensas y cargaba su cuerpo de buena adrenalina. Era como sentirse acompañada por un clamor de hombres y máquinas, era como participar en el desembarco de Troya o en el de Normandía, era como si te precediera una atronadora jauría de lobos de Siberia dispuestos a todo. Y de pronto el fuego, el señor del universo, apareciendo en medio de la noche.

Ágata podía pasarse horas mirando las llamas. Algunos bomberos la conocían y en más de una ocasión la habían tomado por una pirómana, pero tras interrogarla habían advertido que Ágata era exactamente como ellos, una enamorada del fuego que por diferentes razones nunca iba a dar el paso definitivo.

En el incendio que ahora mismo se desarrollaba ante sus ojos inmensamente abiertos, las llamas habían encontrado buenos nutrientes en el seno del edificio y todas las ventanas vomitaban fuego. El viento ascendente y violento empujaba las lenguas rojas hacia arriba, dándoles forma de veloces columnas salomónicas que iban a perderse en la negrura.

Ágata miró su reloj. Era más de medianoche, y regresó a su casa.

Estaba a punto de dormirse cuando llegó su madre y estuvo hablando con ella. Ágata le dijo:

—Juraría que tía Vera se está metiendo en asuntos muy oscuros. Esta madrugada la vi salir de su casa con dos hombres. Se perdieron en las arboledas del lago Nicolás. Quizá querían hacer un *ménage à trois* bajo los árboles.

Vicki la golpeó con el bolso mientras rugía:

—Eres una depravada y mucho me temo que vas a volver al internado.

—Antes te mato. Me das asco.

—Más asco me das tú a mí —gritó Vicki antes de abandonar el cuarto.

Amadeus giró levemente su cuerpo largo e imponente, se subió el cuello de su grueso abrigo negro, miró hacia la casa en llamas y dijo:

—Qué agradable resulta el olor a humo cuando lleva incluido el olor de tu enemigo. Lejos de bloquear tus pulmones, te ayuda a respirar mejor. Es como escuchar música de Wagner. Ese turco malnacido ya no volverá a estafarnos.

—Supongo que a partir de ahora los turcos empezarán a razonar —dijo Oskar, que iba con él y que llevaba puesto su gorro de marta cibelina—. Y lo más gracioso es que le van a echar la culpa del incendio a las bandas de rapados. ¿Cuánta cocaína crees que se está quemando?

—Puede que más de cien kilos, pero eso me da igual. Más importantes son los papeles que están ardiendo y que comprometían seriamente a la Familia.

—Por supuesto.

Amadeus miró a Oscar cabizbajo y exclamó:

—¡Me extraña que mi hermano no me haya llamado!

—Tranquilízate, debe de andar por ahí con alguna rubia del Eden Club.

—¿Dónde ha dejado Klaus el fiambre?

—En el lago Nicolás.

—Perfecto, no tardarán en encontrarlo nuestros amigos de la policía, si es que no lo han encontrado ya, y cumplirán el pacto de no injerencia. Ay, amigo, creo que esta noche necesito un trago y nalgas nuevas, a ser posible esclavas y con cierta experiencia.

—Eso está hecho. ¿Es cierto que mañana te vas a Dresde?

—Sí, tengo una entrevista con Assenbach, y me preocupa.

—¿Por qué?

—Porque le veo cada vez más distante. Juraría que me quiere sustituir. Quizá algún día no muy lejano nos tengamos que ocupar de él. ¿Llevas puros?

—Sí, llevo dos Montecristo.

—El mejor puro para celebrar una venganza. Pásame uno.

A Klaus le bastó acercarse a una de las arboledas que rodeaban el lago para comprobar que ya habían descubierto el cadáver y que varios policías y periodistas lo rodeaban.

Con el ánimo encogido y maldiciéndose duramente a sí mismo, se dirigió al Prince Albert, para ver un rato a Rosamunde.

Rosamunde, que ya había cerrado el bar, lo recibió con una falda corta y lo condujo al reservado del local, donde ya le tenía preparada una copa.

—¡Traes cara de alucinado!

—Si llego a venir unas horas antes mi cara te hubiese parecido la de un muerto.

—¿Por qué?

—He presenciado milagros, he llorado de amargura, he llorado de alegría. En fin, espero que el asunto esté solucionado.

—¿Es todo lo que me vas a decir?

—Es todo, mi amor. ¡Qué ganas tengo de verte sin bragas!

Bebieron, se rieron, hicieron el amor sobre un diván mientras la televisión hablaba del Muro, y muy de madrugada Klaus se encaminó hacia su casa lleno de culpa. El alcohol y el sexo le habían ayudado a olvidarse de Josef, pero ahora su recuerdo llegaba a él de nuevo y empezó a asentarse en él la sospecha de que sus pasos estaban contados.

Y mientras él recapacitaba, Anna y David permanecían acurrucados junto al fuego, esperando su llegada, ya que rara vez se retrasaba tanto.

—¿Cuándo va a volver papá?

—No lo sé, hijo.

—¿Crees que le ha pasado algo?

—No. Simplemente habrá bebido un poco y... Ya sabes cómo se pone. Pero lo volverá a dejar. Le ayudaremos los dos como antaño. Hay que confiar un poco en Dios.

Oyeron ruidos en la puerta. Klaus llegaba tan borracho que apenas se tenía en pie. Los miró a los dos con ojos de pánico, avanzó hacia el dormitorio, se quitó la chaqueta, se derrumbó en la cama y se echó a llorar. En la radio del salón, un periodista hacía la crónica del día. Sumido en una especie de duermevela más densa que una pesadilla, Klaus escuchaba al periodista decir:

—«Como nos informa nuestro colaborador Ernest Gutlen, el lago Nicolás se está convirtiendo en la laguna Estigia, y por segunda vez en este mes ha aparecido un cadáver en sus aguas heladas. Mientras unos danzan bajo el hielo, otros danzan entre balas, borran caras y cierran bocas. Es la ley de las cloacas, y Dios sabe que las cloacas de Berlín son amplias como templos subterráneos y algunas comunican con más de una comisaría, la alcaldía y algunos bancos expertos en blanquear dinero. Ellos dictan la norma y luego unos cuantos pistoleros a sueldo, residuos de los peores sumideros de las policías del Este y del Oeste, se encargan del trabajo sucio, y aparece un nuevo cadáver bajo el hielo del lago Nicolás».

De pronto Klaus empezó a gritar. Anna y David acudieron corriendo a él.

—¿Qué te pasa? —preguntó Anna.

—Desconectad la radio, por favor. Todo lo que dice ese demente me parece una locura. ¡Quiero un poco de silencio!

—David, haz caso a tu padre y apaga la radio —dijo Anna con un hilo de voz.

Klaus ya estaba dormido cuando Anna percibió un bulto raro en la chaqueta de su marido, tirada en el suelo. La registró y encontró una pistola. No ignoraba que Klaus era socio del Club de Tiro, pero, por lo que ella sabía, ni siquiera cuando iba al club llevaba encima una pistola, ¿por qué ahora sí? En el mismo bolsillo donde se hallaba el arma encontró las llaves de los baúles metálicos del sótano. Llena de inquietud, bajó al sótano y abrió el primero de los baúles. Le sorprendió ver toda clase de armas de fuego, incluido un rifle de alta precisión y mirada telescópica. Ella nunca había visto antes esas armas, y sintió que le faltaba el aire. Parecían las de un profesional.

Justicia poética

Muy de mañana, Ulrich estuvo inyectando en una manzana raticida azucarado y disuelto en agua, y más tarde pintó la fruta con tinta de calamar para darle un aire broncíneo. No quería abordar a la chica de la bicicleta sin vengar antes las afrentas que le estaba haciendo a Albéniz una estatua viviente que se colocaba en la alameda de la Faisanería del Tiergarten.

A las doce, Ulrich fue avanzando hacia Berlín en su coche. Aunque se trataba de cruzar lugares muy habituales, a él le pareció un viaje largo y de naturaleza infernal.

¿Por qué el cielo estaba lleno de nubes plomizas y fantasmales, proyectando un halo de tristeza sobre las avenidas? ¿Por qué tras algunas ventanas creía ver mujeres sin cara como los mujimas de la mitología japonesa? ¿Por qué un policía de tráfico que se hallaba sentado sobre su motocicleta le parecía su padre veinte años atrás, en una rotonda de Grunewald? ¿Por qué los edificios se le antojaban tan monstruosos y por qué sobre la cúspide de uno de ellos creyó ver a un hombre con cara de gorila? ¿Quizá porque días atrás había visto por millonésima vez *King Kong*? ¿O se trataba de un signo de otra naturaleza que su madre le enviaba desde el más allá y de ese modo le avisaba de peligros inminentes que se abatían sobre su vida?

Ulrich se veía incapaz de responder a todas las preguntas que surgían en su cabeza toda vez que cruzaba la ciudad, en parte porque algunas le parecían de naturaleza sobrenatural que únicamente se podían responder de forma vaga, pues albergaban en ellas mucha luz y mucha negrura.

Finalmente llegó a las inmediaciones de Tiergarten, dejó el automóvil en el aparcamiento subterráneo junto a la Puerta de los Elefantes, y fue descendiendo por el parque con el ánimo más sereno y hasta con cierta alegría en el cuerpo. Pero pronto regresaron a su mente las sombras, las preguntas, la sensación de que vivía en una noche sin salida desde la muerte de mamá. Empezó a creer que iba descendiendo por un río de carne reblandecida y purulenta. Las caras de algunas personas se le antojaban abismos en los que uno se podía precipitar como desde lo alto de un rascacielos. Había miradas que le resultaban odiosas, intolerables; miradas que hubiese deseado borrar de su horizonte visual como se borra una línea de tiza en un encerado, miradas que Ulrich creía que le penetraban hasta el fondo y veían la danza macabra que se organizaba a menudo en su cabeza. Tampoco le gustaban las caras de los niños sujetos a sus madres. Le recordaban momentos dulces y amargos de su infancia en Rodas, le recordaban a su madre ausente y no obstante más presente que nunca, guiándole de algún modo por aquel flujo de carne dominado por una doble corriente de cuerpos que subían y cuerpos que bajaban, y que cuando lo rozaban emitían chispas que solo él podía ver.

Cuando llegó a la altura de la alameda de la Faisanería comprobó, una vez más, que la estatua humana estaba tocando *Leyenda* de Albéniz con una guitarra que a Ulrich le parecía siempre desafinada.

A diferencia de otras imágenes vivientes que jalonaban algunos días el parque, aquella que tanto le obsesionaba a Ulrich, y que representaba a un guitarrista de bronce verdoso, se permitía hacer algunos movimientos y repetir algunas escenas, si bien muy minimalistas. Por ejemplo: movía los dedos de las dos manos y, tras cada interpretación, se incorporaba como un autómatas, cogía una manzana que parecía de bronce de un cesto igualmente bronceo que tenía a su lado, daba algunos mordiscos y volvía a tocar, siempre la misma pieza: *Leyenda* de Isaac Albéniz.

Ulrich no aceptaba bien aquella interpretación tan precaria y la sangre se le empezó a subir a la cabeza. Aprovechando un momento de confusión debido a que un ciclista había estado a punto de chocar con una turista, Ulrich depositó la manzana que llevaba con él en el cesto del autómatas, y se quedó a esperar entre la gente que contemplaba al guitarrista y aplaudía sus lamentables interpretaciones. Sentía calor en las sienes y en la nuca, y le temblaban las piernas mientras escuchaba los últimos compases de *Leyenda*.

Concluida la pieza, el guitarrista se incorporó y se giró automáticamente hacia el cesto de las manzanas. Ulrich pensaba que su víctima estaba jugando a la ruleta rusa sin saberlo, y se acentuó su emoción y el temblor casi sexual de sus piernas. Tuvo suerte, y el autómatas cogió la manzana prohibida y le dio tres mordiscos. No debió de saberle del todo bien, pues puso cara de desagrado, y volvió con la guitarra.

El autómatas estaba a punto de concluir una vez más su abominable versión de *Leyenda* cuando su cara empezó a cambiar. Era la cara del dolor inesperado, era la cara de la muerte. De pronto el autómatas renunció a su condición, se incorporó entre convulsiones y se palpó crispadamente el vientre. La gente pensó que era parte del espectáculo y empezó a reírse a carcajadas. Ulrich también. Le hacía gracia la brusca metamorfosis del asesino de Albéniz, y más cuando el autómatas empezó a gritar y echó a correr por la alameda, empujando a la gente y derribando a más de una criatura, hasta que la policía consiguió detenerlo.

Un agente le preguntó:

—¿Qué le ocurre?

En lugar de contestar, el hombre de bronce cayó al suelo y empezó a echar espuma por la boca. Fue el momento en el que miró fijamente a Ulrich como si mirara al portero del infierno. Por alguna razón, clara u oscura, creyó ver en Ulrich al causante de su mal. Quizá entre la confusión del momento en el que Ulrich dejó la manzana envenenada en el cesto, entre los corros de gente y la agitación de la policía y las explicaciones del ciclista que había estado a punto de cometer el atropello, quizá en ese momento el autómatas de bronce había visto algún movimiento extraño en Ulrich, de cuyo significado solo ahora se daba cuenta, cuando ya la boca le ardía y le ardía la cabeza y sus ojos parecían estar saliéndose de sus órbitas. El autómatas intentó señalarlo con el dedo, indicar con el dedo que el culpable de su estado se hallaba entre la gente, mirándole con fijeza y con cierta sonrisa en la boca, pero ni le respondía la conciencia ni le respondían las manos, que más que temblar se

cimbreadan alocadamente, confundiendo a la policía y emborronando el mensaje que pretendían transmitir. Cuando llegó la ambulancia, intentaron reanimarlo pero fue inútil, y diez minutos después yacía sobre la camilla, convertido definitivamente en una estatua. Ha conquistado el destino que buscaba, pensó Ulrich. Ahora es una estatua de verdad, si bien de materia corruptible. Descanse en paz, dijo para sus adentros. Para él había sido un acto de justicia poética.

Con el ánimo más tranquilo, abandonó el parque y se dirigió al barrio donde vivía la nena de la bicicleta. Mientras se aproximaba a su destino, fantaseaba sexualmente con la chica. Ah, qué novela iba a vivir con ella, pensó mientras apretaba el acelerador.

Oculto en el coche aparcado en una esquina de la calle, Ulrich esperó más de tres horas, hasta que vio a la chica de la bicicleta salir de su casa. Luego tomó la dirección de Grunewald y decidió seguirla.

Ágata llevaba más de media hora cruzando las arboledas cuando se dio cuenta de que un automóvil la iba siguiendo. Creyó reconocer al sujeto que iba en el coche: un individuo de ojos extraviados con el que se había cruzado más de una vez. Lejos de asustarse, asumió la situación como un reto y empezó a acelerar por un sendero liso que conocía bien y que conducía a un mirador que daba al río.

Para ella fue como entrar en otra dimensión. Según se acercaba al Havel aceleraba más y más. Se sentía fuerte, se sentía ágil y sus pulmones acogían el aire con satisfacción.

El tiempo comenzó a adensarse en su mente y en su corazón. El coche que la seguía también aceleró. Era lo que ella quería. Necesitaba que el hombre perdiese el control y que sus ojos solo mirasen el culo oscilante que danzaba sobre el sillín.

Ulrich hundió más el pie en el acelerador. Solo veía los glúteos de la chica. Anhelaba tenerlos cada vez más cerca pero no deseaba atropellarla. Y de pronto la chica torció vertiginosamente hacia la derecha y frenó. Ulrich ya no pudo detenerse y su vehículo rompió la valla de madera del mirador y siguió adelante.

Con los ojos inmensamente abiertos, Ulrich vio cómo su coche volaba unos instantes y luego chocaba contra la panza de río y se iba hundiendo muy despacio. Paralizado por el terror, no reaccionó hasta que el automóvil tocó fondo. Lo rodeaba la oscuridad, lo rodeaba la muerte y no acertaba a creérselo. Recordó que en situaciones como la suya era aconsejable abrir una de las ventanillas y dejar que el agua inundase el coche. Intentó no perder los nervios y abrió la ventanilla izquierda. El agua colmó el vehículo enseguida e intentó salir, pero no podía porque se lo impedía la misma corriente. Sus pulmones estaban a punto de estallar cuando consiguió agarrarse al marco de la ventanilla, sacar la cabeza y después el resto del cuerpo. Ya fuera del coche, inició el ascenso. Acogió la primera bocanada de aire con la desesperación de un recién nacido. Nadó pesadamente hasta la orilla y cuando al

fin sus manos consiguieron agarrarse a la valla rota, vio que la chica de la bicicleta emprendía la fuga por el sendero dando un aullido salvaje que al mismo tiempo parecía un grito de victoria.

París

Yaquío y Vera ya llevaban algunos días en París, tras haber recorrido buena parte de Alemania en coche y haber cruzado dos fronteras sin la más mínima dificultad, y se habían refugiado en un hotel de Le Marais, no lejos de la plaza des Vosges.

Las primeras horas en París fueron las peores. No estaban seguros de que no les hubiesen seguido, y se sentían evolucionando ciegamente en una ciudad en la que todas las sombras eran amenazas. Pero pasaron esa fase y entraron en el estadio del silencio y la contemplación. Solos en el cuarto, se observaban como dos enamorados profundos. Ambos sentían que ahora se trataba de una mirada que penetraba la máscara y llegaba al centro de la mente.

Los dos se sabían asesinos, y eso proyectaba una luz especial sobre su propia conciencia y la del otro. Podían mirarse a fondo mientras pensaban en lo que les había ocurrido. Todo parecía relativamente transparente salvo las intervenciones de Ágata. Una madrugada, se hallaban los dos fumando en la cama cuando Yaquío dijo:

—Me da miedo tu sobrina. Es como si poseyera el don de la ubicuidad. Juraría que recorre en bicicleta todas las calles de Berlín.

—Yo también lo juraría. Mi sobrina padece una locura muy especial. En nuestra familia cada una tiene su perversión.

—¿Y cuál es la tuya?

—La tendrás que descubrir.

—¿Por dónde empiezo?

—Déjate guiar por la intuición.

Yaquío le hizo caso, permaneció unos instantes inmóvil y dirigió la mirada hacia un lugar de su cuerpo que Vera no esperaba y que la dejó muy desconcertada.

Esa noche se adentraron en lugares de sí mismos que no conocían, y salieron de la experiencia algo desorientados.

Yaquío seguía suplantando a Yuri Petrovic: llevaba el pelo rasurado como él, vestía como él ropas ajadas que le sentaban bastante bien y que le ayudaban a superar el vicio de comprar ropa continuamente, llevaba un gorro de lana como él, fumaba como él puritos holandeses, y escribía con pluma estilográfica como él. Había asumido que en buena medida era Yuri y pensaba que cuanto más aceptara su nuevo papel más fácil le iba a resultar conservar el pellejo. Al mismo tiempo, se sentía cada vez más unido a Vera y una tarde se sorprendieron a sí mismos haciendo el amor como dos fieras. Lo necesitaban después de tanta danza en las tinieblas, y para los dos fue una ceremonia muy confusa en la que se dieron cuenta de lo mucho que podían influir los hechos de la vida en la forma de abordarse en la cama.

Se notaban más violentos, consigo mismos y con el otro. Se conocían más que antes y a la vez se desconocían también más. Sus vidas podían resultar tan confusas, que albergar cierta desconfianza era casi obligado. ¿Por qué iban a fiarse el uno del otro? Los dos se habían manchado de sangre; los dos, por diferentes razones, habían

llegado todo lo lejos que se podía llegar en una sola noche. Y ahora que estaban el uno frente al otro, ella en bragas y fumando un porro y él con un albornoz negro, ¿debían besarse y morderse, o debían echar a correr? Las dos opciones podían estar igual de justificadas. Y quizá por eso los primeros besos parecían gobernados por dos fuerzas opuestas, la de la atracción y la repulsión, que hacía que parecieran besos más bien rabiosos y dados como con desprecio.

Pero enseguida el mismo contacto físico dio paso a la ternura, que sin embargo no duró mucho pues fue sustituida por una fiereza medio bastarda, medio insensata, que parecía propiciada por los dos, hasta que Vera se quitó las bragas y dijo:

—Follemos como aquella vez en el hotel Alma. Quiero volver por un instante a un tiempo anterior a toda esta pesadilla.

Yaquío, que se hallaba bastante ebrio, le hizo caso. Era como vaciarse en las entrañas de una mujer que era a la vez un pez y un demonio, y que le mostraba su cuerpo abierto, sabiendo que aún puede quedar el amor cuando ya se han agotado todas las formas de redención.

Muy de madrugada, se hallaban fumando en la cama cuando Vera dijo:

—No puedo olvidarme de mi sobrina, no puedo.

—A mí me pasa lo mismo. No logro entender qué hacía allí, siguiéndonos hasta el lago.

—¿Y crees que yo lo entiendo? A veces pienso que nos salvó la vida.

—Y yo. Klaus empezaba a tenernos a tiro cuando de pronto tu sobrina apareció e hizo de barrera.

—¿Crees que nos vio arrojar el cuerpo al agua?

—Juraría que no. Recuerdo perfectamente que dejé de seguirnos justo cuando nos adentramos en la arboleda.

—Dios te oiga.

Desde hacía días Amadeus pensaba continuamente en su hermano Josef. ¿Habría huido de mí?, se preguntaba. Sus relaciones nunca habían sido del todo buenas, pero en los últimos tiempos su fraternidad se había intensificado y se llevaban mejor que nunca. Pensó que no era la primera vez que Josef se ausentaba con alguna mujer sin decir nada, pero nunca permanecía desaparecido más de una semana. En esas cavilaciones se hallaba cuando Oskar entró precipitadamente en su despacho y vomitó:

—Tengo que darte una mala noticia.

—Adelante —dijo Amadeus preocupado.

—Puede que el español siga vivo.

—Eso no es posible.

—Ojalá tengas razón. Verás, acabo de hablar con Kazenic, el nuevo capo de la familia serbia que está dispuesto a rendirte vasallaje...

—¿Y?

—Y hace meses se les fugó un soldado llamado Yuri Petrovic con más droga de la que le cabía en las maletas.

—Sí. Algo oí de eso.

—Resulta que el sábado de la semana pasada creyeron localizar la guarida de Yuri, gracias a la información de un policía del barrio del lago Nicolás... El domingo por la noche creyeron verlo acercarse al lago en un coche. Luego observaron cómo el hombre que parecía Yuri arrojaba un cadáver al lago, ayudado por la mujer que le acompañaba, y comprobaron que más tarde se alejaban del lago. Decidieron seguirlos... Durante toda la noche los persiguieron hasta París y hasta el hotel donde se alojaron. En París se dieron cuenta de que el hombre que les parecía Yuri Petrovic era otro, otro al que habían visto alguna vez contigo: el español.

Amadeus empezó a sudar de ansiedad.

—¿Sabemos en qué hotel de París se hospeda?

—Sí.

—¿Grolman continúa en París?

Oskar volvió a asentir.

—Llámalo y que averigüe si los serbios tienen razón o no. ¿Han examinado el cadáver del lago?

—Sí, los serbios lo han hecho esta misma mañana.

—¿Y qué piensan?

—Ellos creen que se trata del cadáver de Yuri Petrovic.

—Entonces el asunto parece cada vez más claro. ¡Llama a Grolman de una maldita vez y no me desesperes!

Oskar se arrojó al teléfono mientras Amadeus encendía nerviosamente un puro.

Grolman recibió la llamada y la información y anduvo dos días vigilando el hotel de Le Marais. Estaba cada vez más seguro de que el hombre de pelo rasurado y gorro de lana negro era el español. Una tarde lo vio salir del hotel junto a la mujer rubia, y los siguió hasta un bar de la rue des Guillemites.

Grolman consiguió deslizarse sin ser visto hasta una mesa separada de la de Yaquío y su acompañante por un biombo. El español había cambiado de aspecto, pero su voz y su acento seguían siendo los mismos, como pudo comprobar, y salió a la calle para llamar por teléfono. Amadeus se hallaba en su despacho aguantando el ardor de estómago cuando cogió el aparato.

—Los serbios tienen razón: el español sigue vivo —sentenció Grolman.

—¡Entonces fulmínalo!

—Ni lo sueñes. Eso es trabajo de un profesional. Además no voy armado.

—De acuerdo, buscaré a alguien más adecuado. No lo pierdas de vista. — Amadeus colgó ciego de rabia y añadió—: Ahora habrá que ocuparse de Klaus.

Agua

Ulrich se sentía tan apesadumbrado como cuando murió su madre. Su automóvil seguía hundido en el Havel, pero se negaba a rescatarlo pues no deseaba tratos con la policía y tampoco quería que lo tomaran por un perturbado.

Ahora pensaba que sus últimas locuras se debían a que había abandonado sus relaciones con Dios desde el día mismo en que dejó la clínica psiquiátrica. Su madre ya le había dicho en más de una ocasión: «Si tuvieses más trato con Dios tu cabeza estaría más asentada en sí misma, y huirían de tu mente las ideas malignas y los deseos impuros».

Solo en su casa, se arrodilló ante el Cristo que le había regalado su progenitora y lloró copiosamente. Desde alguna región de su cerebro volvió a escuchar la voz de Margalida: «¿Te parece bien haber envenenado a aquel pobre guitarrista del Tiergarten? ¿Te parece correcto haber intentado raptar a la chica de la bicicleta? ¿Es así como vas a conducir tu triste vida?».

Decidió que tenía que confesarse y buscó una iglesia católica alejada de su barrio. Halló una en Spandau y se arrodilló ante un confesionario tras cuyas celosías se intuía la presencia de un sacerdote. Con voz temblorosa Ulrich empezó a decir:

—He pecado terriblemente, padre. No sabe usted hasta qué punto me he abismado en el mal.

—No será para tanto, hijo... Tranquilízate y dime cuanto me tengas que decir.

—Verá..., en los últimos tiempos he deseado con ardor matar a varias personas y violar a una adolescente...

—Si solo lo has deseado, la cosa tiene remedio, hijo... —murmuró el sacerdote.

—No siempre los deseos han quedado sepultados en mi mente, padre, no siempre...

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que antes de ayer acabé con un pobre insensato.

—¿Y por qué?

—Porque tocaba muy mal *Leyenda* de Isaac Albéniz.

—¿Cómo dices?

—Me explicaré: soy amante de toda la música de Albéniz. Heredé de mi madre ese bendito placer. ¿Le gusta a usted la música española?

—No, pero concretemos. ¿Es verdad que te has manchado de sangre?

—Es verdad. Se lo juro por Dios.

—¿Y pretendes que te dé la absolución?

—No he venido a otra cosa.

—Me estás tomando el pelo. ¡No creo nada de lo que estás diciendo! —rugió el sacerdote.

—No me levante la voz, se lo suplico, y límitese a cumplir con su función. O me da la absolución o vamos a acabar muy mal usted y yo. No me ha gustado lo que ha

dicho de la música española... ¡Es usted más irredimible que yo!

—Vete de aquí y déjame en paz. ¡No estoy para atender a almas descabelladas! —gritó el cura con asco y rabia.

Ulrich se incorporó, abrió la puerta del confesionario, se abalanzó sobre el sacerdote, atenazó su cuello con sus poderosas manos y lo estranguló con precisión fulminante mientras vomitaba palabras insensatas.

No había nadie en la iglesia y Ulrich abandonó la nave con el ánimo encogido y la cabeza ardiendo.

Oskar y otro hombre se trasladaron a Spandau y hallaron a Klaus saliendo de una cervecería. Le obligaron a subir al coche y lo llevaron al despacho de la Kurfürstendamm. En cuanto lo tuvo delante, Amadeus le dijo:

—En el lago Nicolás flotaba un hombre hace algún tiempo. Salió en los periódicos. ¿Lo mataste tú?

Klaus prefirió decir la verdad a medias.

—No. Lo encontré allí. Me pareció Yaquío. Con toda evidencia llevaba su ropa.

—¿Y quién lo dejó allí?

—Un hombre y una mujer —contestó Klaus con temor, y pensando que no le iban a creer.

—De modo que un hombre y una mujer... —murmuró Amadeus—. ¿Y crees que no lo sabemos?

Oskar le pegó un puñetazo. Klaus empezó a sangrar por la nariz y le pasaron pañuelos de papel. Amadeus musitó:

—Un hombre y una mujer, cierto, pero resulta que el hombre era el español disfrazado de serbio. ¿A que no sabías eso?

Klaus negó desconcertado. Amadeus estuvo a punto de perforarle la sien, pero se contuvo.

—¿Qué estúpida mentira nos has contado, Klaus? Piénsalo dos veces. Resulta que vas paseando por las orillas del lago Nicolás, acobardado y angustiado porque no has conseguido fulminar al español, y, de pronto, el destino te pone en bandeja lo que más buscabas, de la mano de un tipo y una tipa. ¿Y no te has preguntado si te tendieron una trampa?

Con tozudez germana, Klaus insistió:

—Vi a un hombre y a una mujer arrojar el cadáver en el lago. Los vi con mis propios ojos. Luego examiné el cadáver. Llevaba el mismo traje que el español, y en el agua flotaba su sombrero.

Amadeus y Oskar asintieron con la cabeza. Amadeus dijo:

—¡Cómo puedes ser tan idiota! Y lo más grave de los idiotas es que pueden contagiar su idiotez, y tú nos la has contagiado.

—Lo siento —dijo Klaus con voz gimiente.

Amadeus empezó a zarandearlo mientras gritaba:

—Por tu culpa estoy en un infierno, camarada. Si hubieses dicho la verdad desde el principio ya habríamos fulminado al español hace una eternidad. ¿Sigues mi razonamiento?

—Sí.

—¿Qué vamos a hacer ahora contigo?

—Dejadme volver con mi mujer y mi hijo. Yo no os voy a traicionar, lo sabéis bien.

—No nos vas a traicionar, pero resulta que ya nos has mentido, por lo menos una vez. Y toda mentira, camarada, es una traición a la verdad. Claro que nos puedes traicionar. Interiormente ya lo estás haciendo. No tienes redención.

—Mentí porque estaba desesperado —se excusó Klaus—. Había fallado una vez con Yaquío, algo que no me había pasado nunca. Pero uno va perdiendo facultades.

—No hace falta que lo jures.

De pronto Amadeus tuvo una intuición, miró ferozmente a Klaus y gritó:

—¿Sabes algo de Josef?

—No, de verdad, no sé nada de él.

—Tiemblas de manera extraña, Klaus. Dime la verdad o acribillo hoy mismo a tu mujer y a tu hijo. ¿Dónde está Josef?

—Verás, en realidad se lo cargó el español, que utilizó uno de sus trucos, uno de sus malditos trucos. Ya lo conocéis, es más péfido que el diablo. Mientras se dirigían a Charlottenburg, el español se debió de apoderar de la pistola de Josef y le obligó a salir del coche vestido como él. Yo confundí a Josef con el español y disparé —respondió Klaus, pensando que solo con la verdad podría poner a salvo a su mujer y a su hijo.

Amadeus miró a Klaus como si no se lo pudiera creer. Lo atenazó de nuevo contra la pared y farfulló:

—¿Dónde dejaste su cadáver?

—En una casa junto al lago.

Inmediatamente se fueron con él hasta la casa. Nada más entrar en el jardín sintieron un olor insoportable. Abrieron la puerta del garaje y vieron el cadáver de Josef, encogido y descompuesto.

Amadeus le hizo un gesto de complicidad a Oskar. Ayudado por dos hombres, metieron a Klaus en un automóvil negro. Delante iba Oskar conduciendo, y detrás Klaus flanqueado por los dos pistoleros.

—¿Adónde queréis llevarme?

Oskar contestó con dos versos de una canción berlinesa:

—*A orillas del Havel, mi amor, / le dije adiós a Berlín.*

Se detuvieron a orillas del río, cerca del bosque de Spandau y de las antiguas alambradas fronterizas, lo sacaron del coche a empujones y a empujones lo condujeron por una pequeña pradera que iba a morir a un barranco que daba al río.

Parecía un lugar bendito de la Alemania profunda, rodeado de robles y castaños y limitado a un lado por el río, en esa época muy caudaloso.

—¿Qué me vais a hacer? Al río no, por Dios.

Oskar sabía que Klaus tenía fobia a las masas de agua, una fobia que lo desarticulaba por dentro. El agua solo la soportaba en la ducha y una de sus pesadillas más reiteradas era que moría ahogado. Oskar tenía memoria, y recordaba que Klaus le había dicho eso en el transcurso de una cena en el Diner, bien regada con vino de Borgoña.

Al verse en el límite del barranco Klaus empezó a temblar y hasta se descontrolaron sus esfínteres como un animal aterrado. Uno de los pistoleros lo empujó y Klaus cayó al agua dando un grito.

Lo vieron agitarse en mitad de la corriente, hasta que quedó bloqueado en una especie de presa, entre una roca y el tronco de un árbol abatido, y comenzó la pesadilla ondulante que los mantuvo pendientes del cuerpo un buen rato. Allí la corriente lo empujaba con más fuerza, pero los dientes de piedra de la presa no lo dejaban pasar, y el cuerpo oscilaba como un péndulo, desde el árbol abatido a la roca negra, haciendo y rehaciendo siempre el mismo movimiento hipnótico. A veces la corriente parecía elevarlo un instante por encima de la roca, pero no lo suficiente para que el cuerpo se precipitara por el declive de la presa a la par que el agua, volviendo al mismo remolino que antes y reiniciando su danza entre la piedra y el árbol.

David había acudido a una tienda de animales, regentada por su tía paterna, porque el gato tenía clavada una espina en una pata delantera. Todos estaban preocupados en la familia: Klaus llevaba dos días y dos noches sin aparecer. No era la primera vez que ocurría, pero en esta ocasión Klaus no parecía dueño de sí mismo, y podía ocurrirle cualquier cosa.

Aunque no solo su padre estaba raro, también su madre parecía estar desde hacía días en otra parte, ausente, flotante y a la vez angustiada, como si albergase un secreto que no podía comunicar y que la partía por dentro.

En la tienda de animales, David estuvo hablando de Klaus con su tía, embarazada de seis meses, mientras un empleado le quitaba la espina al gato. Hacia las doce del mediodía, David salió de la tienda con el animal, que al olfatear la calle debió de oler a hembra porque de pronto saltó de sus brazos, cruzó a toda velocidad la calzada y se perdió en el bosque.

David lo estuvo buscando hasta que empezó a oscurecer y tuvo que regresar a casa solo y desesperado. Nada más cruzar el vestíbulo, oyó los sollozos de su madre en la cocina. Fue entonces cuando se enteró de que habían encontrado a su padre flotando en el Havel.

Súbitamente, todo el mundo de David se oscureció. Desaparecía el gato, desaparecía su padre, ¿desaparecería también su madre? El pánico existencial acentuó

su timidez y lo achicó de repente. Fue como una hiriente regresión a la primera infancia y esa noche se orinó en la cama. Ya de madrugada le sobrevino un ataque de epilepsia como el que había tenido dos años atrás, cuando un maestro enloquecido lo tuvo encerrado en un cuarto oscuro más de una hora.

Ese día no fue al colegio y no quería apartarse de su madre ni un solo instante, como si la considerase el único pilar que sustentaba el mundo, ya que no la única realidad.

Vicki Bauhaus aún no había llegado a casa y todo indicaba que iba a pasar toda la noche fuera, como acostumbraba a hacer una o dos veces por semana, de modo que Ágata se preparó para una sesión de autorretratos explícitos, como los llamaba ella.

Lo primero que hizo fue servirse una copa de vino blanco. Luego estuvo probándose la ropa interior de su madre. Las bragas y los sostenes eran tan mínimos que le quedaban perfectamente.

Acababa de probarse unas braguitas moradas que su madre solía ponerse, o más bien quitarse, y se gustó tanto que empezó a hacerse fotos con la Polaroid que le había regalado su padre seis años atrás. Utilizando su agilidad y capacidad para contorsionarse, se hizo fotos de frente, de espaldas, enfocando el culo, el sexo, las piernas, pero nunca la cara ni el pelo. En las fotos quería ser la mujer sin cara que ofrece su cuerpo al mundo, y ya tenía pensada una sencilla estrategia para convertirse en el cuerpo más famoso de Berlín, dejando muy atrás a su madre.

Ya eran las dos de la mañana cuando Ágata se hizo una última foto, más obscena que las anteriores. Recogió sus cosas y se metió en la cama pensando en el hombre que la había seguido por Grunewald y al que había estado a punto de matar.

Ulrich y Vicki

Tras el asesinato en la iglesia, Ulrich se sintió profundamente derrotado y pensó que ya solo quedaba para él una opción: abismarse cada vez más y consumir todos sus deseos, hasta conquistar todos los ángulos de su propia oscuridad. De la obsesión por la hija, Ulrich pasó a la obsesión por la madre. Quizá si conseguía seducir a la madre tendría muchas oportunidades de acceder a la hija sin necesidad de correr los riesgos que estaba corriendo, y esa noche asistió a la sesión de *striptease*, que le dejó gratamente impresionado. El culo de Vicki se grabó en su cabeza como la efigie del káiser en una de aquellas monedas de plata que tenía su padre, y consiguió deslizarse hasta su camerino, en el que entró empujando la puerta como un bárbaro para acto seguido quedarse mirándola inmóvil. Vicki se estaba poniendo las medias y se fijó en sus bragas negras y mínimas, bien asidas a sus labios vaginales. Sin dejar de hacer lo que estaba haciendo, Vicki elevó filosóficamente la mirada e hizo un análisis del sujeto que tenía delante. Le pareció un ser rudo y salvaje: uno de esos hombres que han reprimido su deseo hasta límites asfixiantes y que quisieran follar como caballos salvajes en el país de los mongoles. De pronto sintió ganas de desparramarse bajo las sábanas con un sujeto así y le dijo:

—¿A qué has venido?

—A comprobar que existes, a constatar que Vicki Bauhaus es una mujer de carne y hueso.

Vicki esbozó una sonrisa sardónica y, en parte porque estaba borracha y en parte porque empezaba a no controlar lo más elemental, murmuró:

—¿Nos vamos a mi casa?

No tardaron en subir a un taxi que en menos de media hora los dejó en aquella calle junto al lago que Ulrich conocía bien. Ni siquiera esperaron a llegar al dormitorio y empezaron a besarse en el pasillo, y en el pasillo Vicki le estuvo haciendo una felación. Luego lo arrastró hasta su habitación y se recostó bajo él, dejándose penetrar. Ulrich no entendía lo que le estaba pasando. Hasta entonces se había sentido inseguro con las mujeres maduras como Vicki, pero con la reina de la noche era diferente, y todo transcurría como la seda, y se estaba excitando como pocas veces en su vida. La emoción estalló en forma de orgasmo cuando sintió que Vicki se estaba corriendo y abría convulsivamente las piernas para sentirse inundada por los flujos seminales de Ulrich, que eyaculó dando un grito justo cuando se oía el ruido de la puerta.

—Debe de ser mi hija —dijo Vicki, poco antes de quedarse dormida.

Vicki ya estaba roncando cuando Ulrich se deslizó por el pasillo, abrió quedamente la puerta del cuarto del fondo y vio a Ágata tendida en la cama, con la ventana abierta. Parecía profundamente dormida y se hallaba de espaldas, mostrando su culito, ornado con unas braguitas mínimas de color morado que resplandecían a la luz del alumbrado callejero.

Se acercó y ya estaba a punto de tocarla cuando creyó oír ruidos tras él y se dio la vuelta. En el umbral de la puerta se hallaba Vicki, que le hacía un gesto con la mano para que se acercara. Ante Vicki se sentía sin voluntad y le hizo caso. Cuando lo tuvo junto a ella, Vicki cerró la puerta del cuarto de su hija y arrastró a Ulrich por el pasillo hasta su dormitorio, donde empezó a golpearlo con una tralla mientras escupía:

—¿De modo que no te basta conmigo y quieres también a mi hija, una pobre niña de trece años? ¿De modo que eres un perverso? ¿De modo que eres un hijo de perra? ¿De modo que quieres que te mate?

Y mientras gritaba estrellaba con violencia la tralla en la espalda desnuda de Ulrich, que juntaba las manos y con lágrimas en los ojos murmuraba:

—¡Pégame más, mamá!

Vicki percibió que se hallaba ante un loco que vivía en otra dimensión. Dejó de golpearlo, le señaló la puerta y lo arrojó de su casa gritando:

—Si vuelves a acercarte a nosotras te parto en dos.

Ulrich se fue a casa desconcertado, como si hubiese visto a Dios. Iba brincando y saltando por la orilla del río y solo le espantaba una cosa: la posibilidad de que Vicki ya no aceptara volver a verlo, la posibilidad de que ya nunca más volviese a experimentar la autoridad de su voz, la autoridad de su culo, y se extinguiese en él la esperanza de acariciar alguna vez el cuerpo de su hija.

La nieve cae sobre el cementerio de Spandau, sobre sus cruces grises y barrocas, sobre sus losas de mármol negro, blanco, rosado, y sobre el reducido grupo de personas que rodean al sacerdote. Por todo Spandau ha empezado a correr el rumor de que Klaus era un sicario, y que le habían dado su merecido. Gente que se disponía a acudir a su entierro se lo había pensado dos veces. Hasta el cura encargado de presidir la ceremonia se lo había pensado. ¿Los sicarios tenían derecho a dormir el sueño eterno junto a los otros fieles? Una pregunta de muy alto nivel que quizá solo podía responder el Papa.

Rodean al féretro la desconsolada viuda, que va vestida de negro, y su desconsolado hijo, que va vestido de gris y negro. A su lado meditan en el destino y la muerte (que a todos nos espera) la también desconsolada hermana del difunto, en estado de buena esperanza, y el cuñado del finado y esposo de su hermana, un hombre escuálido y moreno de ojos lívidos. Junto a ellos lloriquea también Rosamunde, a la que miran como si la quisieran expulsar del círculo. Todos saben que se trata de la amante de Klaus. Ya les habían dicho que era bastante agraciada, de cara pétrea y nalgas pétreas y buen corazón. Una bella estampa de la Alemania profunda que sin embargo les resulta odiosa. Para Anna es un infierno duplicado. Tiene que lamentar la muerte de su marido y a la vez tiene que soportar a su amante lloriqueando, con sus grandes nalgas y sus grandes tetas. Y para colmo es la que más

llora. Y es un llanto que parece surgir de lo más profundo de su estómago, o tal vez desde su sexo. Un llanto que nace en su sexo y que va ascendiendo como un río hacia arriba hasta reventar en sus ojos. Anna solloza y le pide a Cristo que aparte de ella aquel cáliz rebosante de carne y de cerveza, y en cuya boca aplastada Klaus debió de verter su licor seminal, de sabor a aguardiente y a tristeza. Siente que su cabeza está a punto de estallar mientras el sacerdote, que parece un cuervo tembloroso y enajenado, murmura entre dientes:

—Dale, Señor, el descanso eterno y extingue con tu fuego todos sus pecados.

Concluida la ceremonia, Rosamunde continúa gimoteando tercamente junto a la lápida recién colocada, ante la indignación de todos los presentes, que la dejan sola con el muerto.

—Dios mío —dice Anna cuando ya se van—, Klaus no ha tenido un entierro digno, no lo ha tenido. Esa zorra lo ha estropeado todo.

Desde una arboleda próxima, Oskar estuvo observando el entierro y se quedó cautivado por la mujer sollozante, de buena figura, por lo menos a distancia, y una melena más rubia que el champán.

Más tarde la siguió hasta el bar Prince Albert, y hacia el mediodía se fue a ver a Amadeus a su despacho.

Amadeus llevaba unos días deprimido y le preguntó a Oskar:

—¿Tú qué piensas de la muerte?

—Tenemos prohibida esa pregunta.

—Ya lo sé, pero estamos en *petit comité*.

—Tú sabes bien, Amadeus, que para nosotros la muerte es un asunto muy abstracto. La sobrevolamos como aquellos personajes que hablaban de la pequeñez humana desde lo más alto de la noria del Prater de Viena.

—Un asunto muy abstracto, sí, porque se trata de otros, pero ¿y si un día nos toca a nosotros?

—No desaparecerá la abstracción. Nadamos en aguas profundas, Amadeus, hacemos y deshacemos para que el Estado engorde y nosotros con él. La vida y la muerte tienen para nosotros el mismo significado que el que puede tener para la naturaleza. Piensa en la estepa rusa. ¿Qué pueden importar veinte vidas y veinte muertes en tan inmensa extensión? ¿Qué pueden importarle a la misma estepa esas vidas y esas muertes? Cero. Las devoró el invierno, a ellas y a muchas más... Ja, ja. ¿Te acuerdas de cuando Assenbach nos hablaba así en aquel curso de verano en Dresde?

—Menudo sinvergüenza. Ya me lo dijo una vez: yo solo pienso de manera abstracta. Las imágenes no me sirven, ni las caras.

—¡Qué bueno!

—A propósito de Assenbach, ¿cómo sigue?

—Bien, pero empiezo a hartarme, Oskar. Habría que ir a por él, ya te lo he dicho más de una vez.

—No levantes la voz cuando tratas asuntos tan serios. Antes habría que ir a por el español. Verás, Amadeus, creo que he encontrado a la persona más adecuada para ocuparse de Yaquío Belmonte.

—¿Quién?

—Una mujer cuyo pasado he andado investigando y que solía ir con Klaus al Club de Tiro de Spandau. Se conocieron allí, probando pistolas. Al parecer su puntería es bastante excepcional. Ahora trabaja de camarera en un bar de Grunewald. Entiéndeme, no conviene contratar a nadie de la organización. Luego todos hablan y este asunto tiene algo de privado.

—Tienes toda la razón. Vayamos a ver a esa mujer.

Salieron inmediatamente hacia Grunewald y encontraron a Rosamunde en la coctelería sin clientes y sentada a una de las mesas. Mientras miraba las arboledas lloraba y se dejaba llevar por la tristeza.

Amadeus fue el primero en hablar:

—Buenos días, Rosamunde.

—¿Me conocen?

—Conocíamos a Klaus. ¿Le duele su muerte?

—Infinitamente.

—A nosotros también.

—¿Quiénes son ustedes?

—Gente de bien.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Mera intuición.

—No confíe siempre en su intuición. Adorábamos a Klaus. ¿Sabe usted a qué se dedicaba en realidad?

—Creo saberlo.

—¿Y qué le parece?

—Me parece muy deprimente.

—Ahí quería verla llegar. Klaus fue siempre un patriota verdadero, hasta en su discreción, y trabajó siempre para la causa con una limpieza y una seriedad del todo ejemplares —le dijo Amadeus, intentando hacerla creer que era miembro de la policía—. Klaus era sencillamente el mejor. Y nunca acabó con nadie que no se lo mereciera y que no estuviera traicionando los intereses de Alemania, eso se lo puedo asegurar.

—¿Quién lo ha matado?

—Hemos hecho nuestras propias averiguaciones y todo indica que lo ha matado un individuo al que perseguía por orden nuestra y que obedece al nombre de Yaquío Belmonte.

—¿Y lo perseguía para matarlo?

—No, de momento solo le pedíamos que lo tuviese localizado. No sabíamos, aunque lo sospechábamos, que Belmonte era un enfermo. Klaus lo sorprendió torturando a dos mujeres, y entonces Belmonte disparó contra él y más tarde lo arrojó al Havel. Y lo más grave es que Belmonte sigue vivo. Usted podría encargarse de él. Sabemos que le gustaría tener su propio negocio. Le pagaremos como se merece, y entonces podrá usted pensar en abrir su propio bar o comprar este mismo en el que trabaja.

Amadeus la miró con fijeza y supo que iba a ser ella, precisamente ella, el instrumento de su venganza y la que se iba a encargar de dar caza al hombre que más odiaba en ese momento.

No lejos de allí, Ágata se hallaba recorriendo las arboledas de Grunewald cuando descubrió a un gato blanco sobre la fina capa de nieve.

—Ven aquí, Rasputín —le dijo, pensando que el gato ya tenía nombre.

El gato se acercó con cara y maullidos de estar buscando mayordomo y Ágata lo depositó en la cesta de la bici tras decirle:

—Estoy a su servicio, mi señor. ¿Desea que lo lleve al Palacio de Invierno?

Rasputín asintió con un maullido muy impertinente. Ágata notó que estaba hambriento y le pasó una de las salchichas de su bocadillo. El gato la devoró de inmediato y pidió más.

Mientras alimentaba al gato, a Ágata le dio la impresión de que la estaban vigilando. ¿Sería el mismo hombre que la había seguido por las arboledas de Grunewald?, se preguntó mientras le daba al gato la última salchicha.

Amores diferentes

Al día siguiente, Amadeus acudió al Prince Albert cuando ya no había clientes, se sentó frente a Rosamunde, cogió sus manos, miró sus ojos y empezó a decir:

—Olvida para siempre a la mujer que fuiste, prénsala en tu mente como prensan los coches viejos en los cementerios de automóviles, haz con ella un paquete y títalo a la basura. Ahora eres una Rosamunde más fulminante y decidida, y vas a hacer muy bien tu trabajo.

—No te quepa de eso la menor duda.

—Trasládate inmediatamente a París y tómate tu tiempo. No habrá límites de ninguna clase hasta que no cacemos al asesino de Klaus. Y si tienes que estar un año en París da igual... Lo más importante es no perderlo nunca de vista. Conoces la dirección de su hotel y sabes lo que tienes que hacer. Te deseo mucha suerte. Cuando llegues de París ya te habremos comprado este bar, y serás la dueña y señora de esta preciosidad. ¿Has cazado alguna vez?

—Sí.

—Entonces no hará falta que te diga que te tienes que meter a la vez en la piel del cazador y la de la presa.

Rosamunde se abalanzó prácticamente sobre él.

—Gracias, Amadeus. Es como empezar una nueva vida. Te juro por mi nombre que acabaré con él, y si viviésemos en otros tiempos te entregaría su cabeza, como Herodes le entregó a Salomé la cabeza de Juan Bautista. Te traería la cabeza de ese sinvergüenza en una bandeja de plata.

Amadeus se quedó paralizado. No esperaba una reacción tan ardiente y por primera vez la miró con deseo. Rosamunde desabotonó la portañuela de su pantalón y comenzó a acariciar su miembro palpitante. Afuera la nieve se desplazaba entre los árboles como un ejército de fantasmas blancos y el neón de la insignia parpadeaba, iluminando a intervalos regulares los senos implacables de Rosamunde.

Tras hacer el amor, continuaron un rato charlando en la cama, mientras observaban la lámpara de Lalique que pendía del techo como la luz de la razón.

—¿Crees que aún nos están siguiendo?

—Juraría que no, pero no me siento del todo seguro en París.

—Yo tampoco.

—¿Y si nos fuésemos a pasar una temporada a Normandía?

—¿Cómo estamos de fondos?

—No te preocupes. Mientras estuve en Ginebra fui engordando una cuenta secreta para poder cubrirme las espaldas en momentos como este.

Vera se tendió sobre él, besó su boca y dijo:

—Cuanto más te miro, más segura estoy de que eres la encarnación de uno de mis

fantasmas, y eso es siempre un problema. Juraría que empecé a enamorarme de verdad cuando me desvelaste tus alianzas con la mafia. De pronto te vi como un dandy paseando por el camino salvaje. Fue toda una sorpresa.

Yaquío se echó a reír y dijo:

—De sorpresas no hablemos, que buen año es este.

Vera se puso grave antes de decir:

—Tengo la impresión de que aún no me conoces bien. Tú estabas en un club de cazadores pero en realidad yo también. Todo eso de mis clases de Historia del Arte, mis poemitas y demás siempre han sido una puta máscara. A mí lo que más me gusta es cazar... A los trece años ya era socia de dos clubes de tiro, a los dieciocho conseguí enrolarme en una cacería en Polonia con unos tíos que conocí en el club. Maté a un oso y sentí una culpa descomunal, megalítica, una culpa muy antigua que me conducía al periodo de los primeros cazadores...

—Por segunda vez desde que te conozco me das miedo —dijo él.

—Lo siento, pero prefiero que lo sepas. Ahora te va a doler, pero cuando lo asimiles te sentirás más seguro junto a mí. Tiendo a verlo todo como una batida de caza: no conquisto el amor, lo cazo; no conquisto el dinero, lo cazo; no conquisto la vida, la cazo.

Yaquío se quedó mirándola inmóvil, hasta que empezó a acariciarla desde un lugar que parecía el reino del olvido de todo cuanto acababa de oír. En ese reino sus caricias adquirían una intensidad especial y su sabiduría sensual llegaba al paroxismo. Sus caricias surgían de un olvido primordial que hacía más ligera el alma y más ligero el cuerpo, que lo dotaban de una libertad desconocida y una amabilidad anterior a las palabras y anterior a la articulación verbal de los sentimientos. Eran caricias que emanaban de una oscuridad que protegía más que de una oscuridad que amenazaba, que circulaban como corrientes eléctricas finísimas, concentrándose en las yemas de los dedos, pasando intactas a la espalda vibrante de Vera y conduciéndola a una sucesión encadenada de leves estremecimientos. Nunca como entonces se sintió un sensualista, el primer sensualista de la creación, antes de que se inventara el tiempo y los días y las noches empezasen a marcar el ritmo de nuestra angustia y los latidos de nuestra desesperación.

Al día siguiente, hacia las siete de la tarde, hora en la que sabían que Ágata solía estar sola en casa, Vera telefoneó a su sobrina acosada por la curiosidad y la culpa, y tuvieron una conversación tensa y a la vez divertida. Vera empezó diciendo:

—Mi novio y yo nos hallamos en un lugar de Francia muy recogido y brumoso pasando unos días muy felices, y quería hablar contigo. ¿Cómo te encuentras?

—Regular. Cada vez soporto menos a mi madre.

—Ten paciencia con ella, mujer. Supongo que quiere para ti lo mejor, si bien el problema reside en qué es lo mejor para Vicki. Aún no lo he descubierto. Quería preguntarte una cosa, cielo. La noche que vimos que nos seguías con la bicicleta, ¿estabas haciendo eso que tú llamas «espeleología» con nosotros?

—No, tía, no. Deseaba verte y me acerqué a tu calle...

—¿A las tres de la mañana?

—¿Y por qué no? Mamá no suele llegar hasta las cinco.

—Sigue...

—No tengo mucho que decir, tía. Iba hacia tu casa cuando te vi pasar con tu coche. Te acompañaban dos hombres.

—¿Hasta dónde nos seguiste?

—Hasta las arboledas. Allí me detuve, torcí hacia la izquierda y me fui a mi casa.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Vera respiró con alivio y preguntó:

—¿Qué pensaste de mí al verme entrar en la arboleda con dos hombres?

—Que querías follar con los dos.

Vera se echó a reír. Eran risas de estupor y al mismo tiempo de liberación, y mientras se reía pensaba que era preferible pasar por una disoluta que por una asesina.

—Quizá no estás muy equivocada, cielo —susurró Vera—. Hace aproximadamente un año tu tía Vera hacía muchas locuras, pero esa vida se acabó, y me voy a casar con el hombre que me acompaña desde hace tiempo y al que quiero más que a mí misma.

—Me gustaría verte.

—Y a mí, cariño, pero no es fácil en este momento.

—Acaba de llegar mi madre. Besos y abrazos. Te quiero.

—Y yo a ti. Llámame dentro de unos días y hablamos un buen rato —dijo Vera antes de colgar.

Yaquío, que había escuchado vagamente la conversación, no había entendido las risas de Vera, que acabó diciendo:

—Mi sobrina es la gracia misma. Te va a encantar saber lo que piensa de mí.

Tan cerca, tan lejos

Estaba lloviendo en París. Las ráfagas de lluvia conformaban figuras fantasmagóricas que al girar arrastradas por el viento parecían espectros que se precipitaban ululantes sobre el barrio de Le Marais.

Rosamunde había permanecido tres días vigilando la entrada del hotel Saint-Paul, y al fin veía que algunas fichas empezaban a moverse. Una tarde vio salir del hotel a una pareja, y aunque el hombre llevaba barba y su aspecto era más bien andrajoso, no dudó de que se trataba del mismo hombre que buscaba.

Los estuvo siguiendo durante todo el día. Los vio tomar un café en la plaza de Saint-Michel, los vio entrar en una librería, después en Notre-Dame, más tarde en una tienda de ropa de la rue de Rivoli, y finalmente los anduvo siguiendo por las Tullerías, donde por primera vez desde que llegó a París creyó tenerlos a tiro. Pero cuando menos se lo esperaba apareció un policía y tuvo que desistir de su propósito. Como le había dicho Amadeus, podía tomarse su tiempo. Se fue a cenar a un restaurante junto al Louvre pensando que ya llegarían oportunidades mejores para agujerearle la cabeza al sujeto aquel que había acabado con el hombre de su vida.

Al día siguiente volvió a vigilar la puerta del hotel y los vio salir con sendos bolsos de viaje y meterse en el coche. Llena de excitación, los siguió por la ciudad hasta el Periférico. Ya fuera de París, continuó siguiéndolos hasta Normandía, pero los perdió de vista a la altura de Sées y se maldijo así misma, ya que desde allí podían haberse dirigido hacia Caen, para después coger la autovía de la costa hacia Cherburgo, o bien tomar la dirección de Rouen para alcanzar más tarde Dieppe, o bien coger la dirección de Le Havre. Intentando no caer en la desesperación, entró en un restaurante para almorzar pensando que no iba a desfallecer, aunque tuviera que recorrer palmo a palmo toda Normandía.

Ágata y Rasputín se habían hecho amigos inseparables. A veces Rasputín iba en la cesta de la bicicleta, como un noble en su carroza, pero otras veces Ágata lo llevaba en el hombro como John Silver a su loro.

Una tarde iban los dos juntos, Ágata sobre la bicicleta y Rasputín sobre su hombro derecho, cuando creyó ver al hombre que la había perseguido por Grunewald y huyó de allí como una flecha.

Ulrich la siguió, al principio muy de cerca y después a más distancia, para que la chica no se inquietara. No podía creer que ahora la nena llevase encima del hombro a Maximilian. Con toda evidencia se trataba de un asunto del destino. El gato, que estaba condenado a morir en honor del dios de la impiedad, había conseguido salvar el pellejo y he aquí que ahora podía vérselo posado en el hombro de la hija de Vicki Bauhaus. ¿No era para volverse loco?

Ajena a las reflexiones de Ulrich, Ágata se hallaba junto a la Estación del Norte

cuando vio a un chico de unos trece años que se quedaba mirándola.

El chico permaneció un instante petrificado, pero de pronto se puso a cruzar la calzada con el semáforo en rojo y un coche le rozó peligrosamente. El muchacho se cayó y una camioneta de reparto tuvo que girar bruscamente para no atropellarlo. Dos mujeres que se hallaban junto a la boca del metro gritaron. Ágata giró la cabeza y vio al chico que se levantaba y se acercaba a ella con ojos suplicantes.

—¡Ese gato es mío! —dijo, completamente ajeno a los reproches que le lanzaba el conductor de la camioneta—. ¡Carolus! ¿No te acuerdas de mí?

Rasputín, que según todas las indicaciones antes llevaba el noble nombre de Carolus, saltó desde el hombro de Ágata a la acera y se acercó al chico, dando muestras de que lo conocía.

—Lo encontré en el Tiergarten —dijo Ágata, asombrada.

—Debió de ser el día que se me escapó... —comentó el chico, cogiendo al animal en sus brazos y acariciándolo. Carolus empezó a ronronear.

Ágata se quedó maravillada y algo triste.

—Me llamo Ágata —dijo presentándose.

—Y yo David —musitó el chico, y se echó a llorar al recordar que Carolus se había escapado el día que mataron a su padre.

Ágata creyó que su llanto se debía a la alegría de encontrar al gato y se empezó a preparar mentalmente para desprenderse de él.

—Tranquilízate. Ya tienes a tu gato.

—Gracias, muchas gracias de verdad. Tengo que irme, mi madre me espera en la estación.

—Vete tranquilo —le dijo Ágata—. Carolus se queda en muy buena compañía: la tuya.

David miró a Ágata con amor, y esta vez cruzó la calzada con más cuidado y se perdió tras el pórtico de la estación.

Desde allí, Ágata se fue hasta la clínica para visitar una vez más a su amigo Albert.

En medio del andén, Anna se sorprendió al ver que David traía con él a Carolus.

—¿Veo visiones? —preguntó.

—No, ahora te lo explico —dijo David.

Anna y su hijo habían cambiado de distrito, espoleados por las habladurías del barrio, y a finales de diciembre Anna tomó la decisión de abandonar Berlín con David e irse a vivir a Cuxhaven.

Mientras esperaban el tren, Anna miró a David con una tranquilidad profunda, de enajenada que está más allá de su locura, y musitó:

—Quiero que sepas que nadie ha sufrido como yo... Días antes de la muerte de tu padre, cuando empecé a saber la verdad, pensé que todo lo que teníamos estaba

manchado de sangre e intenté suicidarme. Luego me acostumbré a vivir como viven los que no viven. El resto ya lo sabes, hijo —dijo Anna, y subieron al tren.

—¿Estás segura de que debemos ir a Cuxhaven?

—Nunca he estado tan segura de algo.

El tren se puso en marcha. Cuando dejaron atrás Berlín, Anna, David y el gato eran solo temblor, solo silencio. Desde el tren veían arboledas, el río, un canal, una laguna. Se sentían transportados y creían estar percibiendo los paisajes desde la textura de una vieja película. Y les daba la impresión de que el agua que desembocaba en la laguna estaba discurriendo en dos dimensiones a la vez, dos dimensiones paralelas, que se reflejaban la una en la otra y que emborronaban la sustancia del tiempo y del espacio.

La luna empezó a reflejarse en el agua, sobre la que ahora caían copos menudos y danzarines... La luna parecía un ser gelatinoso, vagando por un cielo líquido y muerto.

Sirviéndose de un coche de segunda mano que acababa de comprar, Ulrich estuvo siguiendo a Ágata por el Tiergarten y más tarde por Grunewald, pero curiosamente la chica ya no llevaba el gato. Se lo debía de haber regalado al chico con el que se había cruzado junto a la estación, el chico con cara de idiota.

Ulrich pensaba con asombro en Maximilian. Un gato con más vidas que un gato. Y también una flecha que le indicaba una dirección: Ágata. El destino podía ser a veces así de explícito con los elegidos. Él y Ágata eran como dos islas en el turbulento océano de la noche, unidas por un gato alado que tenía que haber muerto, un gato angélico.

Eran las once de la noche cuando Ulrich llegó tras ella a aquella zona de tilos carbonizados y tiendas oscuras, bajo unas luces de pesadilla que le daban al lugar un aire irreal. Creía que estaba en otro planeta, que la realidad se le iba de las manos y que no controlaba asidero alguno. Los gritos y los ruidos de los cláxones le herían y tenía ganas de matar a alguien.

Torció hacia la calle de Ágata y la vio detenerse ante el portal con su bicicleta y su culito esbelto. Podía forzar la puerta en plena madrugada y... Pero esa noche sintió que no se poseía a sí mismo y que podía hacer una locura con la chica. Sospechaba que un nuevo acercamiento podía ser fatal, porque uno no siempre sabía medir sus fuerzas y el deseo exigía siempre más.

Se prometió a sí mismo que no, que sabría controlarse, y se impuso un límite clarísimo: no atravesaría el cristal de la ventana y se dedicaría a contemplarla como quien contempla una imagen religiosa. En ese trance se hallaba cuando un policía que ya lo conocía le hizo una indicación desde la acera.

Ulrich se acercó al agente, que medía casi dos metros, cuadrado, compacto, y de ojos pequeños y severos. Ya se hallaba a medio metro del policía, cuando este

adelantó enérgicamente el puño, se lo encajó a un lado de la boca y farfulló:

—¿Otra vez cortejando a la princesa? Como te vuelva a ver en esta calle regresas al manicomio.

Ulrich agradeció la dureza del policía. Cuando regresó a su casa, se sentía un hombre feliz y estuvo bailando un rato ante el espejo.

Niebla

Por carreteras perdidas y conteniendo la ansiedad, Rosamunde se había ido dejando guiar por el olfato y la intuición hasta llegar a aquel hotel aislado y erigido junto a una playa en una región desértica y despoblada, llena de rocas grises y mordidas por la mar brava. Acababa de entrar en el hotel cuando creyó ver a Yaquío mirando por la ventana del salón del vestíbulo y dio marcha atrás. Vera la vio, pero como Rosamunde podía pasar por una francesa no reparó en ella y apuró el café que acababa de servirle el chico de la recepción.

Creyendo que al fin los dioses la escuchaban, Rosamunde se hospedó en un hotel de Dieppe y pasó la tarde haciendo una especie de ejercicio espiritual que consistía en concentrarse en el momento en que tuviera a Yaquío delante. Había pasado más de un año buscándolos y ya no cabían ni la vacilación ni la precipitación. Se trataba de mirar a Yaquío como miraba las figuras del salón de tiro, con la misma frialdad, con la misma objetividad, con la misma distancia.

Al atardecer, cuando se disponía una vez más a pasar sola la noche, pidió que le subieran a su cuarto un whisky. Mientras lo bebía, examinó la pistola que le había regalado Amadeus y se sintió llena de agradecimiento. No pensaba telefonarlo hasta que no cumpliera con su trabajo y volvió a reproducir mentalmente la operación: el momento en el que se acercaba a Yaquío, el momento en que disparaba, el momento en el que huía a toda velocidad de allí...

Llevaban un tiempo entregados a la sensualidad reconcentrada y a la locura del amor, a la vez que viajaban por la costa y pasaban largas jornadas en Dieppe y en Rouen, si bien acababan siempre recalando en el mismo hotel junto al acantilado y la playa de guijarros, en cuya terraza ahora estaban cenando.

Mientras comían, bebían y brindaban, Vera le contó a Yaquío que había pasado en Berlín los peores y los mejores años de su vida.

—Lo peor de nuestra vida se puede mezclar indisolublemente con lo mejor —comentó.

Se trataba de un pensamiento bastante esperanzador si lo concretaba en Yaquío. Ojalá nuestro infierno tenga dentro un cielo, pensó para sus adentros. Luego examinó de nuevo el rostro de Yaquío y se vio muy parecida a él. Con delicadeza, Yaquío besó su mano. Ella exclamó:

—Dios, qué emociones más extrañas me asaltan a veces. Es como si estuviésemos viviendo en el interior de un sueño... —dijo Vera.

Yaquío se bebió las palabras de Vera. Eran venenosas y a la vez conmovedoras, y le sentaban bien porque por su mismo tono le indicaban que Vera era una mujer llena de ternura y estaba muy enamorada de él.

Yaquío comentó:

—A veces la vida puede tener la lógica de los sueños. No puedo negar que desde que llegamos a Francia todo me parece gobernado por esa lógica. Y no estoy hablando de pesadillas, no, estoy hablando de esos sueños tan magníficos que hasta nos duele despertar...

—Creo que acabas de dar en el blanco —dijo ella—. Verlo todo bajo la lógica de los sueños facilita la asimilación de los problemas, aunque no facilite la comprensión. Pensemos que estamos flotando en un mundo líquido, donde todo sigue otra lógica... ¿Brindamos?

Brindaron. Vera apuró su copa y prosiguió:

—Siguiendo tu símil, pensemos que hemos estado soñando un sueño demasiado agitado pero que, de pronto, aquí, en este hotel, hemos encontrado una isla de calma en la que poder descansar. Es una noche cualquiera. Afuera las nubes parecen espectros y el viento barre la playa. Es una noche muy típica de estas regiones. Y estamos los dos en esta isla de paz, transfigurados y detenidos en una esquina del tiempo, lejos de aquellos días de vino y de sangre, lejos de aquellas noches de nieve y neón.

—Te beso en el corazón —dijo él.

Vera continuó:

—Es como estar exactamente en el ojo del huracán, y disfrutar de la quietud en el corazón del movimiento. Una emoción que no había sentido nunca con tanta intensidad, y que me parece deliciosa. Es como sentir un orgasmo permanente y muy interior. No sé si me explico. Es como estar siguiendo muy de cerca a un jabalí... Es como estar a punto de disparar, es como disparar ya...

—Me asustas.

—No es mi deseo. Hablo de paz pero lo cierto es que estoy bastante nerviosa estos días. No sé por qué...

—Si te asusta seguir aquí podemos irnos mañana mismo.

Por un momento el hotel les pareció transfigurado. Las lámparas emitían una luz irreal, de naturaleza fosforescente, y los espejos se insinuaban como puertas a lugares imposibles. Tras la sobremesa bajaron a la discoteca del hotel, donde una vez más Vera se entregó a la danza con frenesí. Podía hacerlo. Había solo cinco o seis personas más, y no les parecían sospechosos de nada, así que de pronto Vera comenzó a apoderarse de la pista. Yaquío quería detenerla, pero no podía. Daba toda la impresión de que se creía Isadora Duncan. Se había descalzado y elevaba prodigiosamente las piernas, envuelta en el espíritu de la danza. Los que allí se hallaban no acertaban a creerlo, y poco a poco la sala se llenó de gente. Cuando Vera dio por concluido el espectáculo, los aplausos fueron unánimes y todos creyeron que se trataba de una bailarina contratada por el hotel para animar un poco la fiesta.

Se acostaron a las tres de la mañana, felices y muertos de fatiga. Yaquío se despertó tan solo dos horas después y, viendo que Vera estaba profundamente dormida, decidió dar un paseo por la playa, que aparecía cubierta por una niebla tan

densa que apenas permitía ver el mar y los acantilados. Apenas había dormido, pero por alguna razón le pareció que había permanecido en brazos de Morfeo toda una eternidad colmada de sueños dorados y de una hondura de horizonte desconocida. Sueños en los que se había visto en ciudades imposibles, junto al mar plomizo y embravecido, y sobre las que volaba un cuervo dorado que le parecía de buen agüero. También había soñado con acantilados de una profundidad espantosa, pero que en el sueño no le provocaban inquietud alguna, y en bosques de abedules que no acababan nunca, y que tampoco le producían malestar alguno.

Ágata llegó a casa muy tarde, después de haber llevado a cabo una larga travesía por Berlín. Cenó pan con queso, chocolate y una naranja, y se puso a ver la película *Historia de O*. Los gemidos de los actores de la película atravesaron las paredes de su cuarto sin que Ágata lo advirtiera, y de pronto su madre abrió con violencia la puerta de la habitación y se dio de morros con la escena en la que Sir Stephen está azotando a «O» en la espalda. Vicki retrocedió con cara de Medusa, cerró brutalmente la puerta y gritó desde el pasillo:

—¡Eres una degenerada!

Ágata apagó el vídeo, desanimada. Ya no aguantaba a su madre y volvió a plantearse llamar a Vera para irse a vivir con ella. Finalmente se durmió con toda la agitación en el cuerpo y tuvo pesadillas.

A veces Ágata vivía en una dimensión oscura, en la que la magia tenía mucho peso. Era el mundo de las intuiciones sombrías, los presentimientos, las revelaciones inesperadas. Solo en esa dimensión podía encajar el sueño que tuvo esa noche con Vera. La veía bailando al fondo de un andén, ante un tren lleno de hombres que celebraban su *striptease*, pero de pronto surgía del tren una mujer vestida de hombre, de ojos amarillos y pensamientos amarillos, y disparaba contra Vera.

Cuando despertó, sintió a su tía lejos y a la vez muy cerca, y recordó cuando se iba con ella al otro Berlín y se deslizaban por un mundo desolado y sombrío riéndose de la vida.

Ágata estaba a punto de encender un cigarrillo cuando reventó en sollozos. Pensaba que era demasiado mayor para su edad y a la vez demasiado menor. Pensaba que llevaba en su cabeza imágenes difíciles de asimilar y deseos difíciles de abordar, pero se sentía viva, inmensamente viva, y con ganas de explorar todas las sombras de sí misma y de los otros.

Incapaz de controlar su ansiedad, llamó a su tía Vera, que recibió su llamada con palabras sarcásticas: eran las ocho de la mañana. Ágata le pidió perdón y le suplicó que la dejara irse a vivir con ella pues la vida con Vicki se le hacía cada día más difícil.

—Pero, cielo, eso no es posible. Mi novio y yo llevamos una vida nómada, por desgracia la llevamos, y tú estás haciendo todavía el bachillerato. Tienes que seguir

en tu casa junto a tu madre, entiéndelo.

—Ni quiero entenderlo ni puedo. ¿Por qué me rechazas?

—No te rechazo, Ágata. Por cierto, no veo en la cama a Yaquío. Ha debido de salir a dar un paseo, y eso no me gusta nada. Lo siento, cielo, tengo que colgar. Te llamaré otro día. Besos. —Colgó llena de nerviosismo, cogió la pistola que guardaba en la maleta y salió del hotel.

Mientras avanzaba entre la niebla dejándose envolver por el rumor del mar, Yaquío pensaba en el pasado. En los días felices que le había regalado la vida, en los días infelices, en la mujer con la que se había vinculado en Berlín y en lo que vino después...

Yaquío miró a su alrededor. Ya ni siquiera se percibía la insignia de neón del hotel y se sintió sumido en la primera soledad del mundo. Entonces concentró su pensamiento en Vera y deseó tenerla cerca. De pronto oyó pasos en los guijarros y aunque la niebla le impedía saber quién era, pensó que solo podía ser Vera.

—Vera, ¿eres tú? —preguntó.

Nadie contestó, pero los pasos continuaron acercándose a él. Súbitamente le asaltó el temor y gritó:

—Vera, cariño, ¿eres tú?

Vera, que se hallaba a unos metros de Yaquío, vio entre la bruma y la nieve una cabellera rubia encuadrando una cara rosada, unos ojos fríos y una mano empuñando una pistola. Vera disparó casi sin mirar. Rosamunde cayó de bruces sobre los guijarros a unos pasos de Yaquío.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él.

—Acabo de fulminar a una mujer que te deseaba la muerte —contestó Vera—. Menuda zorra, y traía pistola con silenciador.

—Me asombra lo que has sido capaz de hacer —musitó él.

—Más me asombro yo. ¿Qué hacemos ahora?

—Cargarla en una barca que suele estar varada más adelante, en esta misma dirección. Hay que hacer desaparecer a esta individua antes de que se disipe la niebla —dijo Yaquío.

Entre los dos arrastraron a la mujer hasta la barca y se fueron adentrando en el mar. Mientras remaban, en medio de una niebla tan densa que impedía ver el agua, Vera pensaba en lo fácil que era cruzar la línea moral de la conciencia si tu vida estaba en juego, o si no la tuya, la de alguien próximo. Vera, la lírica y arrebatadora Vera, había apretado de nuevo el gatillo sin pensarlo más de una décima de segundo, y de haberse demorado un poco ahora Yaquío sería el muerto.

Yaquío cesó de remar y dijo:

—Aquí podemos desprendernos de ella.

Vera le ayudó a empujar el cuerpo hasta la amura y a volcarlo después al mar. Los

dos oyeron el sonido del cuerpo al chocar contra el agua y lo vieron desaparecer bajo la niebla, si bien un instante más tarde lo volvieron a ver, desdibujado por la bruma y alejándose solemnemente de ellos mar adentro.

—Si tenemos suerte y las corrientes nos son favorables, dentro de un tiempo aparecerá en alguna playa de Irlanda comida por los peces —dijo Yaquío cuando ya regresaban a la playa.

Llegaron al hotel oliendo a muerte y a la vez eufóricos, pensando que estaban vivos por casualidad, y fue entonces cuando al analizar la situación Vera decidió tomar las riendas del asunto y elaborar un plan.

Se hallaban los dos en la habitación, sentados en los sofás, cuando ella dijo:

—Basta de ocultarse. Hay que abordar de frente el problema y atacar cuanto antes, en lugar de colocarse a merced de las balas.

—Creo que tienes razón.

Como si se encendiera de pronto una gran luz en su cerebro que afianzaba su determinación, Vera se giró hacia Yaquío y murmuró:

—¿Quién quiere eliminarte?

—En realidad solo una persona: el que fue siempre mi jefe. Maté a su hermano en defensa propia, si bien otro apretó el gatillo, y conozco muchos secretos que no tendría que conocer de haber sido más prudente.

—¿Cómo se llama esa persona?

—Amadeus Junker. Estoy convencido de que ahora mismo solo él está interesado en fulminarme. Para los demás no cuento gran cosa. Si acabásemos con Amadeus finalizarían mis problemas.

—Yaquío —exclamó ella entusiasmada—, te acabas de adelantar a lo que yo iba a decir... ¡Tenemos que cazar a ese sujeto! ¡Esto sí que va a ser caza mayor! Pero ¿dónde?

—En Berlín. ¿Dónde si no? Si la montaña no viene a mí, iré yo a la montaña... Y ese no se va a acercar ahora mismo a Normandía para que podamos redimirlo de todas sus miserias. Tendremos que ir nosotros a Berlín, a su misma guarida, y allí dejarle sin respiración.

—¿Cuándo?

—En agosto. Amadeus se queda ese mes en Berlín, reorganizando su vida y sus negocios.

Yaquío tocó a Vera y la notó muy fría.

—¿Qué te pasa?

—Que me quedo de hielo en cuanto pienso en mi sobrina. ¿Sabes que me ha llamado por teléfono a las ocho y que gracias a eso me di cuenta de que habías salido del cuarto y pude correr en tu ayuda?

—¿Tu sobrina es el Diablo?

Vera lo miró sin atreverse a responder.

El sacerdote temblaba al hablar y exigía a los asistentes a la ceremonia no sublevarse contra Dios ni malinterpretar sus designios. Albert había muerto a los catorce años, de acuerdo. Era una desgracia terrible, lo era, pero Dios sabía lo que hacía.

La madre del difunto gemía rabiosamente y Ágata, a punto de gritar, reventó en sollozos y pensó en su amigo muerto. Habían estudiado, jugado, reído y golpeado mucho, y habían tenido una amiga común: Marga, la vecina de los dos, cuando tenían once años. Pero Marga había regresado con sus padres a España, y Albert acababa de morir de leucemia y su ataúd ya estaba dentro del nicho. Ahora también Ágata temía morir de leucemia. Para ella la palabra «leucemia» tenía una resonancia letal, y además era una enfermedad que caía del cielo, sin ninguna explicación, y te iba consumiendo por dentro hasta hacerte parecer un pajarillo desplumado y cadavérico que agoniza con la boca inmensamente abierta hacia el cielo «y la mirada perdida en la mente de Dios», como acababa de decir el cura en el funeral, en un tono estremecedor para darle más emoción a la ceremonia y conmover a los asistentes.

Todos abandonaron sobrecogidos el cementerio tras el entierro de Albert, pero nadie como Ágata. Sin llegar a racionalizarlo del todo, esa noche experimentó lo inmensa que puede ser la soledad, bajo las estrellas ciegas y la oscuridad que gira como una rueda metálica y voraz, capaz de triturarlo todo.

Ya eran las dos de la mañana pero no podía dormirse y se puso a ver el Canal 29, que repetía siempre los mismos reportajes, como el que ahora emitían sobre los agujeros negros. Una voz en *off* decía:

—«Asusta pensar en la gran distorsión que se produce en el espacio justo en el límite del agujero negro. Lo que sabemos a ese respecto no se detiene en la boca del abismo y su horizonte de sucesos, también nos permite entrar, con nuestra imaginación, en el interior de un agujero negro. Nadie puede pretender ver directamente el interior de uno de estos gigantes y vivir para contarlo. Un futuro explorador en busca de datos correría un grave riesgo si se acercara demasiado... ¿Precipitarse en un agujero negro no sería como caer por una catarata, golpearse contra las rocas y luego volver a subir?».

Ágata no sabría decir ni sí ni no. La voz en *off* continuó:

—«Hamilton ha aplicado las ecuaciones de Einstein en una simulación que nos ayuda a imaginar mejor la anatomía de un agujero negro. Este viaje es solo posible hacerlo en una nave propulsada por matemáticas puras. Atravesamos el horizonte de los sucesos y nos acercamos a la zona central. Al movernos en círculo, entramos en una especie de túnel cósmico conocido como “agujero de gusano”. En su extremo final pasamos a través de lo que se conoce como “agujero blanco”. Como personajes en una película de ciencia ficción, salimos a otro tiempo o lugar, quizá a otro universo... Este extraño pasadizo es puramente teórico, en realidad no se podría formar debido a las turbulencias. En un agujero negro la turbulencia se intensifica y cualquier orden desaparece. Es el reino asombroso, fulgurante, denso y turbulento del

Caos...».

TRES

El reino del caos

Ulrich iba escuchando música de Albéniz cuando torció hacia el área de descanso de la autopista, a la hora en la que el cielo rojo se iba oscureciendo para desembocar en la noche. En el área había un pequeño merendero recortándose contra las aguas del Havel.

Ulrich se sentó en uno de los bancos de madera, mientras en su coche con la puerta abierta seguía sonando música del maestro, en esta ocasión la ópera *Merlín*.

Ulrich encendió un puro, inhaló ansiosamente el humo y se quedó con la mirada perdida en el agua del río. De pronto se sentía solo, solo ante el viento de la tarde y el cielo ensangrentado, solo ante un abismo que se desplegaba en todas las direcciones posibles, solo ante aquellas aguas que el fulgor del cielo tornaba sulfurosas y les daba una apariencia más infernal. Solo y feliz, pues ahora se creía asentado en una soledad edénica de naturaleza paradisiaca, como si estuviese habitando un tiempo anterior a la inauguración del mundo, antes de que la tierra se separase de las aguas, antes, antes, antes... La misma palabra «antes» le conducía al éxtasis, al éxtasis de la pureza primera, casi la pureza de la nada, casi la inocencia anterior a todo. En esa situación se hallaba cuando un hombre se acercó a él para indicarle un letrero a la derecha que decía: «Prohibido fumar».

—¡Apague su cigarro o salga del merendero! —rugió el recién llegado, un hombre de aspecto atlético y ojos opacos.

Armándose de paciencia, Ulrich le dijo:

—Como ve, estoy solo en el merendero, o al menos lo estaba hasta ahora, y no molesto a nadie con mi modesto purito. Así que déjeme en paz, amigo.

—¡Apague su cigarro! —insistió el hombre.

Ulrich meneó la cabeza y preguntó:

—Dígame una cosa, amigo. ¿Le gusta a usted la música que está sonando?

El hombre, que resultó ser más cultivado de lo que podía parecer a primera vista, contestó:

—Detesto la música de aire folclórico que quiere parecer culta. No hay nada en el mundo que pueda aborrecer más. A veces pienso que será imposible alcanzar la felicidad real en la tierra mientras existan la pandereta y músicos como Albéniz.

Ulrich sacó la pistola que llevaba en un bolsillo interior de su chaqueta y susurró:

—Acérquese, bellaco.

El hombre dio dos pasos hacia él, tambaleándose como un borracho. Ulrich colocó el cañón de su pistola a un metro de su cabeza y siguió empleando la misma voz ronca y sofocante:

—Como no se retracte de lo que ha dicho le pego un tiro en la frente.

—¡No, por favor! —gritó el hombre—. ¡No lo haga, por Dios, no lo haga! Me gusta mucho Albéniz, en realidad me fascina, pero me empeñé en llevarle la contraria. Es imperdonable, lo sé, y gratuito, pero...

—No mienta, cobarde. No renuncie a sus ideas por miedo. No lleve a cabo imposturas tan lamentables porque será peor. Repita conmigo: «La ópera *Merlín* de Albéniz lleva en su misma textura la piedra de la locura...». ¡Repítalo!

—La ópera *Merlín* de Albéniz lleva...

—... en su misma textura la piedra de la locura que te voy a incrustar ahora mismo en la cabeza —dijo Ulrich, y disparó encajándole a su interlocutor un tiro entre ceja y ceja.

Tras el disparo todo se amansó, su corazón, la música, el canto de los gorriones, y Ulrich reanudó su viaje pensando en sus problemas económicos. Se estaba quedando sin dinero y se había planteado la posibilidad de pedirle trabajo al antiguo jefe de su padre. Ya no le importaba convertirse en un sicario. Tras el nuevo asesinato, Ulrich pensaba que el único camino que le quedaba era el de la perdición. Detuvo el coche y telefoneó a Amadeus desde una cabina ubicada al borde de la carretera.

En Berlín estaba a punto de celebrarse la Love Parade de 1991. Los periódicos decían que iban a asistir a la farra unas seis mil personas, tres veces más que el año anterior. Seis mil personas no eran muchas, pero ya formaban una masa, y bastaban para que a Amadeus la ciudad se le antojara invadida por los bárbaros del Norte y del Sur, del Este y del Oeste, mientras contemplaba los preparativos del espectáculo desde las ventanas de su despacho de la Kurfürstendamm.

El lema de la fiesta de ese año iba a ser «Mi casa es tu casa y tu casa es la mía». A Amadeus la proclama le parecía cursi y blanda, y más que evocarle la fraternidad universal le evocaba el pillaje y los manejos de los ocupas.

Los sonidos repetitivos de los que probaban los altavoces llegaban con nitidez a su despacho, a pesar de que las ventanas estaban provistas de doble vidrio, y podía ver el despliegue de los camiones y los curiosos, abarrotando un flanco de la avenida.

No le gustaban las masas, ni las grandes ni las pequeñas. Ver cómo actuaban las masas daba poca esperanza. Las masas le quitaban valor a la vida en lugar de dársela. Toda aquella masa apretujándose en la avenida no tenía para Amadeus el más mínimo valor, y a ratos soñaba con una máquina desintegradora de masas, que las convertía en aire. Luego se preguntó si no sería más fácil aniquilar a una masa de gente, como habían hecho los aliados cuando bombardeaban Dresde, que matar a una sola persona, con cara, con ojos y con boca.

Volvió a contemplar a los turistas que recorrían la avenida, las mujeres vestidas como ménades de la era electrónica, el fluir de la música, la cerveza y el sexo. Un gran invento de la ciudad de Berlín aquella Love Parade que la haría parecer una ciudad radiante, saturada de amor panteísta. Era el ejemplo más solar del nuevo milagro alemán.

Amadeus se apartó de la ventana y pensó en sus amigos muertos. Lo peor había sido acabar con Giner y Grolman, que en algún momento le habían parecido

hermanos, y solo se había salvado Oskar. Pero las órdenes eran órdenes y habían tenido que fulminarlos, abusando de su confianza, cuando estaban tan tranquilos. La orden era clara: no tenía que quedar ni un solo correo vivo. Había que destruir todos los hilos de conexión e información... Quizá no se lo merecían o quizá sí. En cualquier caso, en un negocio reciente le habían demostrado, inesperadamente, que no eran de fiar, además sí proclives a la traición, y en el nuevo sistema, más transparente y vociferante, la traición podía tener pésimas consecuencias y mandar en un solo día al traste los esfuerzos de una década. De modo que había que atajar el mal y su raíz concreta. Era la gran tradición alemana. Primero acababas con el enemigo y luego acababas con su sombra. Todo lo que no pasaba a la historia no pasaba a ningún sitio. Tradición católica más que protestante, pero de ironías así estaba llena la historia, pensó mientras recordaba los muchos papeles que se habían quemado cuando ya estaba cayendo el Muro. Las dos partes habían pactado el olvido. Las dos partes habían copulado en silencio, hipnotizadas por el fuego purificador.

Amadeus sentía que Berlín se había despojado de muchas sombras tras la caída del Muro y que toda la ciudad era para él un sendero luminoso, porque lo que mata engorda, y aquella última razia estaba dando su fruto y todos se sentían mucho más seguros, también los del gobierno del Land. Para Amadeus fue la larga y sombría noche en la que hubo varios accidentes de tráfico un tanto misteriosos, dos ahogados, un congelado en la nieve tras una borrachera de vodka y un desesperado que presuntamente se había pegado un tiro en la cabeza en el hotel Rome. Crónicas de sucesos en las esquinas de la historia que ya habían caído en el olvido. Pero había sido necesario hacerlo: una limpieza del tablero que asegurara el funcionamiento del sistema y la honorabilidad de algunos de sus miembros, que esperaban mucho de la nueva época. Él, por ejemplo, se había convertido en uno de los constructores con más trabajo en la ciudad, y sus negocios iban viento en popa. Sí, sí, pero aún no había caído el español y seguía sin tener noticias de Rosamunde.

Amadeus dormía muy poco, y no parecía preocuparle. Diríase que la vigilia era para él, más que una maldición, su vocación más bendita. Las noches se le ofrecían como campos para ejercer la exploración y alimentar la obsesión, pero empezaba a notar el peso de los años. Amadeus lo organizaba todo por la noche. En cuanto se iluminaban las farolas de la ciudad sentía en su cuerpo otra vibración: la vibración de la noche que le permitía concentrarse mejor, porque de noche somos más islas que durante el día, y estamos más encerrados en nuestro yo.

Y siguiendo los ríos líquidos que formaban las luces y los vehículos, Amadeus iba viendo la tela de araña de la realidad paralela, pensando que quizá siempre habían existido realidades paralelas, fluyendo por debajo de la legalidad y conformando figuras geométricas de gran complejidad, y que a la hora de la verdad hacían de fundamento de muchos negocios estatales, además de hacer de fundamento de innumerables negocios particulares. Era la ley, en el sentido más oscuro de la palabra y más real.

Comenzaba una nueva era burbujeante y dorada, y Amadeus pensaba que era necesario que los alemanes mantuvieran el control en esa sombría república que, a pesar de los esfuerzos gubernamentales por blanquearlo todo, seguía creciendo por debajo y por encima de la escena pública, y para eso había que ser muy radical y no ir dejando cabos sueltos, que luego se olvidaban y más tarde podían darte sorpresas muy desagradables.

Amadeus se apartó de la ventana y volvió a pensar en Rosamunde. Ya no se demoró más en su despacho y, como otras veces, prefirió prescindir de guardaespaldas y deslizarse discretamente por Berlín hasta el Prince Albert, que en esos momentos brillaba como una cabaña de neón y cristal entre las apacibles arboledas de Grunewald.

Hasta que no regresara Rosamunde, gobernaba el bar una sobrina suya que tenía dieciocho años, con la que Amadeus había empezado a hacer buenas migas, y de hecho se había acostado dos veces con ella.

Al llegar a la coctelería, entró por la puerta del garaje, y del garaje pasó a un saloncito privado, donde solía aguardar a la muchacha.

Amadeus llevaba ya un rato en el saloncito, tomando una copa de brandy y mirando la televisión, cuando llegó la chica, que acababa de despedir al último cliente de la noche. Amadeus la miró con seriedad y dijo:

—¿No ha vuelto a llamar tu tía?

—No.

—Empiezo a preocuparme por ella. ¿No me vas a dar un beso?

Se lo dio, y como hacía siempre, se fue a examinar todo el local, incluidos los lavabos. No era la primera vez que se encontraba con alguien mortalmente ebrio y adormilado sobre la taza de alguna de las cabinas. Una a una, fue inspeccionando todas las cabinas hasta que llegó a la última, cuya puerta estaba entreabierta. Por alguna razón, sintió un temor brusco, pero abrió la puerta. Acababa de hacerlo cuando un hombre surgió del interior de la cabina como un vampiro. Era su novio y la chica se echó a reír. Su novio empezó a besarla y a desnudarla:

—Date prisa —dijo ella—, que quiero darte a ti lo mejor. Espero que esta noche ese cerdo no se ponga demasiado cariñoso.

La chica regresó al reservado media hora después con otra cara, que por alguna razón a Amadeus se le antojó más saludable y deseable, pero de pronto se sintió cansado y tras acabar su copa decidió marcharse a su casa junto al Havel, donde se había citado con el hijo de uno de sus antiguos socios.

Los abedules de Grunewald

Ya en su casa, Amadeus se puso ropa cómoda y fresca y salió al jardín. Los tilos desprendían una fragancia mareante que a Amadeus le resultaba sin embargo placentera porque le recordaba tardes apacibles junto a su padre, jugando al ajedrez allí mismo y dejándose ganar para no despertar su ira.

Mientras fumaba un puro sentado en un banco de piedra junto a la piscina, le venían imágenes del pasado, a veces agradables, a veces como impregnadas de formol: el cadáver de su hermano sobre la mesa de cinc de la morgue... Sí, sí, pero el español probablemente seguía vivo, pensó. Amadeus intentó desprenderse de sus recuerdos, torció la boca y apuró la copa de dry martini que reposaba sobre la mesa de mármol negro. Esperaba esa noche a Ulrich, el hijo de su viejo amigo Ludwing, que primero había trabajado como médico de la organización y más tarde como sicario, si bien en lugar de utilizar pistolas utilizaba jeringas, con las que se le daba muy bien poner inyecciones letales. Ulrich no sabía que Amadeus había matado a su padre para callarle la boca para siempre. Dos de sus hombres lo habían ido envenenando todas las tardes, poco a poco, en el mismo bar. Amadeus volvió a mirar al visitante y recordó que ya de niño Ulrich parecía bastante desequilibrado, en parte por lo mucho que lo protegía su madre española. Esperaba con curiosidad su llegada, después de dos años sin mirarle a los ojos.

No tardó en verlo atravesar la galería de las columnas que comunicaba la glorieta con el jardín, y que discurría entre dos estakes llenos de flores acuáticas. Una vez más le impresionó su estatura y su corpulencia, y el aspecto tétrico que le daba el traje negro.

El hijo de su amigo se le antojaba de pronto un hombre de la vieja escuela, un sujeto de mente fría y muy operativa, que no se plantea la dimensión moral de sus actos, y de una mentalidad más bien infantil. Todo eso le indicaba el aspecto de Ulrich, detenido ante él. Amadeus no sintió miedo ante el chico, pero su aspecto le subyugó. Probablemente Ulrich tenía sentimientos como todo el mundo, pero si los tenía estaban cubiertos por un caparazón más resistente que el de una tortuga gigante, y de hecho su cara parecía un poco la de un galápago, con su nariz aguileña y su pelo rubio pegado penosamente al cráneo. ¿Y qué decir de su piel láctea? Casi parecía la de un muerto. Tenía todo el aspecto de ser el mejor sicario que uno podía imaginar.

—¡Benditos los ojos que te ven, Ulrich!

Se abrazaron calurosamente y se echaron a reír.

Mientras tomaban martinis, Ulrich le dijo que tenía cierto dinero ahorrado, pero que necesitaba un trabajo cuanto antes.

—¿De qué? —preguntó Amadeus.

—De lo que sea.

—¿Sigues siendo tan buen tirador como lo eras de niño?

—¿Por qué lo pregunta?

—Por nada... Suelo ir de vez en cuando al Club de Tiro y me encantaría que me acompañaras.

—Lo haré encantado.

—Tengo entendido que has pasado algún tiempo en una residencia psiquiátrica.

—Solo tres meses. Me desequilibró mucho la muerte de mi madre. Pero ya lo he superado.

—¿Seguro?

—¿No me ve?

Amadeus asintió levemente y se planteó la posibilidad de integrarlo en su guardia pretoriana. No lo pensó más y dijo:

—¿Estás limpio?

—Completamente, pero eso no quiere decir que no esté entrenado para disparar.

—Eso espero. De acuerdo: a partir de hoy vas a formar parte de mi guardia personal. Empiezas ahora mismo. Habla con el hombre que está fumando junto al pabellón, y él te irá indicando lo que tienes que hacer.

—De acuerdo. No le defraudaré.

—Con esa esperanza te contrato. ¿Brindamos?

Los dos muy transformados, con los cabellos negros, gafas negras y gorros, estuvieron recorriendo en coche los lugares del pasado. Yaquío y Vera se acercaron al lago Nicolás, sintiendo el temblor indefinible de los que regresan al lugar del crimen, y tomaron una cerveza en el Prince Albert, ahora regentado por una chica que parecía familiar de la sicaria y que apenas les miró.

Pasaron unas horas meditando en la terraza del bar, rodeado de abedules y disfrutando de la brisa amable que llegaba desde el Havel. Suponiendo que los abedules pueden llegar a vivir unos ciento veinte años, Yaquío imaginó las escenas que habrán visto los abedules más viejos de la rotonda: el asesinato del ministro Rathenau, acribillado por los camisas pardas ante aquellas mismas arboledas; las filas de judíos camino de la estación; los cañonazos del Ejército Rojo avanzando hacia el corazón de Berlín...

Al atardecer, Vera y él estuvieron frente a la casa del delito, y disfrutaron recordando su noche tras aquellas paredes. Por lo que pudieron apreciar mientras paseaban por la ciudad, en todas partes se construían edificios y el horizonte aparecía cubierto de rascacielos que antes no existían. Diríase que la ciudad era toda ella el apoteosis del ladrillo y el cristal, y tanto en Berlín Oeste como en Berlín Este se había desencadenado la furia urbanística y especulativa. ¡Qué maravilloso imperio de hormigón y vidrio para blanquear todo el dinero de la tierra!, pensó Yaquío casi estremecido, y le pareció que Berlín se estaba modificando tanto y a tal velocidad que solo se la podía comparar, en su capacidad de mutación y prestidigitación a gran escala, con algunas ciudades de Asia que ya ni se reconocían a sí mismas. Fue

entonces cuando recordó aquella noche de noviembre tan festiva como las noches de ahora, aquella noche llena de avaricia y de esperanza, cuando se estaba derrumbando la otra Alemania y mientras unos danzaban sobre el Muro otros esquivaban balas y otros nadaban en una corriente subterránea que ahora recorría íntegramente la ciudad como una bellísima tela de araña, según imaginaba él.

Ágata se hallaba en su cuarto cuando apareció su madre, vestida de rompe y rasga. Iba a pasar dos días con uno de sus amantes, y a ella le iba a tocar quedarse en casa, viendo la televisión.

No era la primera vez que la dejaban sola, pero en esta ocasión Ágata tenía trazado un plan diferente. En cuanto vio a su madre cruzar la puerta, se puso la cazadora, la visera y los zapatos deportivos, y salió corriendo a la calle dispuesta a pasar la noche fuera de casa.

Lo primero que hizo fue entrar en el portal de enfrente y abrir la puerta trasera del anticuario con la llave que guardaba como un tesoro desde hacía tiempo. Vio que la pistola había desaparecido del escaparate y empezó a ponerse nerviosa. Finalmente la encontró en uno de los cajones del mostrador, con su conveniente munición. Llena de euforia, Ágata metió la pistola en su pequeña mochila, se la colgó a la espalda y abandonó la tienda con la misma discreción con la que había entrado.

Se hallaba cruzando la calle en dirección a su casa cuando se topó casi de bruces con su tía Vera y con el hombre al que había conocido a la salida de la morgue. Los miró con desconfianza, casi con miedo, mientras ellos sonreían nerviosamente.

—¿No me vas a dar un beso? —murmuró Vera.

Se abrazaron como en otros tiempos mientras Vera le decía:

—Mi novio y yo estamos pasando tiempos muy difíciles, cielo, y necesitamos hablar contigo. ¿Te apetece cenar con nosotros?

—Sí.

Entraron en un café que les salió al paso y tras pedir la cena Vera le dijo a su sobrina:

—Mi novio se llama Yaquío y ya lo conoces. Estuviste hablando con él y le pasaste una tarjeta. ¿Eres espeleóloga de los mundos? ¿En qué consiste ese oficio?

—Muy sencillo: se trata de hacer espeleología de los mundos que te salen al paso, de los que ves y de los que no ves.

—¿Y con nosotros has hecho mucha espeleología?

—La suficiente.

—¿La suficiente para qué?

—Para saber que vivís peligrosamente.

Yaquío sonrió mientras Ágata le miraba con desconfianza y seriedad. Vera continuó:

—Estamos pasando un tiempo muy ingrato, ya te lo he dicho, y vamos a estar

pocos días en Berlín. No le hables a tu madre de nuestro encuentro; sería complicar mucho las cosas. Va a ser nuestro secreto, ¿de acuerdo?

Ágata asintió. Su tía añadió con sonrisa ufana:

—¿Qué quieres tomar para celebrarlo?

Ágata había estado viendo la noche anterior una película de serie negra en la televisión y pidió lo mismo que uno de los personajes del filme:

—Whisky con soda.

Vera y Yaquío volvieron a reírse.

—A tu edad no pueden servirte whisky —dijo él.

—Entonces tomaré una cerveza sin alcohol. De ilusión también se vive.

Vera y Yaquío se entregaron una vez más a las risas.

—¿A que tengo una sobrina tremenda? —musitó Vera.

Yaquío asintió con la cabeza mientras decía:

—Esta chica tiene el diablo en el cuerpo. Tu sobrina es un ángel, pero un ángel de Berlín.

—Eso me parece a mí, y también es un bombón. ¿Me das un beso?

Vera y Ágata se besaron con amor. Tras el beso, Vera se fijó en el libro que su sobrina había depositado en una de las sillas. Lo cogió y preguntó:

—¿Estás leyendo *Lolita*?

Ágata asintió.

—¿Y qué te parece? —se apresuró a decir Yaquío.

Ágata se quedó unos instantes pensativa, mirando la araña del techo, antes de responder:

—Me parece una novela aburrida, tímida y folletinesca. Yo hubiese metido escenas de sexo explícito en toda la parte central del relato. Se me antoja totalmente necesario para no caer en el sentimentalismo y plasmar como es debido la verdadera crudeza de esa relación...

—Sigue, te escuchamos.

—No me apetece extenderme más sobre *Lolita* en este momento tan entrañable y sentimental —dijo, y dejó que se dibujara en sus labios el signo de una ironía prematura y más bien monstruosa, según le pareció a Vera.

Cuando una hora después se despidió de ellos, Ágata se propuso a sí misma seguirlos a todas partes, pensando que necesitaban su protección.

En cuanto la dejaron atrás, Vera y Yaquío supieron que había llegado el momento de acercarse a Amadeus. Por primera vez en su vida ambos sentían que se estaban aproximando a un agujero negro como los que describía el reportaje de la televisión del hotel: «¿Qué puede ocurrir cuando la materia desciende a un agujero negro? ¿En qué se convierte cuando la arrastra esa catarata? Dentro de un agujero negro las proyecciones de energía se atraviesan unas a otras a gran velocidad. La contracorriente comienza a crecer hasta que gravita y esa gravedad acelera las proyecciones todavía más. En el apacible mundo que conocemos, la energía liberada

por la gravedad desaparece rápidamente. Todo lo que cae, al poco tiempo se detiene y queda en estado de reposo. Dentro de un agujero negro la energía no se disipa, en su lugar se acumula hasta llegar a un estado extremo conocido como “densidad de Planck”».

Densidad de Planck

La casa de Amadeus dominaba la inmensa panza del río, un amplio jardín y tierras baldías hacia el sur, y permitían mucha visibilidad sobre el entorno, según pudieron comprobar Vera y Yaquío. Solo una carretera conducía hacia la finca, y parecía estar bastante vigilada, así que procuraban contemplar la construcción desde una de las barcas que podían cogerse en la otra orilla, y desde la que descubrieron que el recinto disponía a la derecha de una especie de pabellón de madera de estilo ruso, con las mejores vistas de la propiedad.

Tras examinar durante más de una semana los movimientos de Amadeus y de su gente llegaron a la conclusión de que tenía más de seis guardaespaldas, que iba en un coche blindado, y que mantenía cierta relación con un chico con aspecto extraviado que vivía en una buena casa junto al Havel.

Una noche, mientras cenaban en un pequeño restaurante del embarcadero, Vera dijo:

—Sería conveniente entrar en contacto con el chico.

—¿No te parece un sicario? —preguntó él.

—Lo parece, pero es un sicario que está cerca de Amadeus. Ayer lo vi contratar los servicios de una prostituta ahí mismo, junto al bar. Podría ser el instrumento de nuestra venganza, pero tendría que acercarme mucho a él...

—¿Por eso has venido vestida así? —inquirió Yaquío.

Vera asintió con una sonrisa ladeada y susurró:

—Esta misma noche lo tengo que cautivar.

Apenas media hora después vieron al chico al otro lado del cristal, acercándose a la baranda que daba al río y con cara de estar buscando sexo. Vera se incorporó y dijo:

—Ha llegado mi momento estelar. Espero que más tarde no me arrepienta de lo que estoy haciendo.

Vera salió a la calle y se acercó al chico. Ulrich la miró fijamente y escupió:

—No te había visto nunca por aquí, gloriosísima zorra.

—Es normal. No suelo frecuentar este barrio.

—Vas toda de cuero negro. ¿Me quieres dominar?

—Depende de lo que me propongas.

Ulrich se pegó a ella y Vera creyó notar en la espalda algo que parecía el cañón de una pistola.

—Te conozco más de lo que tú crees y no quiero negocios contigo, nena. Esto no es un pacto. Te estoy apuntando con una pistola y te exijo que camines hasta mi casa con mucha discreción y sin apartarte de mí.

Desde una esquina de la calle, Ágata vio a su tía vestida de ramera. Entraba con

un hombre en una casa, y una vez más sentía que se estaba acercando a la locura. ¿La locura no era ver el mundo como si fuese una pesadilla? Y ella ¿cómo lo estaba viendo? ¿Qué hago aquí, hurgando en las miserias más inconfesables de mi familia?, se preguntó, y recordó que tras la comida con su tía y el español, los estuvo siguiendo y localizó el hotel donde se hospedaban. Al día siguiente, los había seguido desde el hotel hasta aquella zona del Havel en un taxi, pero hoy había venido en bicicleta y al fin creía entender por qué frecuentaban aquellos lugares: su tía para prostituirse y él para vigilarla como un buen proxeneta.

De pronto pensó que quizá lo que ella estaba viendo era solo la apariencia de algo más profundo y sórdido, y a punto estuvo de regresar a Berlín, pero su intuición se lo impidió y decidió montar guardia en aquel lugar hasta entender un poco mejor lo que estaba pasando.

El despertar de Vera fue lento y lleno de sorpresas. Lo primero que notó fue que respiraba con más dificultad de lo normal, en parte porque estaba bocabajo. Imaginó que se hallaba presa en un ataúd invertido, pero pronto cayó en la cuenta de que no podía mover ni contraer las manos y los pies. Forcejeó levemente y se percató de que se hallaba atada a una cama con cuatro correas: una para cada miembro. Sus piernas permanecían abiertas y el culo en pompa, debido al cojín que se hallaba bajo su vientre y que elevaba humillantemente sus posaderas. Ya estaba del todo despierta cuando advirtió una cosa más: tanto la cama como el cojín estaban cubiertos de plexiglás, material que únicamente empleaban, para sus oscuros juegos, los coprófagos y los amantes de la sangre. Su raptor acercaba el miembro a ella y le decía:

—Hola, bella durmiente. Mira lo desesperado que me tienes.

Vera giró la cara hacia la derecha, miró hacia atrás, casi de reojo, y percibió a un hombre rubio y de ojos fríos, vestido íntegramente de negro y con el miembro fuera de la bragueta.

—Puedes llamarme Ulrich si lo deseas, aunque preferiría que me llamasen Ulrich el Magnífico. Lo puedo ser —dijo el hombre, que tras ocultar su miembro encendió un cigarrillo—. Mi madre nació en la misma localidad que Albéniz. A ella le debo parte de mi nombre, ya que en realidad me llamo Ulrich Isaac.

—Yo también tengo sangre ibérica.

—¿En serio? ¿Tú también conjugas en una misma persona toda la gloria de Iberia y Germania? Me estás asustando.

—¿Qué hago en esta postura?

—¿Eres idiota? Hasta para los chimpancés, que no tienen nuestro mismo sistema de valores y son menos moralistas, tu postura quiere decir algo muy concreto —gritó Ulrich.

—¡Suéltame, te lo ruego! —rugió ella—. Podríamos entendernos mucho mejor si

yo no estuviese atada.

Ulrich besó su trasero antes de decir:

—Te doy la razón. Tenerte como te tengo no tiene sentido, y a la vez lo tiene. En realidad yo te quiero más que a mí mismo, por eso estás aquí, porque te quiero. ¿Crees que si no te quisiera te iba a dejar ocupar mi cama y la cama en la que mis padres hicieron honor a su matrimonio? ¿Lo crees? Te juro, corazón, que nunca he hecho nada con más sentido y más intención que traerte a mi casa. Me gustaste desde la primera vez que te volví a ver. Fue hace días. Tú estabas en uno de los embarcaderos, mirando al río. Luego te volví a ver en una barca, y más tarde en la playa de guijarros. Ayer ya no puede aguantar y me dije: «Esta mujer es digna de ocupar la cama de mamá, porque además esta mujer es la hermana de Vicki Bauhaus». ¿Me equivoco?

—Sí —contestó Vera, que prefería no implicar a su familia en sus asuntos.

Ulrich cogió una tralla que reposaba sobre la mesilla y le dio un buen trallazo en los glúteos. Vera dio un grito.

Ulrich añadió:

—No mientas. Conozco a las tres gracias de tu familia. A la niña que va en bicicleta y lee novelas que le suministra un perverso; a la diosa que nos ofrece su culo en La Nuit, con generosidad infinita y a la vez con distancia; y a ti, que estás en mi cama. Te pareces mucho a tu hermana, así que será mejor que no mientas porque a ti también «te llevo dentro de mí/como vino envenenado» —dijo Ulrich canturreando la canción que ahora sonaba en toda la casa y que llegaba hasta el cuarto—. ¿Conoces esta canción?

—No.

—A mi madre le gustaba mucho. La música es de Albéniz, naturalmente, pero la letra se la puso un poeta del pueblo de mi madre.

Vera apenas acertaba a oír la música. Se hallaba abotargada y medio inconsciente. Ulrich prosiguió:

—Y hablando de música, ahora quiero que me contestes a una pregunta que me urgía hacerte. ¿Te gusta Albéniz?

—Mucho.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

Ulrich la miró con piedad y dijo:

—Creo que eres una mujer de buen corazón y que ya empiezas a comprender lo mucho que te deseo, pero antes de soltarte quiero regalarte toda mi ansiedad...

Ulrich apagó el cigarrillo en un cenicero de cristal, se subió a la cama, se arrodilló con las piernas formando los dos pilares de un puente sobre su espalda amoratada, apartó hacia un lado sus braguitas y empezó a penetrarla.

Mientras se balanceaba suavemente sobre ella su cara adquiría una placidez de enajenado, y una sonrisa extraña se dibujaba en su boca, hacia la que se deslizaban

gotas de sudor que parecían lágrimas, o quizá lágrimas que parecían gotas de sudor.

De pronto detuvo su vaivén y dijo:

—Quiero que sientas que te está sodomizando un ángel, y al mismo tiempo quiero que imagines que ha llegado tu hora. Piensa en todos los caminos que has ido recorriendo en la vida, en los hombres que has conocido y que ya nunca volverás a ver... Piensa también en mí, que te amo desde el primer momento... Intenta concentrarte en los últimos recuerdos de la vida. ¡Inténtalo! —gritó, y cogió bruscamente la catana que reposaba sobre la mesilla.

Ulrich alzó la catana para enseguida bajarla y detenerla a unos centímetros del cuello de Vera, que se empezó a orinar. Ulrich se dio cuenta y murmuró:

—Por el santísimo Cristo, pareces una niña de dos años... ¿Ves como ha sido una gran idea poner el plástico? Ay, Dios, qué difícil es contenerse cuando nos invade el terror a la muerte, ¿no es verdad, mi amor? Y haces bien en asustarte, cielo, mi catana está tan afilada como la de Yukio Mishima, y de no haberme parado a tiempo, ahora tu cabeza se habría independizado de tu cuerpo y botaría por el suelo como una pelota, pero a tu pequeño Ulrich no le tiembla el pulso y ha sabido detener la hoja en la frontera precisa entre la vida y la muerte. ¿No piensas agradecermelo? ¿No vas a decirle a Ulrich que agradeces infinitamente que te haya salvado la vida en la última décima de segundo, cuando ya el filo de la espada estaba a punto de segar tu cuello? ¿No vas a darle un beso de amor profundo, incondicional, absoluto?

Se lo dio. Vera empezó a sentirse en una dimensión que ya no podía controlar, y en la que se sentía perdida y enloquecida. Ulrich le dijo cálidamente al oído:

—Voy a soltarte un rato para que me hagas un *striptease* como los de tu hermana. Si consigues superarla te voy a hacer una mujer feliz, palabra.

Amadeus había encendido un puro y observaba distraídamente el panorama desde el pabellón de madera cuando llegaron hasta él dos guardaespaldas encargados de merodear por los alrededores. Uno de ellos dijo:

—Un hombre acaba de salir de la cervecería Rosen, donde ha permanecido toda la tarde. Tiene todo el aspecto de ser un profesional del gatillo.

—Sigámoslo. Quiero hablar con él.

Media hora antes, Yaquío seguía en la cervecería junto al río, cada vez más preocupado por la tardanza de Vera. Cansado de estar sentado, había salido del establecimiento y ya se hallaba en el auto cuando observó que tres hombres que estaban en el espigón se metían a su vez en un coche y arrancaban: uno de ellos parecía Amadeus.

Fue el comienzo de la persecución, que continuó hasta el centro de Berlín, donde detuvo su coche junto a la puerta del hotel Stella porque ya no le quedaba gasolina y corrió a ocultarse entre un grupo heterogéneo de gente que se agrupaba a la puerta del hotel. La gente rodeaba a una mujer que se hallaba tendida en el suelo; junto a ella se

veía un cochecito de niño pero sin el niño. En cambio, algo más adelante una mujer con un niño en brazos acababa de parar un taxi. Yaquío vio que dos hombres intentaban cercarlo entre la gente y corrió hasta la mujer que estaba a punto de entrar en el taxi, que parecía un poco torpe con el niño. Yaquío la ayudó con la criatura y le preguntó en qué dirección iban. La mujer le dijo que hacia Wilmersdorf. Yaquío entró en el vehículo asegurando que iba en la misma dirección.

El coche enfiló la avenida a toda velocidad hasta llegar a una cuesta. Allí se detuvieron en una encrucijada llena de tiendas de baratijas y restaurantes. Ya se habían apeado cuando la mujer le miró con ojos radiantes y le dijo:

—¿Le apetece tomar una copa en mi casa?

Yaquío la miró asombrado y más bien reticente, luego echó una ojeada a su alrededor y le pareció que no le seguía nadie.

—De acuerdo —dijo—. Será un placer.

Subieron hasta el último piso de una casa bastante antigua pero recién pintada, y llegaron a un apartamento de tres piezas, con un pequeño salón cuyas ventanas daban al patio interior y al cielo. La mujer miró beatíficamente al niño y preguntó:

—¿Qué le parece mi criatura?

—Es un niño precioso.

El niño, de unos dos años, se echó a llorar. La mujer empezó a acunarlo en sus brazos mientras escupía con voz frenética:

—Desde que le vi a la salida del hotel supe que era usted el hombre de mi vida...

—¿Cómo dice?

—No se haga el tonto. He raptado a este niño a la puerta del Stella. Su madre se desmayó, tras caer al suelo empujada por un carterista, y el portero, dos policías y algunos transeúntes comenzaron a atenderla, olvidándose del niño que dormía en el cochecito. Usted presencié toda la operación, usted me vio raptar al niño, y sabiendo lo que había hecho decidí ayudarme. No se haga ahora el ingenuo, por favor.

Alarmado, Yaquío negó enérgicamente con la cabeza.

—Se equivoca, ni presencié su rapto, ni tenía la menor idea de que usted no es la madre de la criatura. ¿Y qué piensa hacer con ella?

—Quedármela. Siento que esta noche ha nacido una familia única en su género, donde nadie es el que es pero en la que todo funciona divinamente. Ya lo tengo planeado: mañana nos iremos a España con los cien mil marcos que tengo ahorrados...

—Olvídese de eso y llame ahora mismo a la policía confesando lo que ha hecho. ¿No me ha oído? —gritó Yaquío pasándole el teléfono que reposaba sobre una mesita junto a una biblioteca llena de libros de autoayuda.

—Pero entonces, ¿tengo que pensar que todo ha sido un malentendido?

—¿De qué malentendido me habla? Yo simplemente me he limitado a ayudarla.

—No, usted simplemente se ha limitado a engañarme y ahora quiere abusar del niño.

—Pero ¿qué dice? Usted no está bien de la cabeza.

—El que no está bien de la cabeza es usted. Me basta con mirarle para saberlo. Veo en sus ojos mucha perversidad y mucha maldad. No debí haberle permitido que subiera a mi casa.

—¿Acaso no me invitó usted?

—¿Yo? ¡Cómo puede tener tan poca memoria! ¿O es usted de los que olvidan rápido lo que no les interesa?

Yaquío empezó a desesperarse y miró hacia la puerta con la intención de fugarse cuanto antes.

De pronto, la mujer cambió de actitud y de dimensión. De la euforia paranoica pasó a la manía persecutoria y a la histeria, y empezó a gritar ante el teléfono:

—Necesito ayuda, por favor. Tengo en mi casa a un perturbado que ha robado un niño y que amenaza con matar a la criatura...

Yaquío no quiso oír más. Corrió hasta la puerta, bajó a trompicones las escaleras y salió a la calle, donde paró un taxi poco antes de que un hombre detenido en una esquina lo señalara.

Vera, que acababa de ponerse uno de los trajes viejos de Ulrich que él mismo había acertado con una tijera, empezó a imitar a su hermana, pero exagerando los movimientos por pura y simple desesperación. Cuando llegó el momento de mostrar el culo, lo hizo como Ulrich soñaba que lo hiciera.

Concluido el número, Ulrich le dio un beso negro.

Subían hacia el Tiergarten y ya se hallaban cerca del parque cuando el taxista advirtió que lo seguía muy de cerca un coche negro. Creyéndose en peligro, el taxista frenó bruscamente y gritó:

—¡Baje de mi coche, no quiero problemas con nadie!

—¿Cómo dice?

—¡Que baje de mi coche! —rugió.

Yaquío se apeó del automóvil sin pagar y se vio de pronto solo ante el flanco sur de Tiergarten. ¿Solo? A unos cien metros, tres hombres se acababan de bajar de un automóvil negro. Yaquío corrió hacia el parque y se perdió entre la arboleda. Oculto tras la maleza, vio que sus perseguidores tomaban el camino equivocado y respiró con alivio. Allí, entre arbustos que lo cubrían por completo y donde pudo orinar, se sentía seguro y se dejó guiar por la fantasía de que se iba a quedar allí para siempre, viviendo como un pajarillo de las migas que le echan los paseantes, que ahora eran más bien pocos. Observó que algunos berlineses estaban haciendo *footing*. Bueno, él también llevaba un buen rato haciendo *footing*, y la carrera prometía durar.

Creyéndose una vez más a salvo de sus perseguidores, abandonó el parque y se

metió en un café para asearse un poco y tomar algo caliente. No permaneció allí más de diez minutos. Cuando salió, volvió a sentirse perseguido. Sin saber muy bien lo que hacía, entró en un portal junto a un teatro, atravesó un vestíbulo largo y penumbroso, y subió unas escaleras oscuras, hasta que dio con una sala amplia e iluminada por una sola lámpara cónica, como las de los salones de billar. En torno a la lámpara se veía un círculo de personas sentadas en sillas plegables de madera. Una de las sillas estaba vacía y decidió sentarse en ella con cierta brusquedad. El hombre que dirigía la ceremonia, gordo y de cara roja, le dijo:

—¿Qué te trae por aquí, hermano?

—La desgracia —contestó él, sabiendo que era la mejor respuesta en aquel círculo de desdichados que debían de pertenecer a alguna organización contra el vicio.

No se equivocó. El hombre de cara roja le miró con piedad y proclamó:

—A todos los aquí presentes nos une la desgracia del alcohol, por eso comprendemos tu situación y creo que has hecho bien en acudir a nosotros, hermano.

Fue entonces cuando se percató de que se había metido en una reunión de Alcohólicos Anónimos y respiró con alivio.

El patriarca continuó:

—Todos los años por estas fechas acostumbramos a reunimos, a fin de prepararnos para el inicio de las vacaciones, en las que es tan fácil caer en la tentación de beber. Dentro de unas horas estaremos cenando con nuestros familiares y veremos correr el alcohol por todas partes. La gente que se siente a nuestro lado, hermanos, primos, padres y madres, beberán alegremente y brindarán ufanos. Es muy fácil en ese momento alargar la mano, coger una copa, elevarla para brindar por la felicidad eterna y después llevársela a la boca y probar el veneno que tan desgraciados nos ha hecho. Sería la peor forma de pasar vuestras vacaciones de agosto, sería como darle un beso a la muerte, sería como volver a las tinieblas. Por eso hay que estar muy preparado, hermano. ¿Nos quieres contar tu historia?

Todos le miraron como aprobando la pregunta del patriarca gordo y Yaquío se vio una vez más en el trance de tener que improvisar un relato conmovedor y, de algún modo, convincente. Tomó aliento y empezó a decir:

—Ayer noté que tocaba fondo y me prometí a mí mismo que ya nunca más iba a beber. Pero enseguida empecé a sentir una sed infinita, y acudí a un bar para tomar un whisky. Ya tenía el vaso en la mano cuando lo volví a dejar sobre la barra y salí corriendo del establecimiento, huyendo de mí mismo y del alcohol. Llevo todo el día escapando de las botellas, escapando del horror...

—Ese es el final de tu historia, hermano, pero ¿cómo comenzó?

Yaquío volvió a improvisar:

—Mis relaciones con el alcohol comenzaron hace siete años, en el barrio turco de Berlín. Mi novia acababa de abandonarme y empecé a beber. Hasta entonces no lo había hecho nunca, porque mi padre había sido alcohólico y temía convertirme en

una piltrafa humana como él. Entré en el viaje del alcohol casi de inmediato. En menos de un mes pasé de no beber absolutamente nada a consumir una botella de vino blanco al día, varias cervezas y cinco o seis whiskies.

Algunas personas del círculo asintieron como si a ellos les hubiese pasado lo mismo. Yaquío creyó oír pasos en el salón justo cuando el patriarca comentó:

—Conozco esa experiencia, hermano. Mis padres también eran alcohólicos. Las personas como tú y yo llevamos el alcohol en la sangre, por eso entramos tan fácilmente en la adicción.

Los pasos se acercaron hasta hacerse inaudibles. Yaquío simuló estar muy emocionado y empezó a sollozar mientras decía:

—Razón de más para evitar el alcohol. Yo no pude o no supe esquivarlo y empecé a beber como un desesperado de la noche a la mañana. Me echaron del trabajo, perdí a mis amigos, perdí la vida... —dijo, y puso cara de sentir un dolor inhumano y una sed más allá de toda medida.

Todos lo comprendían, todos le decían que diese gracias a Dios por la decisión que acababa de tomar. Para Yaquío fue como entrar en el paraíso. Se creía de verdad un alcohólico que finalmente, en un gesto de cordura y desesperación, decide renunciar a la bebida. Se sentía en el seno de una familia angélica, que había sido tentada seriamente por el diablo pero que había sabido salir del pozo de la desdicha. Allí se creía seguro y temía el regreso a las calles.

En esa situación se hallaba cuando volvieron a oírse pasos, cada vez más cerca. Tres hombres emergieron de las sombras del fondo del salón y se fueron acercando al círculo de luz. Uno de ellos era Amadeus, que posó las manos sobre los hombros de Yaquío y dijo:

—Somos de la policía. Nos llevamos a este individuo porque acaba de cometer un asesinato.

Entre él y los otros dos hombres comenzaron a arrastrarlo fuera del local. Ninguno de los presentes reaccionó y se quedaron todos en silencio, mirando fijamente la operación.

Ya en la calle, uno de los hombres lo encañonó y le obligó a meterse en un coche negro. Ya estaban todos dentro cuando Amadeus le dijo a Yaquío:

—Finalmente te encuentro, maldito bastardo. Has venido a matarme, ¿no es así?

El coche se puso en marcha.

—Te juro que no.

Amadeus ordenó a uno de sus hombres que cachease a Yaquío. Lo hizo el más gordo de los dos y halló una pistola en su chaqueta.

—Esta pistola prueba que mientes.

Una vez más, Yaquío pensó que le llevaban al matadero y su cabeza empezó a funcionar a la velocidad de la luz. Vista la situación, solo le quedaba una salida, y discretamente se abrochó el cinturón de seguridad.

Ulrich la había vuelto a atar y la había poseído por todos los lugares posibles, hasta dejarla al borde de la asfixia.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ulrich.

Vera no respondió.

Ulrich, que había saltado de la cama y que la contemplaba como un general contempla un paisaje después de la batalla, acercó la boca a su oreja izquierda y dijo:

—Voy a abusar de ti hasta que me canse. Voy a corromperte. Voy a pudrir todo tu sistema nervioso. Voy a conducirte al lugar donde yo estoy algunas veces, a ese mismo lugar sin límites palpables. Ya lo verás, ya lo verás...

—Ya lo estoy viendo.

—Solo estás viendo el principio. Acabamos de comenzar.

Vera imaginó su vida en aquella cama, atada de pies y manos en una postura que aniquilaba, que dificultaba la respiración y que le estaba provocando esa clase de dolor tan insoportable y embrutecedor que exige el desmayo como una liberación.

Vera empezaba a prepararse para la jornada más infernal de su vida cuando le volvió a pedir que la soltara. Ulrich finalmente accedió a su súplica y la separó de la cama. Dejó sus manos libres pero mantuvo sus pies esposados.

—Suéltame también los pies.

—No, de ningún modo. Tengo que estar seguro —dijo él, y se sentó frente a Vera para tomar el café que acababa de preparar—. ¿Qué hacías en este barrio?

—Estaba de viaje por mi pasado. Pasé mi infancia por estos lugares... —mintió—. Ahora estoy regresando al lugar natal...

—¿Regresando al lugar natal para prostituirte en él?

—En cierto modo sí.

Ulrich la miró con amor y exclamó:

—¿Ves como nuestros destinos están unidos? Yo hago lo mismo: viajo sentimentalmente a mi pasado todos los días, y en medio de ese viaje apareces tú, que estás buscando lo mismo.

—Es cierto... No sé qué pensar —dijo ella, simulando cierto afecto hacia su raptor. Luego dirigió la mirada hacia la ventana, desde la que se veía parte de la finca de Amadeus, la casa y el pabellón—. ¿De quién es esa casa? —preguntó buscando más información de la que tenía.

—De mi jefe. Hace veinticuatro horas que trabajo para él.

—¿De qué?

—De guardián. He pasado ocho horas vigilando la casa y otro guardián me acababa de sustituir cuando apareciste... No me lo podía creer. Es la hermana de Vicki Bauhaus, me dije. Y va vestida para matar.

—¿De qué me conoces?

—De seguirte por Berlín. Te he seguido a ti, a tu hermana, a tu sobrina... Se nota que compartís muchos genes, por no decir todos... Se nota que las tres sois unas disolutas... No me importa, he aprendido a aceptarlo... Ninguna de las tres sois de

fiar, querida. Pórtate bien y conseguirás más que si eres díscola, y espérame aquí. Voy a comprar provisiones.

Ulrich salió corriendo. Vera llevaba unos minutos sola cuando cayó en la cuenta de que Ulrich había olvidado las llaves de las esposas sobre la mesilla de noche. Con gran celeridad se liberó de las esposas que atenazaban sus pies, se vistió a toda prisa y salió de la casa lo más furtivamente que pudo.

Iban a toda velocidad por la carretera que bordeaba el Havel cuando Yaquio se arrojó al volante y el coche fue a chocar contra un árbol que crecía junto al agua. Yaquio recibió el golpe con los ojos abiertos, y notó que había quedado ileso. No ocurría lo mismo con Amadeus y sus dos hombres, que parecían inconscientes. Imposible imaginar mejor momento para acabar con Amadeus, pero le habían quitado la pistola. Miró en la guantera y no encontró lo que buscaba. Entonces decidió palpar los bolsillos de Amadeus. En el derecho solo encontró dos entradas para el cabaret La Nuit. Tenía que abordar los bolsillos interiores y ya lo estaba haciendo cuando Amadeus empezó a volver en sí. Entonces intentó estrangularlo, pero no podía desde el ángulo en que se hallaba y Amadeus estaba cada vez más despierto, de hecho había comenzado a gruñir como un cerdo, espabilando a los otros dos. Maldiciéndose a sí mismo, Yaquio tuvo que salir del coche. Pero no se fue de la zona, se limitó a sentarse en un banco de cemento a unos quince metros del accidente y tras una cortina de maleza que lo ocultaba a los ojos de sus raptos.

Aproximadamente cinco minutos después, Amadeus consiguió salir del coche. Parecía aturdido pero ileso. También parecía ileso uno de sus hombres, que salió tras él. Amadeus palpó la mano del otro hombre, que seguía en el coche.

—Maldita sea, Tübingen, despierta de una vez.

Tübingen reaccionó, salió mareado del coche y empezó a palparse el cuerpo.

—¿Te encuentras bien? —gritó Amadeus.

—No del todo.

—¿Puedes andar?

—Creo que sí —respondió Tübingen.

—Pues adelante. Mi casa está a menos de doscientos metros —dijo Amadeus.

Los tres comenzaron a caminar penosamente. Mientras se alejaban, Amadeus iba diciendo:

—Hoy podría pegarle un tiro a cualquiera. También podría pegarme un tiro a mí mismo. Si me pongo a pensar en todas nuestras correrías de esta noche me vuelvo loco, y si me pongo a pensar que el español sigue por ahí riéndose de nosotros me vuelvo más loco todavía.

Finalmente llegaron a la casa y Amadeus ordenó a una muchacha que les sirviera aguardiente alemán para elevar un poco el ánimo. Amadeus necesitaba emborracharse antes de abordar la cama. No quería pensar en nada, ni siquiera quería

pensar en el hombre que había provocado el accidente. Había noches que era mejor borrarlas para siempre del alma.

Refugiados en el pabellón de madera, estuvieron comiendo carne, pescado y marisco mientras vaciaban las copas de aguardiente de sesenta grados. Todo iba bien hasta que llamaron a la puerta. Amadeus abrió y se topó con dos caras poco agradables: las de los jefes de las familias rusa y polaca. Los dos estaban furiosos porque la policía no había respetado el pacto de no injerencia una vez más. Amadeus les ordenó sentarse y les convidó a beber.

Aguzando la mirada, Yaquío comprobó que Amadeus se hallaba dentro del pabellón con dos hombres más, y pensando que iban a estar allí un buen rato dirigió la mirada hacia la casa colindante y vio salir de ella a Vera. Bajó corriendo desde lo alto de la colina y salió a su encuentro. Vera parecía cansada pero tranquila.

—¿Qué ha sido de ti?

—Me han torturado un poco, pero estoy viva, como ves. Creo que ya empiezo a ver la salida... Y a ti, ¿qué te ha pasado?

—Me descubrieron y me siguieron. He perdido mi auto. Menos mal que tuvimos la excelente idea de venir cada uno en un coche, y ahí veo el tuyo... ¿Hablabas de una salida?

—Sí, de una salida que empiezo a ver. Verás, el chico de la casa de la que acabo de salir está loco por mí.

—¿Tan pronto ha sucumbido?

—Las personas como él recorren distancias a mucha velocidad y con mucha violencia. Se pondrá furioso cuando llegue a casa y no me vea. Empezará a beber y a enloquecer. En ese momento llamaré a su puerta.

—¿Estás segura de que es lo mejor que puedes hacer?

—Lo estoy.

Desde la playa de guijarros, Vera y Yaquío vieron a Ulrich llegar a la casa.

A medianoche, Ulrich oyó golpes crispados en la puerta y abrió. Era Vera. Ulrich la miró con alegría. Parecía aliviado además de borracho.

Vera se arrojó a sus brazos y empezó a balbucir:

—Yo no quería irme de tu casa, Ulrich, yo era muy feliz contigo, me volvían loca tus juegos, pero tu jefe y sus hombres entraron y me arrastraron con ellos para torturarme. Mira cómo vengo, Ulrich, mira cómo me han dejado esos canallas. Tu jefe me acaba de violar.

Ulrich la creyó.

—¿Sabes dónde está mi jefe en este momento? —preguntó furioso.

—En el pabellón de madera.

Esa noche, Ulrich había bebido más de una botella de whisky y estaba fuera de sí. Las palabras de Vera se clavaron en él como diamantes de luz que apuntaban al pabellón, y tras coger la pistola corrió hasta la propiedad de Amadeus.

Vera regresó al lugar donde le aguardaba Yaquío y esbozaron la continuación del plan. Ella esperaría junto a la cervecería y él seguiría a cierta distancia a Ulrich para ver lo que pasaba.

Yaquío iba tras él cuando dos guardaespaldas los detuvieron junto a la casa de Amadeus. Ulrich se dio la vuelta y le vio. Los guardaespaldas le dijeron a Ulrich:

—Tú puedes pasar, pero a este nos lo quedamos. Avisa a Amadeus y dile que ya tenemos a su hombre.

Sin saber muy bien lo que decían, Ulrich asintió y continuó su camino hasta el pabellón.

Uno de los guardaespaldas que avanzaba junto a Yaquío le dijo al otro:

—Yo me encargo de este. Tú vete a interrogar a su chica. Convendría detenerla también por si acaso.

El guardaespaldas al que iban dirigidas las palabras asintió. Fue hasta donde estaba Vera, se acercó a ella por detrás, posó sus manos en sus hombros y le dijo:

—Hola, criatura, ¿qué haces aquí? ¿Contemplando el paisaje?

Ágata continuaba en la orilla del río sin saber qué hacer. Todo lo que había visto la aturdió. Había visto a su tía desaparecer con un hombre y luego aparecer de nuevo, sola y desaliñada; había visto a Yaquío junto a dos individuos que parecían sicarios. Uno de ellos se había acercado a su tía y parecía estar amenazándola. De pronto creyó ver la luz. Todos eran mafiosos, el español y los demás, y habían prostituido salvajemente a su tía, que aguardaba aterida y custodiada en la terraza de la cervecería para someterse a nuevas sesiones dignas del marqués de Sade. Tenía que librar a su tía de aquellos malnacidos. ¿Cómo? Provocando en ellos el pánico y despistándolos para poder rescatarla.

Tales eran sus pensamientos cuando se fijó en la hermosa veleta que giraba sobre el tejado de un pabellón de madera de aspecto ruso en el que se habían ocultado algunos hombres. Pensó que la veleta dorada resultaba la mejor de las dianas. Darle a la veleta sería sin duda la forma más gloriosa de iniciar su carrera como tiradora de primer orden y desconcertaría mucho a los mafiosos, así que empuñó la pistola, apuntó con pulso firme y disparó.

Mientras su guardián encendía un cigarrillo, Vera vio desde la terraza de la cervecería a Ágata y no salía de su asombro. Creo que mi sobrina acaba de hacer algo tremendo, pensó.

Nada más oír el disparo, su guardián arrojó el cigarrillo al agua y se dirigió a la

propiedad con la pistola en la mano.

Amadeus y sus dos socios notaron una poderosa resonancia en todo el pabellón. Tras la detonación, la veleta se desprendió del techo del pabellón, se deslizó por el tejado y cayó al suelo.

En su primer disparo, Ágata había hecho diana y no se sorprendió. En el jardín trasero de su casa llevaba más de cinco años haciendo prácticas con una pistola de aire comprimido, y sabía lo que era sostener templadamente un arma.

Ágata apuntó de nuevo sabiendo que no podía demorarse allí ni un minuto más. Estaba a punto de apretar el gatillo cuando notó que empezaban a disparar dentro del pabellón, y echó a correr como una loca.

Los tiros se debían al malentendido que había generado su disparo a la veleta. Al oírlo, Amadeus creyó que le atacaban desde un helicóptero hombres de la familia rusa y la familia polaca, y sacó su pistola. Todos empezaron a disparar a la vez, y cayeron dos guardaespaldas antes de que Amadeus alcanzase su coche y huyese a toda velocidad.

Ulrich le vio abandonar la propiedad y corrió hasta su automóvil. Los dos guardaespaldas que se hallaban junto a Yaquío fueron a por él, pero Ulrich los fulminó a los dos y entró en su coche. Fue entonces cuando le salió al encuentro Vera.

—Sé por dónde se ha ido. Yo te guiaré —le dijo, y se subió al coche con él.

Yaquío los vio alejarse y decidió seguirlos a todos en el coche de Vera, tras asegurarse de que había una pistola en la guantera.

Mientras aceleraba en dirección a Grunewald, Amadeus no entendía lo que estaba pasando. ¿Quién era el individuo que había aparecido al final? ¿Ulrich? Amadeus no estaba seguro y pensaba que podía ser un sicario ruso. ¡Qué canallas! Habían venido para liquidarlo, no para parlamentar, y a saber de quién cumplían órdenes, probablemente de Dresde o de Moscú, pensó. Luego llamó por el teléfono móvil que llevaba en el coche a su familia, y les dijo que no le esperasen para la cena y que de momento no intentasen comunicarse con él.

A esa hora todo Berlín era una fiesta y estaba llegando a su apogeo la Love Parade. Ya en el bosque de Grunewald, Amadeus avanzó por una carretera hacia el sur, luego torció por un camino forestal y finalmente se detuvo ante una casa de madera que desde fuera parecía un almacén, ignorando que Yaquío le seguía desde muy cerca.

Amadeus descendió de su coche y fue entonces cuando Yaquío disparó desde detrás de unos matorrales, pero erró el tiro. Amadeus empuñó su pistola, disparó ciegamente y se ocultó en el bosque.

Desde el Tiergarten llegaban los sonidos de los cohetes, y entre los abedules podían verse a veces rosas rojas, amarillas y moradas estallando en el cielo.

Yaquío llevaba caminando un buen rato cuando se topó con un arroyo que debía de desembocar en el Havel. El río ya no podía hallarse lejos. Empezó a sudar como si tuviese fiebre. Lo que estaba experimentando quizá era un aviso de la zona oscura de la conciencia, la que puede adelantarse a la acción. Pensó que quizá estaba dando el último paseo de su vida y una zona de su ser se lo estaba comunicando. ¿Y si desertaba de aquella locura y se fugaba de allí? Negó violentamente con la cabeza. Uno de los dos tenía que morir.

Se trataba de un juego que ya no se podía parar, y aún menos huyendo. No eran los primeros que lo habían hecho, ni los últimos que lo iban a hacer. Había que saber arder hasta el final, pensó, y cayó en la cuenta de que su litigio con Amadeus estaba adquiriendo el aire de un duelo al estilo decimonónico, como los que practicaba por vicio y por instinto suicida el autor de *Un héroe de nuestro tiempo*, novela que Yaquío había leído tres veces, y las tres con el mismo placer.

Llegó al río. Desde la escala en la que ahora vivía, el bosque empezaba a resultarle un territorio infinito y el Havel un río tan amplio y tan abismal como el Amazonas, precipitándose a lo lejos, donde acaba el mundo...

Volvió hacia atrás, ahora con la conciencia de que el espacio se iría estrechando. Cambió su forma de captar los crujidos de la floresta, el rumor del agua, el silbido del viento. De pronto se había convertido en un cazador como los que pintaban bisontes en Altamira. Un cazador del origen del mundo, que sabe que si esa noche no caza morirá de hambre. Un cazador que avanza por el bosque con mucha precaución.

Mientras caminaba, todo su ser era pura combustión de la mejor naturaleza. Se sentía un animal físicamente feliz, respirando con placer el aire fresco del bosque. Pero de pronto regresaba a él la idea de la muerte y el bosque se volvía a tornar borroso. Iba a matar a Amadeus, lo iba a hacer sin la menor duda, y pensó que era hermoso que a veces las cosas fueran así de simples en la vida, y así de complejas.

El cielo había ido pasando del azul de China al gris plomizo. En su luminosidad apagada y a ratos enrojecida, las nubes parecían condensar toda la tristeza de la noche, igualando tonos y homogeneizándolo todo, de forma que el cielo, el canal y el río semejaban del mismo color enrarecido, sobre el que las semillas de las hayas se perfilaban como nieve en una estampa japonesa.

Dos hombres vestidos de blanco acababan de sacar dos cadáveres del pabellón y los tendían sobre camillas que enseguida introducían en una ambulancia cuya luz roja giraba enloquecidamente.

Confundida entre la gente, Ágata estuvo contemplando el paisaje después de la batalla, las pisadas de los policías en torno al pabellón, los cristales rotos, la veleta abollada, y volvió a arrepentirse de su disparo. Tras haberlo llevado a cabo, había

corrido hasta la terraza de la cervecería, pero Vera ya no estaba allí. ¿Qué habrá sido de ese abismo en forma de mujer?, se preguntó.

Con el ánimo por los suelos, se acercó al canal, sobre el que caían las semillas que súbitamente se extinguían al tocar el agua. La imagen la conmovió y la sacó por unos instantes de la ofuscación y la tristeza, a la vez que la hundió todavía más en la sensación de fatalidad que la perseguía desde niña, pues aquellas semillas disolviéndose en el agua podían representar la sucesión de vidas diluyéndose continuamente en el olvido y regresando a la nada líquida que lo redime todo.

La policía ordenó a los curiosos que se apartaran del círculo trágico, separado del resto de la calle por una cinta de plástico, y Ágata empezó a alejarse de la propiedad. Caminaba sin rumbo fijo, con el espíritu suspendido en un vacío tan frío y mordiente como el granizo que empezó a caer.

Al llegar a la carretera, Ágata no se apuró en subir a su bicicleta, y permaneció un buen rato contemplando los coches que circulaban bajo el granizo y que le parecían vehículos sin conductor, avanzando ciegamente hacia ninguna parte.

Le costó llegar a Berlín. En la acera de uno de los flancos de la Estación del Norte vio a David, junto a una mujer que no era su madre. Se hallaban a punto de entrar en un taxi. David la miró con ansia y le dijo que podían verse en el Tiergarten al día siguiente, a las diez de la mañana, junto a la Gran Estrella. Ágata asintió embobada antes de que David entrase en el taxi.

Hubo un momento en el que debieron de estar bailando la misma danza sin darse cuenta, como en ocasiones el toro baila la misma danza que el torero. En un lugar no lejos del centro mismo del bosque, estuvieron los dos dibujando la misma espiral entre los árboles y el granizo, sin sospechar que se hallaban bastante cerca el uno del otro.

De pronto se vieron, con la nitidez con la que vemos a veces una prefiguración de la muerte. Hileras de árboles los separaban pero se habían localizado.

Yaquío se alejó algo y volvió a hacerse invisible entre los árboles. Corrió dibujando una espiral más larga que otras veces, se introdujo furtivamente en el territorio de Amadeus y acabó teniéndolo a su merced justo cuando cesó de granizar.

Se hallaba detrás de su enemigo, a una distancia idónea para no fallar, cuando pronunció su nombre. Amadeus se dio la vuelta y Yaquío apretó el gatillo, pero la pistola no respondió. A Amadeus se le escapó una risa nerviosa y comenzó a disparar.

Mientras huía de sus balas, Yaquío volvió a probar la pistola pero seguía sin funcionar. Notó a Amadeus muy cerca y se ocultó en un declive junto al arroyo, entre raíces de árboles y piedras. También Amadeus lo notaba cerca y daba pasos leves y prudentes. En esa actitud se fue acercando al arroyo, permitiendo que Yaquío atenazase sus piernas y lo lanzase hacia delante. Amadeus se estrelló de bruces contra las piedras que bordeaban el arroyo y perdió la pistola. Finalmente estaban de nuevo

en igualdad de oportunidades y Yaquio sintió un gran alivio. Vio a Amadeus incorporarse a la par que él y acercarse con agilidad. Amadeus adelantó su puño hacia su cara, pero Yaquio lo esquivó y le encajó un buen golpe en la nariz. Empezó a sangrar. Yaquio creyó ingenuamente que ya casi lo tenía en su poder. Grave error. De súbito Amadeus descargó toda su fuerza contra su mandíbula y Yaquio sintió como si su cabeza se separase de su cuerpo. Luego notó otro golpe brutal, y otro más, hasta que reaccionó, y en medio de la oscuridad emocional y la sensación de dolor consiguió hundir su puño en el vientre de Amadeus. Eso sí que le dolió. Lo tenía casi paralizado cuando le dio una patada en la cara.

Vera y Ulrich se habían perdido varias veces por las carreteras del bosque, pero finalmente habían logrado localizar el lugar del duelo gracias al ruido de los disparos.

—Allí los tienes —dijo Vera a Ulrich—. No puedes fallar. Acércate a Amadeus y pégale un tiro en la cabeza. ¿No me has oído?

—Te he oído, amor. A ese ínfimo ser le voy a poner un tercer ojo entre ceja y ceja —murmuró Ulrich avanzando hacia el río como un autómeta.

Mientras, Amadeus agarraba con fuerza el pie izquierdo de Yaquio y lo derribaba. Acto seguido se arrojaba sobre él, se enredaban como un ovillo e iban rodando hasta las piedras del arroyo. En el descenso Amadeus se hizo daño en el cuello y parecía menos despierto que Yaquio, que aprovechó la ocasión para apretarle el cuello con la intención de estrangularlo, pero se escurrió de él, se incorporó y le dio una patada en la cabeza. Yaquio se arrojó a sus piernas y lo derribó de nuevo. Amadeus cayó de espaldas y quedó inconsciente, con la mitad de su cuerpo en el agua y la otra mitad fuera, pero su desvanecimiento duró solo unos segundos. Amadeus miró hacia la derecha y descubrió su pistola sobre una piedra a orillas del agua. La empuñó y apuntó a Yaquio, que se preparó para morir.

Amadeus ya iba a disparar cuando vio a Ulrich, sudoroso y crispado, con una pistola en la mano que le apuntaba a la cabeza.

—He tardado en encontrarte, pero veo que he llegado a tiempo. Voy a mandarte al infierno por haber violado a mi novia —escupió el hijo de su antiguo amigo.

Los dos dispararon a la vez, pero solo Ulrich acertó. Amadeus se derrumbó tras encajar un tiro entre ceja y ceja y Yaquio se hizo el muerto.

Ulrich miró los dos cuerpos creyendo que contemplaba dos cadáveres, y frunció tristemente el ceño. Se dio la vuelta y corrió hasta el camino forestal en busca de Vera. Halló su coche pero no a ella. Lleno de rabia, pisó el acelerador y salió del bosque.

Ya para entonces Vera, que se había ocultado tras unos arbustos, había descendido a la orilla del río y había encontrado a Yaquio vivo, mirándola desde el agua con ojos de resucitado, justo antes de fundirse con ella en un abrazo.

Lluvia

Amadeus aún respiraba y les miraba pidiéndoles que cesaran su dolor. Yaquío y Vera no lo socorrieron, y dejaron que sus heridas y sus pulmones se llenasen de agua, hasta que su cuerpo se convulsionó súbitamente y acto seguido comenzó a alejarse arrastrado por la corriente.

Concluido el trabajo, miraron a su alrededor y sintieron el mismo silencio que habían experimentado cuando mataron a la rubia bajo la niebla, y el mismo frío esencial en los huesos.

—Pienso en mi sobrina.

—¿Por qué?

—Porque fue ella la que disparó contra la veleta. Gracias a su disparo, se creó el caos dentro del pabellón y empezaron a disparar unos contra otros. Seguramente han muerto todos menos Amadeus. Dos de sus guardaespaldas debieron de caer en la refriega, a los otros dos se los cargó el tal Ulrich. Dudo mucho que sin la intervención de Ágata estuviésemos ahora vivos. Gracias a ella y a Ulrich, Amadeus se quedó sin protección. ¿Acaso no lo habías pensado?

—No.

—Tenemos que encontrar a Ágata cuanto antes.

—Y de ese Ulrich, ¿qué piensas?

Un leve silencio precedió la respuesta de Vera:

—Dejemos ese tema para otro momento. Solo me atrevo a asegurar que es un asesino con un extraño duende en el cuerpo. Vive la vida como si fuese un sueño.

—¿Te parece un peligro?

—Sí, es como un viento frío y cortante. Sabe dejarte sin respiración.

—¿Cómo he de entender eso?

—Como mejor quieras.

Vera y Yaquío regresaron a su coche, donde se quitaron la ropa mojada y ensangrentada y se pusieron la que Vera llevaba en el maletero: trajes masculinos que a Yaquío no le quedaban tan mal. De nuevo vestidos, se dirigieron a casa de Vicki, donde encontraron finalmente a Ágata. Se hallaba sola en casa, como de costumbre, y acababa de levantarse. Mientras hacía café, estuvo hablando en la cocina con los dos visitantes.

—¿Qué hacías ayer en Kladow? —preguntó Vera.

Ágata no se molestó en reaccionar. Por alguna razón confiaba en su tía y contestó:

—Estuve probando una pistola que había robado en una tienda de mi calle.

—¿Solo querías probarla?

—No, también quería ayudarte. Os estaba siguiendo desde que comimos juntos, y pensé que unos impresentables estaban abusando de ti: toda esa gente de la propiedad junto al Havel. Solo quería desconcertarlos y despistarlos para poder rescatarte.

Vera comenzó a abrazar y a besar a su sobrina apasionadamente mientras decía:

—Eres un amor, ¿lo sabes? Eres un amor y puede que nos hayas salvado la vida por tercera vez. Si tú supieras en qué asunto ha estado metida tu tía. ¿Dónde tienes ahora el arma?

—Ya no la tengo. Me asusté mucho al oír disparos en el pabellón. Corrí hasta la tienda de mi calle y, sin que nadie me viera, la dejé en el cajón donde se hallaba antes de pasar a mis manos.

—Bien hecho. A propósito, ¿sabes algo del hombre que me raptó?

—No sé de qué me hablas.

—Olvídalo. —Vera puso cara de circunstancias, se frotó las manos y añadió—: Tenemos que irnos enseguida de Berlín, cielo, y vamos a tardar en vernos. Confío en ti y sé que no vas a decir a nadie nada de lo que has visto. Te juro por mi vida que acabaré contándotelo todo. Te quiero.

—Y yo a ti.

Ágata los acompañó hasta la puerta con los ojos húmedos y el paso tembloroso.

Con el ánimo más tranquilo, Yaquío y Vera se fueron acercando a la Kurfürstendamm, donde se bajaron del coche. Avanzaban entre los últimos representantes de la farra como si flotasen en nubes de algodón, pensando que ya no iban a ocultarse, ni de las familias ni de nadie. A Yaquío la vida le parecía un regalo inaudito, además de un teorema cuántico que nunca iba a lograr entender del todo, y ante semejante aporía buscaba asilo y consuelo en aquel párrafo de Fausto donde un espíritu decía: «En el oleaje de la vida, en la borrasca de la acción, subo, bajo y floto de un lado a otro yo».

Un día más en mi vida, pensó mientras caminaba junto a Vera. Un día más en el cielo y el infierno, un día más. Ahora los habitaba una euforia inesperada que se unía a una sensación de frescor: el frescor del origen del mundo, y continuaron por la avenida notando que todos sus sentidos se llenaban de emociones nuevas.

Volvieron a abrazarse. Era un placer inmenso entregarse al otro, abrirse a él después de una noche tan agitada.

De pronto se sintieron etéreos, sin peso. En cierto modo podían volar y les hubiese costado poco alzar el vuelo y besar a los ángeles de Berlín.

—Hay algo que tenemos que resolver rápido —dijo de pronto Vera.

—¿A qué te refieres?

—Al loco del que hablamos antes. Nos conoce a las tres, a Vicki, a Ágata y a mí, y nos ha estado siguiendo en más de una ocasión. Con él en Berlín, mi hermana y mi sobrina corren serios peligros.

—¿Y qué quieres hacer?

—Las telefonaré para informales de todo lo que sé sobre ese sujeto.

La multitud comenzó a empujarlos por todos los flancos obligándoles a formar una piña en medio de la turba infernal. Fue entonces cuando empezó a llover, pero no

solo allí, llovía en toda Alemania, llovía sobre la catedral de Colonia, hasta donde llega el rumor del Rin, llovía sobre Gotinga y sus piedras labradas, y sobre Aquisgrán y sus losas escritas. Llovía sobre la Selva Negra, y sobre los palacios de Múnich y las casas ennegrecidas de Hamburgo. Llovía sobre Heidelberg, sobre el triángulo mágico de Suabia y sobre los castillos delirantes de Baviera. Llovía sobre los vivos y llovía sobre los muertos, llovía sobre la Love Parade, destiñendo los disfraces, emborronando los maquillajes y destrozando los peinados carnavalescos y barrocos. Llovía en la fiesta de las drogas, la música y el sexo. Una lluvia envolvente, refrescante y lujuriosa que incitaba a la proximidad de los cuerpos y las bocas. Dos chicas vestidas de conejitas negras hacían arabescos con sus culos mientras unos muchachos mortalmente ebrios las alababan y las insultaban al mismo tiempo. Tres mulatas danzaban con sus corsés rojos junto a la valla metálica que cercaba el escenario, y seis rubias nórdicas con minifaldas escasísimas lucían sus bragas de fantasía, sedosas y antiguas, al ritmo atronador de los tambores. No lejos de ellas, un regimiento de muchachas que parecían pertenecer a la misma tribu empezaron a quitarse las camisetas y las blusas para lucir sus senos deslumbrantes, las que los tenían deslumbrantes; las otras preferían enseñar las piernas y el culo, levantándose las faldas cortas y largas que formaban al moverse floraciones mareantes y envolventes. Parecía la fiesta de la exhibición en masa, el espectáculo de todos a la vez, dejando que el cuerpo se abriera más de lo acostumbrado, dejando que el alma orbitara como si por un instante se hiciese posible el gozo a profusión de Baco.

Todos se habían quitado las gafas de sol para recibir la lluvia hasta en los ojos. Cientos de chicas rubias bailaban con un vaso de cerveza en la mano, y cientos de chicas morenas, y cientos de polacas y de la pérfida Albión, y de Francia, Italia y España había también nalgas moviéndose con frenesí y dándole un poco de gracia latina al evento. La gran familia europea al completo, a la que se añadían algunos japoneses y gentes de más raras latitudes. A la derecha la masa se ondulaba formando olas tan asombrosas que invitan a hacer surf, siguiendo la música que colmaba la avenida. Algunos iluminados que danzaban junto a la orquesta creían estar pisando los umbrales de una nueva era y alzaban gloriosamente los brazos hacia la lluvia.

Había pocas personas acompañando al muerto, y continuaba la lluvia. Los que en Berlín conocían a Amadeus, y eran unos cuantos, preferían que no se les relacionase con él. Tan solo cinco familiares rodeaban el féretro que los sepultureros ya habían comenzado a introducir en la fosa mientras el sacerdote hablaba de la vida eterna. Todos los presentes parecían afligidos bajo los paraguas, pero los únicos que lloraban, con esa rabia del que siente y sabe que hay dolores para los que aún no existen los remedios, eran su mujer, una esclava vestida de negro, y Oskar, que hasta entonces había creído que iba a morir antes que su jefe.

Oskar lloraba como si le fuese la vida en ello y se arrepentía de no haber sido

mejor consejero de Amadeus. Oskar no pensaba en el español como responsable de la muerte de su amigo. Oskar pensaba en el gobierno de Land: los mismos que ahora manchaban su nombre extendiendo su fama de hombre sin escrúpulos.

No era de rigor que la policía atribuyera la muerte de Amadeus a un ajuste de cuentas, tachándole así de mafioso. Y cuando la policía recurría al ajuste de cuentas, se desentendía inmediatamente del asunto. Formaba parte del pacto de no injerencia, pero ese pacto no siempre podía favorecer a la Familia, y de hecho los asesinos de Amadeus no estaban en el entierro, estaban en el hotel Alma celebrando su muerte junto a los tres peces gordos de la policía de Berlín. Menudo peso se quitaban de encima, pensaba Oskar. El hombre que les había hecho todo el trabajo sucio y había organizado las alianzas entre la luz y la sombra estaba ya criando malvas bajo la tierra dura mientras ellos brindaban por el nuevo esplendor de Alemania. Ya solo quedaban dos de los siete que conformaron la edad de oro de la organización: él y el español. Y Oskar ya no pensaba continuar la guerra contra Belmonte. Oskar solo pensaba en abandonar Berlín y pasar el resto de su vida en alguna isla del Pacífico. Mientras oía caer la tierra sobre el ataúd, Oskar se preguntaba si matar no se habría convertido en ellos en una perversión, además de en una operación económica y política. Si era así, estaba dispuesto a poner punto y final al desvarío y dar por finalizada la noche de las pistolas humeantes.

Cuando alguien tiene que morir y no muere

Ya en el avión que los habría de dejar en Lisboa, Yaquío estuvo haciendo memoria y se preguntaba por qué la bala que alguien había disparado contra él hacía una eternidad, la que anhelaba su silencio, la que le buscaba por el espacio y el tiempo y deseaba concluir su viaje cobijada en su cuerpo, había acabado atravesando los cuerpos más inesperados. Era como si le hubiesen disparado una bala cuántica. Una bala normal te mata enseguida y sin demasiadas complicaciones, pero una bala cuántica estaría dominada por la indeterminación y la incertidumbre, y podría hacer cosas muy raras, como detenerse, adentrarse sin avisar en un cuerpo no buscado, perderse en el infinito y en la antimateria, viajar hasta Orión, regresar de los espacios interestelares, extraviarse por ahí ocultando sus propósitos, taladrar cuerpos culpables y cuerpos inocentes, y sorprender siempre con su proceder. ¿Cómo explicar si no que la bala que iba en principio dirigida a él fuera atravesando los corazones sucesivos de Josef, Klaus, Amadeus..., evitando escrupulosamente su corazón? ¿Por qué? ¿La muerte es una bala que a menudo se equivoca de destino? En realidad no lo sabía, ni sabía por qué la bala se había topado a veces con cuerpos que no buscaba, ni por qué algunos locos la esquivaban siempre, después de haber andado muchos caminos y de haberle prendido fuego a la oscuridad, pero sí sabía que estaba vivo gracias a Vera y a su sobrina. Luego recordó aquella sentencia taoísta que decía: «Si alguien tiene que morir y muere es asunto del destino, y si alguien tiene que morir y no muere es igualmente asunto del destino». Sí, la segunda opción también podía ser fatal, pero si alguien que tenía que morir no moría, cabía la posibilidad de que fuera sustituido por otro en el camino hacia la muerte. El mal no cesaba, simplemente se desplazaba, como la muerte, si bien hacían falta muy pocos movimientos para modificar la suerte y cambiar el sentido de la narración, como seguramente sabía la sobrina de la mujer que viajaba junto a él.

En el intervalo entre uno y otro día, entre uno y otro hotel, entre una y otra copa, entre uno y otro avión, Yaquío sentía a veces, sin previo aviso y como una evidencia tan aplastante como obscena, que algún día tendría que morir. En tales momentos de certeza cegadora se preguntaba si había hecho alguna vez otra cosa que no tendiera a acelerar ese proceso, y temió haberle cogido gusto a la experiencia de poner en peligro la vida: una enfermedad que le parecía tan envolvente como la cobardía, y no menos peligrosa.

—¿En qué piensas? —preguntó Vera.

—En la muerte.

—Yo también. Recordaba algo que dijo una vez Hemingway sobre la caza mayor: «No hay cacería que se pueda comparar a la caza de hombres. Los que le dedican un tiempo y les gusta, ya no piensan en nada más».

—¿Te está ocurriendo eso?

Verá lo miró con miedo y susurró:

—No lo sé. Estoy un poco desconcertada.

Mientras ellos hablaban, una azafata vomitaba el conocido y nunca aprendido monólogo sobre cómo proceder en caso de emergencia.

Su cabeza era en aquel momento un nudo de angustia y confusión. Le aterraba haber provocado con su disparo un tiroteo tan fulminante. Según los periódicos había seis cadáveres en la propiedad y otro más en el Havel. Nadie hablaba de ella y todos vinculaban las muertes a ajustes de cuentas entre las mafias de Berlín. ¿Sería cierto? ¿Tenía que pensar que solo Vera la había visto disparar?

Esa mañana acudió a la cita con David y lo halló aterido, junto a la enorme columna. Ágata no pudo evitar verlo como un ser insignificante. Tras su mirada triste presentía un enorme vacío que nadie podía llenar, y lamentó haber acudido a la cita.

Se sentaron en un banco. Tenían la misma altura y la misma edad pero sus mentes parecían planetas de estrellas diferentes: los separaban grandes dimensiones de vacío interestelar.

—Estoy enamorado de ti —dijo David con el rostro enrojecido.

Ágata estuvo a punto de echarse a reír, pero enseguida se sintió indignada. ¿Qué derecho tenía David a enamorarse de ella? ¿Quién le había concedido esa licencia? Ella no, desde luego.

—¿No vas a decirme nada?

Ágata contraatacó:

—No delires, David. Solo me has visto dos veces y solo puedo ser una sombra para ti, reconócelo. Yo me voy a ir de Berlín un día de estos. Entiéndelo, me voy a ir, y para siempre.

David empezó a temblar. Ágata acarició sus manos, su cuello, su cara y le fue diciendo:

—No lamentes todo lo que va a ocurrir, estaba en cierto modo previsto. Ahora te va a ser muy fácil olvidarme, aunque te dé un beso o dos y te diga que ha sido una suerte volver a encontrarte...

Lo estuvo amansando un buen rato y se despidió de él en la Puerta de los Elefantes. La vida en Berlín la alteraba demasiado y deseaba irse con su padre a París. Para hacerlo tenía que romper las resistencias que aún le quedaban a su madre, y llevó a cabo una estrategia que tenía pensada desde hacía más de un año. Lo primero que hizo fue empezar a esparcir por Berlín sus polaroids en las que no se le veía la cara. Las adhería a los árboles con chinchetas y a muchas de ellas les añadía mensajes obscenos firmados por una tal Ava Liberty. En una de ellas puso: «Quiero que me folle el abominable hombre de la noche».

Los árboles del Tiergarten y de los jardines de lago Nicolás se poblaron de fotos de Ava Liberty desnuda o en bragas. Ágata observó que algunos hombres las arrancaban con cierto temblor y las guardaban en el bolsillo como un tesoro. También

su madre arrancó una de las fotos del árbol que se hallaba junto a la parada de autobús de su calle. Al parecer reconoció una de sus braguitas, además del cuerpo de su hija, y corrió hasta su casa. Ágata había salido y Vicki anduvo registrando su cuarto, hasta que vio en el cajón de la mesa más fotografías y más mensajes, algunos de una obscenidad inquietante.

Vicki pensó que Ágata se le estaba yendo de las manos, y le pareció bien que se fuera a París con su padre. Ella también iba a abandonar Berlín y buscaría trabajo en la capital francesa.

De pronto, una mañana de primeros de septiembre, empezaron a hacer las maletas.

Ulrich volvió a leer la página 129 del *Libro negro*. Quería darse ánimos a sí mismo para ejecutar correctamente su plan y acabar con Vera, Vicki y su hija. Ahora las consideraba unas desviadas que lo habían humillado más que nadie en la vida. Maldecía a Vera por haberse fugado cuando se hallaban en el bosque, maldecía a Vicki y maldecía a Ágata por ser la hija de Vicki, y porque la consideraba tan perversa como a su madre. Esta vez se acercaría a Vicki y a su hija con un hermoso regalo: dos tulipanes que había pintado de negro con un aerosol, dos tulipanes del infierno, como decía la canción, que les regalaría indicándoles el lugar al que pensaba conducirlos. Recientemente, Ulrich había leído en un libro que en el antiguo dialecto de las flores los tulipanes negros significaban sufrimiento extremo en el amor, y según su atrabiliario entender, nadie le había hecho sufrir tanto en el amor como esas dos condenadas. También llevó con él la pistola de su padre, y bien armado con flores y con pólvora se dirigió a la calle Nibelungen.

El taxi tardaba en llegar y lo estuvieron esperando sentadas en un banco del porche, con sus cuatro maletas majestuosas. Vicki se miraba a sí misma con un espanto frío y mecánico. Una nueva fuga en su vida, esta vez bastante necesaria; hasta su hermana se la había aconsejado recientemente por teléfono: «Lárgate de Berlín con Ágata, lárgate ya». Una nueva fuga, ¿hacia delante?, ¿hacia atrás? Eso nadie lo sabía: una fuga sin más que podía conducirle al pasado, pero a un pasado que estaba en el futuro. Vicki conocía ese tipo de paradojas y hasta daba la impresión de que las buscaba. La realidad me persigue en forma de locura, se dijo a sí misma. Siempre que la realidad cae sobre mí como una maldición, siempre es la maldición de la locura. El temor a perder del todo el control, o el temor a que lo pierda mi hija, pensó. Luego se preguntó si la fuga no sería ya en ella una especie de adicción, por las intensidades que procuraba: la sensación de que dejaba atrás muchas tinieblas, muchos amores ridículos y violentos, muchas noches que merecían el dignísimo destino del olvido; o la sensación de que era posible empezar de cero: esa sensación

que solía provocarle una euforia tan envolvente como cegadora.

Ágata estaba a punto de echarse a llorar. Ahora le dolía decir adiós a Berlín, porque temía que el regreso se iba a demorar hasta el infinito. Una no se iba del infierno para volver al día siguiente, si bien había infiernos más seductores que todos los cielos que le habían prometido.

Finalmente reventó en sollozos. Su madre le pasó un pañuelo de papel y preguntó:

—¿Por qué lloras?

—Porque tengo la impresión de que nunca voy a regresar a Berlín.

—La misma impresión tengo yo —musitó Vicki tras encender un Pan de Oro—. Y no es la primera vez que la tengo, hija. Es como volver a nacer.

—Quizá es eso lo que me angustia, comprender que en París voy a ser otra persona.

—Dios lo quiera.

—Lo quiera Dios o no, voy a ser otra persona, ya casi la estoy viendo... Es de noche, está lloviendo, la veo junto al metro, con una gabardina...

—No te adelantes a ti misma. Da mala suerte.

—Creo que te equivocas. Además no lo puedo evitar. Hay siempre en mí una Ágata que se adelanta en todo. Cuando yo voy ella vuelve, cuando yo digo hola ella dice adiós, y ahora esa Ágata le está diciendo adiós a Berlín, por más que yo le siga diciendo hola.

Ulrich hizo el viaje a toda la velocidad que pudo, cometiendo continuas imprudencias y olvidándose del color de los semáforos. Nada más llegar a la calle de Vicki, vio al fondo un taxi que se alejaba lentamente en dirección a las arboledas y se preguntó si no irían en él «sus putillas».

Pensando lo peor, empujó violentamente la puerta del portal y acto seguido derribó la del piso de Vicki. Encontró el apartamento helado y vacío. Había desperdicios en la cocina y el pasillo, y aún podía sentir el perfume de Vicki. Corrió hasta su cama y la olió. Pensó que desprendía el olor de las coristas y empezó a excitarse. Más tarde se arrojó sobre la cama de Ágata y reventó en sollozos.

Continuó llorando en la cama. En el cuarto de Ágata aún quedaba el televisor, anticuado y sucio. Lo encendió y se quedó adormilado mientras una voz decía:

—«Caer en un agujero negro puede ser muy problemático, una cosa de locura. ¿Por qué? Pues porque en un agujero negro el espacio se precipita a más velocidad que la luz. Algo único en el universo. Solo pensarlo produce vértigo. Es como si corrieras dejando atrás tu piel, dejando atrás tu ser. Imaginen viajar en una nave espacial a ese mundo vuelto del revés. Si sobreviven a la caída por el horizonte de los sucesos, lo atravesarán acelerando, se dejarán llevar por el infinito, mucho más allá de los dominios de la luz...».

—Qué viaje más desgarrador. ¡Dejar atrás la luz! —exclamó Ulrich paralizado por el terror e incapaz de abandonar aquella casa que aún olía a mujer, a cigarrillos Pan de Oro, a chocolate, a desinfectante, a perfumes franceses, a fiebre y a deseo. Guiado por la ansiedad, estuvo registrando los cajones de la cómoda de Ágata, y en uno de ellos encontró una polaroid en la que se veían unas piernas y podía leerse: «Quiero que me folle el abominable hombre de la noche».

El deseo se apoderó de él, pero también la intuición, y salió a la calle, entró en su coche y se dirigió al aeropuerto con la esperanza de alcanzarlas antes de que embarcasen.

No pudo hallarlas entre las multitudes que le salían al paso por las galerías del aeropuerto. Podían haberse ido a tantas partes, el mundo eran tan diverso... Ulrich volvió a reventar en sollozos. Una mujer de cierta edad que lo vio llorando se acercó a él y le dijo:

—¿Te encuentras mal, hijo?

Ulrich contestó:

—Acaban de morir las dos mujeres que más quería, y aún tengo que asimilarlo. No hay consuelo para mí.

Desde el aeropuerto Ulrich se dirigió a la Kurfürstendamm, que a veces podía parecerle un paraje agreste, con sus agrestes luces de neón reflejándose en las aceras relucientes que ya estaban proclamando un nuevo milagro alemán, tan fantasmal como los anteriores y a la vez tan material; pero también la Kurfürstendamm podía ser como una canción urgente que le arrastraba hacia las dimensiones verdes del Tiergarten, donde había sido feliz contemplando a la hija de Vicki Bauhaus.

Ya se hallaba junto al parque e iba silbando *Melancholie*, que tantas veces había oído cantar a su madre, cuando se palpó el bolsillo derecho de su chaqueta y cayó en la cuenta de que aún llevaba con él los dos tulipanes negros. Entonces empezó a ver Berlín lleno de tulipanes negros. En el Tiergarten surgían de súbito miles de tulipanes negros que conformaban alfombras en torno al canal y los lagos; y en todas las alamedas crecían, como amapolas que dieran un opio muy concentrado, las mismas flores que con tanta frecuencia aparecían en sus sueños. Inmediatamente supo que esa noche iba a perder los estribos y que aún no habían aparecido en su horizonte visual los sujetos a los que pensaba regalar los tulipanes negros.